

Selección RNR

*Amigos,
sin más*

ANA ÁLVAREZ



Romance Actual

Amigos, sin más

Ana Álvarez



1.ª edición: septiembre, 2017

© 2017, Ana Álvarez

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-838-9

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Para Miriam, por permitirme contar su historia

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Epílogo

Promoción

Prólogo

Después de la cena y de que su hija María se durmiese, Miriam se metió en la ducha. Ángel se había retirado a su dormitorio, el que compartía con ella, aunque durante el tiempo que llevaban casados lo único que habían hecho en él era dormir.

Al principio pensó que el embarazo y los cambios que este ocasionaba en su cuerpo habían causado el despegue de Ángel. Después de la noche de bodas, él no había vuelto a tocarla, y tampoco aquella había estado cargada de pasión. Lo achacó a los nervios, al cansancio y a lo tardío de la hora, pero lo cierto era que en los días y en los meses sucesivos, su marido no había ni siquiera intentado hacerle el amor.

No le dio excesiva importancia; los pechos enormes, el vientre hinchado debían provocar el rechazo de cualquiera. Había dejado pasar el tiempo con la esperanza de que al recuperar su figura una vez acabado el posparto, la indiferencia de Ángel acabase, pero no fue así. Primero los días y después las semanas se sucedían sin que él hiciera el menor intento siquiera de besarla, y mucho menos de reanudar unas relaciones sexuales que se habían interrumpido después de la boda.

Aquella noche Miriam había decidido tomar la iniciativa. Tal vez él pensara que aún era pronto, pero ella estaba más que preparada y deseosa de hacer el amor con él.

Había salido a mediodía y se había acercado hasta una tienda especializada en lencería. Allí deambuló entre los percheros buscando algo que pudiera atraer el deseo de un hombre, y al fin se decidió por un camisón de encaje negro, que permitía ver lo justo para no dejar de ser elegante. Pero no cabía duda de que la prenda era una clara insinuación, y si Ángel no se daba por aludido, ya no sabía qué otra cosa podía hacer.

Se dio una ducha rápida, no quería entretenerse y permitir que él se durmiera, porque si lo hacía, ella tendría que dejar de lado todos los planes que había hecho.

Tras secarse, deslizó unas gotas de perfume entre los pechos, ya vueltos a la normalidad después de la maternidad y el escaso tiempo de lactancia que se había podido permitir.

Contempló su imagen en el espejo y vio el cuerpo que siempre había tenido, delgado y sin estrías, tonificado por el ejercicio que había realizado a continuación del parto. Por fortuna el embarazo no había dejado marcas visibles en él, Ángel no encontraría ningún cambio que le produjese rechazo. Hacía ya casi tres meses que María había nacido y todavía no la había tocado ni una sola vez más que de forma amistosa.

Tras perfumarse se puso el camisón, sin nada más y se revolvió un poco la larga melena rubia con las manos. Estaba sexi y seductora y si Ángel aquella noche no le hacía el amor debía empezar a plantearse que había un problema muy serio en su matrimonio.

Salió descalza y se acercó a la cama. Su marido estaba acostado y vuelto hacia la pared, postura en la que solía dormir, y Miriam le tocó con suavidad en el hombro. Él no se movió ni un milímetro, aunque ella intuía que estaba despierto. Tragó saliva y susurró:

—Ángel...

No obtuvo respuesta, pero advirtió una leve rigidez en el cuello del hombre, evidencia clara de que no dormía.

Deslizó la mano a lo largo del brazo, acariciándole, y notó una ligera tensión en los músculos bajo sus dedos, pero ni se giró ni pronunció ninguna palabra.

Decepcionada, cesó en su intento y se tumbó en su lado de la cama, apretando los labios para tragarse las lágrimas de humillación que intentaban salir con más fuerza que nunca y que contenía a base de voluntad.

No entendía qué pasaba, por qué Ángel había dejado de desearla. Antes de casarse mantenían unas relaciones sexuales bastante esporádicas, y aunque sus hermanos se burlaban de ella por ese tema, Miriam siempre le encontraba una explicación. Ambos vivían con sus padres y tenían pocas ocasiones para estar a solas y en una cama. Aunque Hugo le había dicho a menudo que no era necesario una habitación y una cama para hacer el amor, o echar un polvo como lo llamaba él, Ángel y ella preferían hacerlo con la intimidad y comodidad que estas les brindaban.

Siempre aprovechaban cuando sus padres no estaban en casa para escaparse a su habitación y pasar un rato juntos, y aunque no era muy a menudo, sí hacían el amor con cierta regularidad. Era a partir de su boda, hacía ya casi diez meses, que Ángel se iba a la cama temprano y cuando ella se reunía con él en el dormitorio estaba profundamente dormido. O fingía estarlo, como esa noche.

Se miraba al espejo una y otra vez y no acertaba a comprender por qué había dejado de desearla. No había cogido demasiados kilos en el embarazo y había recuperado la línea en seguida, su aspecto actual en nada se diferenciaba del que tenía antes de casarse.

Sentía a Ángel tenso y agarrotado al otro extremo de la cama y también ella se acercó al borde tratando de poner la mayor distancia posible entre ambos. Sabía que era necesario enfrentar aquella situación, que no podía dejar pasar el tiempo sin hacer preguntas o sin tratar de buscar alguna solución, que debería pasar por tener una conversación a tumba abierta. Pero no se decidía. Ella, tan resuelta y tan locuaz en los tribunales, cuando se trataba de sacar a relucir el problema ante su marido, las palabras se le atascaban en la garganta y era incapaz de pronunciarlas. Como en aquella ocasión. Se sentía demasiado dolida, demasiado humillada para volverse hacia esa espalda que la ignoraba noche tras noche y aclarar las cosas de una vez por todas.

El leve llanto de María en la habitación contigua le dio la excusa que necesitaba para no afrontar la situación y escapar de aquella cama fría e inhóspita. Se levantó con sigilo, aunque sabía que Ángel estaba despierto, y salió del cuarto.

Se inclinó sobre su hija, esa preciosa niña rubia que no había deseado en un principio, pero que le había robado el corazón, y le acarició la mejilla con un dedo. Se calló al instante, pero aun así se inclinó y la cogió en brazos. Comprobó que tenía el pañal mojado y la puso sobre el cambiador.

Arreglar a su hija fue suficiente para que el malestar pasara, y cuando la volvió a depositar en la cuna, se dijo que lo más probable era que Ángel no quisiera despertar a la niña que tenía el sueño muy ligero. Ya no sabía qué más decirse para justificar la conducta de su marido.

Aguardó unos minutos hasta que María se quedó dormida y entró al cuarto de baño, donde se cambió el camisón por su habitual pijama y lo escondió en un rincón del armario de las toallas, como si fuera

algo vergonzoso. Al día siguiente decidiría qué hacer con él. Tirarlo, con toda probabilidad.

A continuación, regresó al dormitorio y se metió en la cama. El deseo sexual que había experimentado un rato antes, mientras se arreglaba, había desaparecido por completo, ni siquiera le apetecía satisfacerse ella misma, como venía haciendo hacía semanas.

Ángel ya estaba dormido de verdad cuando se tendió a su lado, y por primera vez desde que se casó se permitió pensar en Pablo Solís y en lo que podría haber sido.

La primera vez que le vio era apenas una cría de diecisiete años y estaba pasando un verano con Marta, su amiga y cuñada, en casa de sus abuelos. Él no dejaba de mirarla, unos metros más allá en la playa fingiendo leer un libro, pero mirándolas en realidad. Parecía un poco mayor, y a veces pensaba que era Marta quien le atraía, pero cuando alzaba la vista siempre encontraba clavados en ella unos profundos ojos marrones, que desviaba al ser sorprendido.

Marta y ella le apodaban «el hombre de la playa» porque no conocían su nombre, ni nada sobre él.

Le vieron durante todo el mes de agosto, y esperaron inútilmente que se acercara o les hablara, pero no lo hizo. Solo la última noche antes de regresar a Sevilla habían intercambiado unas pocas palabras. Había bajado sola a comprar unos dulces para su madre, y se lo encontró caminando de frente hacia ella.

Pensó que continuaría su camino, pero para su sorpresa se detuvo a su lado y la saludó:

—Hola.

Ella le dedicó una sonrisa y respondió a su saludo.

—Hola.

—¿No está hoy tu amiga? —le preguntó, lo que le hizo pensar que era Marta quien le interesaba.

—No, he bajado un momento a hacer unos recados.

—¿Hasta cuándo estarás aquí?

—Me voy mañana.

—Vaya... es una pena.

—Se acabó el verano.

Por un momento se habían quedado mirando el uno al otro sin saber qué más decir.

—Adiós, entonces —se despidió Pablo.

—Adiós.

Ella echó a andar por la acera, alejándose, mientras sentía la mirada de él clavada en su espalda.

Regresaron a Sevilla y se olvidaron del hombre de la playa, hasta que el destino volvió a cruzarlo en su vida, hacía un año y medio.

Capítulo 1

18 meses antes

Cargada de libros, carpetas y el consabido y muy necesario ordenador portátil, Miriam Figueroa abandonó la facultad de derecho por la puerta que daba a la calle Ramón Carande. Llegó hasta su coche aparcado en una vía lateral y depositó todo con cuidado en el asiento trasero.

Le hubiera gustado estudiar en el mismo sitio que sus padres, le encantaba escuchar las anécdotas de sus tiempos de estudiantes en el rectorado, pero la facultad se había trasladado unos años después de que ellos finalizaran la carrera a una nueva zona habilitada como campus universitario. El campus Pirotecnia estaba situado cerca de la estación de San Bernardo y acogía varias facultades, entre ellas la de Derecho.

Comprobó las llamadas en el móvil y pulsó el botón de rellamada para devolver una de su madre.

—Hola, mamá, acabo de salir de clase. ¿Necesitas algo?

—Si pudieras pasar a recogerme, te lo agradecería. Tu padre aún tiene aquí para rato, está esperando un cliente nuevo y yo tengo que hacer una compra urgente. Esto de tener el coche en el taller es una auténtica lata, y Manoli ya está mayor para encargarse de la compra. Demasiado tiene con seguir cocinando para nosotros.

—Claro, ahora me paso.

—Dame un toque y bajo, nena.

Cortó la llamada y se preparó para arrancar. Se puso las gafas de sol y se alisó el largo cabello rubio que le caía por la espalda. Era una belleza, todos decían que se parecía muchísimo a su abuela Magdalena de joven, aunque más alta. En la facultad la perseguían los compañeros, pero ella apenas les hacía caso porque llevaba ya unos años saliendo con Ángel, un chico de su urbanización, en un noviazgo más o menos formal. Se conocían casi desde niños y habían empezado a tontear en la adolescencia, lo que los llevó a empezar una relación que duraba ya un tiempo.

Al igual que Susana, era una enamorada del Derecho, y siempre que podía iba al bufete de sus padres a echar una mano y a sumergirse en los casos que estos llevaban en aquellos momentos, ansiando terminar los estudios para poder participar de forma más activa. Les ayudaba con la documentación, con las estrategias y durante el verano trabajaba a tiempo completo como becaria. A cambio, recibía un sueldo con el que poder hacer frente a algún que otro capricho o un pasaje de avión a Maryland para ver a Javi, su hermano favorito y al que echaba muchísimo de menos.

Veinte minutos más tarde, detuvo el coche en doble fila en la calle Virgen de Luján y llamó a Susana para que bajase. Mientras, se dedicó a observar el portal con la placa de latón que contenía el nombre de sus padres.

«Francisco Javier Figueroa Robles
Susana Romero Hernández
Abogados»

Algún día no muy lejano su propio nombre estaría también en aquella placa.

Su mirada se clavó en un hombre que se había detenido a leerla, y que a continuación entró en el portal. Un hombre alto, con gafas, que vestía traje gris y corbata y que cruzó con paso resuelto el umbral del edificio.

Poco después Susana salía y se sentaba en el coche a su lado.

—Gracias, cariño, me has salvado la vida. El cliente de tu padre acaba de llegar, nos hemos cruzado por la escalera.

—¿El hombre del traje gris?

—Sí, el mismo. Al parecer se trata de un caso de indemnización tras un accidente de tráfico; le han quedado secuelas y la aseguradora se niega a pagar. Por lo que me temo que hoy comemos solas Manoli, tú, y yo.

—¿Papá va a perderse el solomillo? Lo he visto descongelándose esta mañana.

—¡Qué va! Ha exigido que le guardemos su parte para la cena.

—Ya me extrañaba —dijo arrancando con una sonrisa.

Miriam, después de almorzar con su madre y con Manoli la excelente comida que esta había preparado, ayudó a Susana a recoger la cocina. La tata, como todos la llamaban desde pequeños, había sido relegada de cualquier obligación que no fuera cocinar y eso porque todos la querían muchísimo y no deseaban que dejara de formar parte de sus vidas. Llegaba por las mañanas en el autobús de línea y cocinaba para ellos, y después de comer Susana la llevaba de vuelta a su casa.

Aquel día no fue una excepción. Tras recoger la cocina y mientras el lavavajillas realizaba su tarea, Susana cogió el coche de su hija y acompañó a la mujer hasta Sevilla para que no tuviese que tomar el autobús de vuelta.

Miriam se encerró en su habitación a estudiar un rato con la esperanza de adelantar un trabajo de clase y por la noche poder sondear a su padre sobre ese caso nuevo que debía llevar.

Para ella, un caso nuevo era como una caja de sorpresas, un reto por descubrir. Disfrutaba debatiendo con sus padres, argumentando y buscando estrategias, y Fran la miraba embobado, con esa mirada de padre orgulloso, y le susurraba a menudo que, aunque Robles en su aspecto físico, era Romero hasta la médula en cuanto al Derecho se refería. Que solo en su mujer había encontrado esa pasión por la abogacía que ahora sentía su hija. Su pequeña, que ya no lo era.

Se preparó una taza de café y lo subía hasta su habitación cuando le sonó el móvil. Ángel.

—¿Sí?

—Hola, Miriam. ¿Qué tal el día?

—Pues bien. Toda la mañana en la facultad. ¿Y el tuyo?

—Como siempre.

—¿Qué planes tienes para hoy?

—Tengo que desmontar y limpiar un PC. ¿Y tú?

—Estoy con un trabajo de clase, pero antes me voy a tomar un café. Pásate si te apetece

—Prefiero no entretenerme, ni entretenerte a ti.

—De acuerdo, nos vemos en otro momento. Un beso.

—Otro para ti.

Miriam cortó la comunicación y no pudo evitar sentirse un poco culpable. Tal vez si hubiera insistido un poco él habría accedido a acercarse para compartir ese café de sobremesa con ella.

Ángel vivía en la misma urbanización, dos calles más arriba, pero a pesar de ello se veían muy poco. Ambos estaban terminando sus respectivas carreras, Derecho ella e Ingeniería informática él, y a la vez estaban empezando a introducirse en el mercado laboral. Del mismo modo que ella trabajaba algunas tardes para sus padres, Ángel tenía unos pocos clientes a los que hacía el mantenimiento de sus ordenadores. Los dos entendían que, en aquel momento de sus vidas, sus profesiones eran prioridad y la relación pasaba a segundo plano.

Tras tomarse el habitual café, Miriam se encerró en su cuarto para zambullirse en el trabajo que debía presentar en poco tiempo. Era consciente de que debería hacer malabarismos con el tiempo para intentar dedicarle a su novio un rato el domingo.

Como siempre le sucedía, en seguida se sumergió en el trabajo y Ángel y el resto del mundo quedaron relegados al olvido.

Un rato después escuchó abrirse la verja de nuevo y el coche de su padre entrando en el garaje, pero, aunque tenía ganas de salirle al encuentro y preguntar sobre el nuevo caso, decidió dejarlo para la cena y continuar adelantando su propio trabajo. No podía permitirse distracciones ni pérdidas de tiempo en aquel momento si quería dedicar el domingo al ocio.

Varias horas después bajó a reunirse con sus padres en la cocina, grande y acogedora, donde tenían la costumbre de comer desde que eran pequeños.

Susana había puesto los cubiertos en un extremo de la mesa, y Fran, fiel a su costumbre, estaba abriéndose una cerveza antes de cenar, que solía compartir con su mujer.

Miriam se acercó a él y le dio un beso.

—Hola, papá. ¿Qué tal el día?

—Bien, cariño. ¿Y el tuyo?

—En la facultad, aburrido. Pero luego he podido seguir con el trabajo, así que mejoró mucho.

Susana aderezó la ensalada, mientras el solomillo de Fran se calentaba en el microondas y este sacaba del horno una fuente de patatas para acompañarlo.

Poco después, los tres se sentaban a cenar.

—Me ha dicho mamá que tienes un nuevo caso.

—Sí.

—¿Interesante?

—Más bien duro de pelar. Contra una aseguradora fuerte que se niega a pagar. Se trata de Pablo Solís, el arquitecto. De Ayamonte, ya le conoces.

Miriam abrió mucho los ojos.

—No, no tengo el gusto.

—Pues me ha dicho que te diera recuerdos.

—Debe haberse confundido, no me suena de nada.

—A mí me extrañó porque es un poco mayor que tú y no encaja con tus amigos del pueblo. Pero nunca se sabe, podíais haber coincidido en cualquier sitio.

—Pues no... Bueno, vamos a lo interesante. ¿Qué ocurre con la aseguradora?

—Pablo tuvo hace algo más de un año un accidente de tráfico. Un coche se saltó un semáforo, el conductor dice que le fallaron los frenos, aunque no se ha podido probar, y se estrelló contra el lateral del suyo. A consecuencia de eso, y después de varias operaciones, le ha quedado un daño irreversible en la pierna izquierda. Puede caminar, pero en los cambios de tiempo, y sobre todo al final de la jornada, se resiente y le falla. Lo peor dice que son los dolores, y el perjuicio profesional porque no puede subir a los edificios en construcción hasta que se instalan los ascensores o las escaleras definitivas. Las provisionales, poco seguras e inestables, le resultan imposibles de acometer.

—Imagino que la aseguradora se niega a pagar indemnización alguna porque no se ha probado si los frenos fallaron, ¿no? —intervino Susana.

—En efecto.

—¿Y qué vas a hacer?

—Intentar sacar lo que pueda, es posible que ante la posibilidad de ir a juicio la aseguradora esté dispuesta a pagar al menos el mínimo. Ya le he dicho que va a ser complicado y que no confíe en sacar una gran suma, pero quiere intentarlo. Ha venido desde Huelva, donde vive ahora, buscando nuestro bufete; afirma que alguien se lo ha recomendado.

—¿Quién?

—No lo recuerda bien. Nuestro nombre se mencionó al parecer en una conversación de amigos y no sabe cuál de ellos le habló de nosotros. Entonces recordó a Miriam y se decidió.

—¿Dijo mi nombre?

—Sí.

—Pues entonces debe conocerme, aunque yo no lo recuerde. Luego lo buscaré en internet, me ha entrado curiosidad.

La cena transcurrió en medio de una amigable conversación; siempre había sido así en casa de los Figueroa. Miriam recordaba que, desde pequeña, las cenas, en las que todos coincidían alrededor de la mesa, estaban plagadas de risas, de anécdotas de colegio, de instituto, de juicios y casos. Todos compartían su día, incluso Javi, que era el más reservado y pocas veces hablaba de sí mismo, también contaba alguna cosa. Casi siempre de clases y de profesores, mientras que Hugo mostraba sus rodillas desolladas en el último partido del recreo y Sergio confesaba que le habían reñido en clase por estar más distraído de la cuenta pensando en las musarañas.

Miriam echaba de menos esas cenas con todos sus hermanos, y a veces también Marta. Esta era hija de Inma y Raúl, los amigos de sus padres desde la facultad, y se había criado con ellos. Con el tiempo se había convertido en su mejor amiga y en la novia de su hermano Sergio, y pasaba tanto tiempo con los Figueroa como en su propia casa. Miriam echaba de menos esas cenas y sabía que sus padres también,

pero se habían hecho mayores y cada uno había tomado el rumbo de su vida, aunque seguían reuniéndose en la cocina siempre que podían. Hugo solía cenar con ellos a veces, Sergio pasaba temporadas allí cuando estaba en tierra y Javi regresaba a Sevilla en navidades. Entonces la casa volvía a llenarse; Susana, Manoli, Marta y ella misma tomaban la cocina preparando cantidades industriales de comida para calmar el voraz apetito de sus hermanos, asegurándose de que todos tuvieran sus platos favoritos sobre la mesa. Y ella, la benjamina, se dejaba mimar por todos.

Como si le leyera el pensamiento, Fran le preguntó a su mujer:

—¿Sabes algo de los chicos?

—Marta me ha llamado para decirme que Sergio estará aquí pronto, pero no sabe la fecha exacta; Javi llamará el domingo, como siempre; y de Hugo nada. Se presentará aquí cualquier día de estos a cenar y sin aviso previo, ya le conoces.

—Cuando están lejos, la falta de noticias es buena noticia.

—En efecto.

Terminada la cena, Miriam se ofreció a recoger la cocina puesto que no había participado en la preparación de la comida, y Susana y Fran se instalaron en el salón, acurrucados en el sofá a ver una película.

Seguían comportándose como dos novios, buscando todas las ocasiones posibles para estar juntos y a solas. Ella sabía que nunca habían superado del todo esos tres años que estuvieron separados, y confiaba en poder vivir un amor largo y duradero como el suyo.

Cuando terminó, asomó la cabeza por la puerta del salón, dio las buenas noches y se fue a su habitación a seguir trabajando un rato más. Pero antes, presa de la curiosidad, tecleó en Google el nombre de Pablo Solís. La pantalla le devolvió la foto de un hombre de unos treinta años, con gafas.

—El hombre de la playa... —susurró para sí misma.

Claro que le conocía; unos años atrás, cuando Marta y ella habían pasado un mes en Ayamonte, en casa de sus abuelos, habían coincidido casi todos los días en la playa, pero había vuelto a Sevilla y nunca más se había acordado del hombre misterioso que las miraba.

Al parecer a él no le había sucedido lo mismo puesto que se acordaba de ella años más tarde. Más aún, sabía quién era, nombre, apellido y familia. Aunque no se extrañaba; en los pueblos todo el mundo se conocía. Tenía que contarle a Marta que al fin había identificado al hombre de la playa.

Capítulo 2

Miriam se sentó ante el ordenador un poco indecisa. Después de hablar con Marta y comentarle que había descubierto la identidad del hombre de la playa, su amiga le había preguntado si pensaba hacer algo. La verdad era que tenía una curiosidad terrible por saber más de él, de aquellas insistentes e intensas miradas que les había dedicado durante todo un mes. De averiguar por qué aquel verano no había dejado de mirarlas.

Había buscado en internet, picada por la curiosidad. Encontró su página web de arquitecto con una amplia información sobre su carrera profesional y una dirección de correo, que anotó. Pero ahora no se decidía a utilizarlo. ¿Qué podía decirle? ¿Cómo podría explicarle su interés varios años después de aquel verano?

Sin embargo, algo en su interior la impulsaba a escribirle, aunque solo fuera para corresponder al saludo que le había enviado a través de su padre. Decidió hacer caso a su instinto y no postergarlo más, de modo que abrió el correo electrónico y empezó a teclear escribiendo lo primero que se le ocurrió.

«Hola,

Supongo que te acuerdas de mí, puesto que has buscado el asesoramiento jurídico de mi padre, pero si no es así, te aclaro que soy Miriam Figueroa, la chica a la que mirabas en la playa de Ayamonte hace unos años. O una de ellas, porque yo creo que a quien en verdad contemplabas era a mi amiga Marta (la más rubia de las dos).

Quizás te preguntes el porqué de este email, pero la verdad es que me ha halagado que te acordaras todavía de mí, tanto tiempo después, y más aún que te hayas molestado en averiguar mi nombre. Ya sé que en los pueblos todo el mundo se conoce, pero te confieso que yo no sabía quién eras... Cuando mi padre me dijo que le habías dado recuerdos para mí, te tuve que buscar en Google y entonces sí, te reconocí al instante al ver tu foto.

Quiero también darte las gracias por confiar en mi padre para que te represente legalmente en tu demanda; es muy bueno y te aseguro que, si hay una posibilidad de ganar el caso, la encontrará. Confía en él.

Me ha comentado que tuviste un accidente y que te han quedado algunas secuelas, pero espero que no sean demasiado graves y puedas seguir desempeñando tu profesión. Yo no sé qué pasaría si de buenas a primeras no pudiera desarrollar la mía; no sé si sabrás que estudio Derecho, y ansío terminar la carrera para empezar mi andadura como abogado. En un par de años confío en formar parte del bufete familiar a tiempo completo.

¿Sigues viviendo en Ayamonte? No te he visto por allí las últimas veces que he ido al pueblo, aunque, la verdad, no han sido visitas muy largas, al menos no como la de aquel verano.

Bueno, no te molesto más. Me he enrollado demasiado, solo quería darte las gracias y saludarte. Miriam».

Lo leyó y releyó varias veces y, convencida de que era exactamente lo que quería decirle, pulsó la tecla de enviar.

Después se fue a la cama.

Cuando al día siguiente llegó de la facultad eran las seis de la tarde, y lo primero que hizo fue abrir el correo. No había ningún mensaje de Pablo Solís, y no pudo evitar sentir una punzada de decepción. Era normal, después de cuatro años él no tendría ningún interés en saber nada de ella, y si se había acordado de su nombre era debido a la necesidad de encontrar un abogado.

Bajó a tomar un café y luego se sentó a estudiar. Aquella noche cenaría en casa de Ángel y debía aprovechar lo que le quedaba de tarde.

Pablo llegó a su casa después de tres días en Madrid por cuestiones de trabajo. Había presentado el proyecto para la construcción de unos grandes almacenes en un barrio periférico, y de paso aprovechó para hacer un poco de vida cultural. En Huelva, donde residía, la oferta no era muy abundante. Asistió al teatro y a un concierto, visitó una vez más el Museo del Prado, y se permitió un día de asueto antes de regresar.

No confiaba demasiado en conseguir el proyecto, había estudios de nombre reconocido compitiendo, pero no perdía nada por intentarlo.

Cuando al fin pudo sentarse a comprobar el correo, que no tenía configurado en el móvil, era ya bastante avanzada la tarde.

Su sorpresa fue enorme al encontrar un mensaje de *Miriamfiguer* con fecha de tres días atrás. Su mente voló hacia Ayamonte, a la playa y a una preciosa chica con un bikini rojo. Con toda seguridad se habría convertido en una mujer espectacular con el paso de los años.

A pesar de haberle enviado sus saludos a través de su padre, no se le había pasado por la imaginación que pudiera responderle. Lo abrió el primero, ignorando el resto de correos, e impaciente por leer su contenido.

Una enorme sonrisa se fue dibujando en su boca a medida que leía, el dolor de la pierna se alivió y el cansancio del viaje pasó a segundo término. Apenas acabó la lectura, se apresuró a responder, con la esperanza de iniciar una correspondencia regular. Quería saber qué había sido de aquella chica que tanto le había atraído en el pasado.

Tres días después, Miriam estaba sentada ante el ordenador buscando información en internet cuando le sonó el pitido de un mensaje entrante. Lo abrió y su sorpresa no tuvo límites cuando vio el remitente *psolis*. Ya no esperaba que respondiera a su correo. Lo abrió y se encontró con un largo párrafo.

«Hola, Miriam:

Claro que me acuerdo de ti, y para que despejes tus dudas te diré que no miraba a tu amiga. El porqué no lo sé, pero llamaste mi atención aquel verano. Me pareciste tan joven y tan seria que no podía dejar de observarte tratando de averiguar si había algo triste o duro en tu vida. No me pareció, se te veía alegre, y deduje que simplemente eras así.

Disculpa la tardanza en responder, he estado de viaje por trabajo y no he visto tu email hasta hoy; me alegra muchísimo que lo hayas enviado, pero no tienes que darme las gracias por haber escogido al bufete de tu padre para representarme. Me he informado y es uno de los mejores en su género, así que lo he hecho de forma egoísta. Necesito el dinero de la indemnización para poner en marcha un proyecto que me permita desarrollar mi profesión, a pesar de las limitaciones que me ha producido el accidente. No es nada grave, solo una leve cojera en la pierna izquierda que se acentúa con el cansancio y con los cambios de tiempo. Pero la articulación de la rodilla está dañada y no me permite subir por escaleras inseguras ni provisionales, porque me falla a veces.

No vivo en Ayamonte, me mudé a Huelva hace unos años, por eso no me has visto en tus visitas; ya aquel verano vivía aquí, trabajando en un estudio, y en el pueblo solo estaba de vacaciones en casa de mis padres. No he vuelto a poder permitirme el lujo de todo un mes sin hacer nada; por fortuna el trabajo no me falta. Estoy tratando de abrir mi propio estudio arquitectónico, lo que me convertirá en mi propio jefe y no importará si tengo que bajar el ritmo en ocasiones porque la pierna me moleste demasiado. Que insisto, no afecta para nada a mi día a día.

Veó que eres tan entusiasta de tu trabajo como yo del mío. Eso es genial, sería demasiado triste desempeñar una actividad que no nos agrada. ¿Piensas especializarte en alguna rama? A mí me gustan los puentes de forma especial, pero claro, no todos los días te encargan construir uno, de modo que de momento hago casas y todo lo que me encargan.

Estos días he estado en Madrid presentando un proyecto para unos grandes almacenes, aunque no confío demasiado en conseguirlo. Todavía no tengo el nombre suficiente para que me den un proyecto de esa envergadura, pero debo intentarlo. No soy de los que se rinden antes de empezar.

Como ves, yo también me he enrollado, y no es habitual en mí, pero deseo añadir una cosa más. Quiero que sepas que ha sido una grata sorpresa recibir tu mensaje y espero que esto no sea algo puntual y sí el comienzo de una buena amistad.

Pablo».

Miriam no se había dado cuenta de que había devorado el correo y que una sonrisa se había apoderado de su boca. Ella también esperaba que fuera el comienzo de una amistad.

Se sentía tan contenta que se apresuró a devolver el correo.

«Hola, Pablo:

Me siento muy feliz de que me hayas respondido. Al ver que no contestabas me imaginé que, a pesar de que mandases saludos a través de mi padre, lo hubieras hecho de forma mecánica, y te estuvieras preguntando quién demonios es Miriam Figueroa. O que no te interesara iniciar una correspondencia conmigo.

Me alegra mucho saber que no es así. Yo también espero que esto sea el comienzo de una buena amistad y así romper un poco el misterio que te rodea. Marta, la chica que me acompañaba y yo, especulamos mucho aquel verano sobre ti. Ahora ya podré contarle que he identificado al hombre de la playa, como te llamábamos entonces.

Aunque solo sé que te llamas Pablo Solís y que eres arquitecto, el resto ya tendremos ocasión de conocerlo poco a poco.

Te dejo, tengo que estudiar.

Un saludo,

Miriam».

Y muy satisfecha le dio a enviar. Después, llamó a Marta, impaciente por contarle su descubrimiento.

—Hola —saludó su amiga al otro lado del móvil.

—Hola, Marta. Tengo una cosa que contarte —dijo con tono misterioso.

—Hummmm, dime.

—¿Te acuerdas del verano que pasamos en Ayamonte todo un mes?

—Sí, claro. Fue el primer año que Sergio se embarcó y me llevaste allí para hacerme más llevadera la separación.

—¿Recuerdas al hombre que nos miraba?

—Te miraba. Era a ti a quien no quitaba ojo.

—Ya lo sé —dijo con una risita—. He descubierto quién es.

—¿En serio?

—Sí. Se llama Pablo Solís y es arquitecto.

—¿Puedo preguntar cómo lo has averiguado? ¿Te lo ha contado alguien del pueblo?

—No, ha sido él.

Marta exclamó impaciente:

—¿Quieres dejar de decir frases escuetas y contármelo todo? ¡No juegues a los misterios conmigo!

Miriam se echó a reír con ganas. Sabía que la curiosidad de Marta no resistiría que le diera la información con cuentagotas.

—Ha contratado a mi padre para que le represente en una demanda judicial. Le dio recuerdos para mí, y yo lo busqué en Google. Le mandé un *email* para devolverle el saludo y hace un rato me ha respondido.

—¿Y qué? ¿Cómo es? Porque aquel verano parecía de lo más misterioso.

—En absoluto, es un hombre muy agradable. Muy correcto y educado.

—Correcto y educado, seguro, lo pudimos comprobar aquel verano. En caso contrario se te habría tirado encima, porque te comía con los ojos.

—No era para tanto.

—Si tú lo dices... A menos que no supiera hablar. ¿Sabe?

Miriam volvió a reír con ganas.

—Supongo que sí. De momento solo me ha escrito, pero si fuera mudo mi padre me lo habría dicho.

—¿Y le vas a responder?

—Sí.

—Pues ya me cuentas. Ahora te dejo que prometí a Sergio que le llamaría antes de que entrase al comedor. Luego tiene guardia.

—Dale un beso de mi parte.

Cortó la llamada y comenzó a estudiar, dispuesta a aprovechar el resto de la tarde.

Capítulo 3

El siguiente correo llegó tres días después. Miriam apenas tuvo tiempo de comprobar la bandeja de entrada, el poco tiempo libre que le dejaban los últimos días de clase, antes de los exámenes, lo dedicaba a ayudar a su madre en un caso de fraude. Cuando aquella noche encontró el *email* de Pablo ni siquiera era consciente de que hubieran pasado tres días desde el anterior.

«Hola, Miriam:

He dejado pasar un par de días para no resultar un pesado. Si te lo parezco, dímelo y espaciaré los mensajes.

Me gustaría que me contaras cosas de ti. Tampoco yo sé más allá de tu nombre y de que eres una apasionada del Derecho, como tus padres. ¿Qué te gusta? ¿Qué aficiones tienes?

A mí, además de construir casas y puentes, me gusta la música. Todo tipo de música, desde el flamenco hasta la ópera, pasando por el jazz o cualquier otro género.

Y mis aficiones favoritas son sentarme en la playa y mirar el mar, (cuando no se me desvía la atención hacia chicas bonitas). Me relaja y me da paz, lo mismo que el fuego de la chimenea.

Tengo treinta y dos años y vivo solo, en una casa que compré barata y que he acondicionado a mi gusto. No tengo pareja, pero sí muchos amigos.

Me encanta viajar, pero en este momento de mi vida apenas puedo hacerlo. Debo emplear toda mi energía y mi dinero en sacar adelante mi carrera profesional, aparte de que no es divertido viajar solo. Mientras llega el momento, ahorro. Me encantaría ir a algún país exótico, vivir una cultura diferente y ver otros tipos de construcciones. ¿Te gusta viajar a ti? Si es así quizás podamos contarnos nuestras experiencias de viaje.

Te he hablado a grandes rasgos de mis gustos y aficiones, espero que no te importe decirme los tuyos.

No quiero cansarte más, imagino que en estas fechas estarás ocupada. Espero recibir noticias tuyas pronto.

Un abrazo,

Pablo».

Pensó responder en seguida, pero se encontraba cansada y con un incipiente dolor de cabeza, por lo que decidió dejarlo para después de la cena.

Bajó a la cocina y se sirvió un vaso de zumo. Fran salió del salón al escuchar los pasos.

—Ah, eres tú —dijo—. Pensaba que era tu madre.

—Creo que está en el despacho aún. Y me temo que tiene para rato. El caso que lleva está duro de pelar, y ahora que se acercan los exámenes no podré ayudarla tanto como quisiera.

—Intentaré echarle una mano, aunque tampoco ando corto de trabajo.

—¿Cómo va el caso de Pablo?

—¿Ya sabes quién es?

—Sí. —Rio—. Marta y yo le conocimos en Ayamonte el verano que pasamos allí un mes. No sabía su nombre ni que era arquitecto, solo hablé con él una vez.

—Tiene posibilidades de conseguir la indemnización. Las lesiones son reales y hay un informe médico, eso es incuestionable. La aseguradora no tiene ninguna baza para negarse. La cuantía ya es otra cosa.

—Eso dependerá de la habilidad del abogado, ¿no?

—Así es.

—Tengo entendido que tiene uno de los mejores —bromeó.

—Al menos uno que va a ir a por todas. Ya sabes que hay unas cantidades establecidas para los diferentes tipos de lesión, y según los días de baja. Pero creo que, por la negativa a pagar, si vamos a juicio podríamos conseguir un poco más.

—¿Le aconsejas demandar?

—No si la aseguradora ofrece una cantidad aceptable. Ya sabes que un juicio siempre es arriesgado.

—Sí, lo es.

Fran abrió el frigorífico.

—¿Una cerveza antes de cenar?

—No, me acabo de tomar un zumo. Me duele un poco la cabeza y debo estudiar esta noche.

—Tienes aspecto de cansada.

—Lo estoy, papá. Y mamá ni te cuento. Voy a preparar yo la cena esta noche para que ella descanse un poco.

—¿Y si pedimos una *pizza*? Así descansamos todos.

—Estaría genial. Hace bastante que no la como.

Fran cogió dos cervezas del frigorífico.

—Voy a llevarle una a tu madre, seguro que le apetece.

Miriam soltó una carcajada. Cuando Susana estaba en el despacho porque se llevaba trabajo a casa, cosa que intentaba hacer lo menos posible, su padre se mostraba inquieto hasta que salía de la habitación. E inventaba mil excusas para ir a verla.

—Seguro que sí.

Con las dos botellas en la mano Fran se acercó al despacho. Susana estaba enfrascada tomando notas de un documento abierto en la pantalla.

—¿Es hora de un descanso?

Ella se volvió.

—Creo que es hora de dejarlo por hoy. Estoy agotada. —Tomó el botellín de manos de su marido y le dio un largo trago—. Gracias, cariño.

—Pues corta ya. Te echo de menos en el salón.

—Eso me termina de convencer —dijo salvando el documento y apagando el ordenador.

—He propuesto una *pizza* para cenar y a Miriam la ha parecido bien.

—Y a mí me parece aún mejor. No tengo ninguna gana de cocinar esta noche.

—Pues ven y siéntate conmigo un rato mientras esperamos que llegue la cena.

—De mil amores.

Se sentó y se recostó contra su hombro. A Fran le encantaba tenerla así, acurrucada contra su cuerpo. La rodeó con el brazo y empezó a acariciarle la espalda con lentitud. Miriam, sentada en uno de los butacones, sonrió para sí.

Tras la cena, todos se retiraron a sus habitaciones. Miriam, ya más despejada, se sentó a responder el correo de Pablo.

«Hola.

Me ha encantado que me cuentes cosas de ti. Ahora me corresponde a mí hacer lo mismo.

Estudio Derecho por vocación, no solo porque mis padres sean abogados. De hecho, mis hermanos mayores (tengo tres) no se dedican a la abogacía. Javier es científico; Sergio, marino, y Hugo se negó a estudiar una carrera y trabaja en un bar de copas. Pero yo me sentí fascinada por el Derecho desde pequeña. Siempre estaba preguntando a mis padres por sus casos, por los juicios y por todo lo relacionado con el mundillo judicial. Me impactó mucho cuando me enteré, a los ocho años, de que mis padres tenían que defender también a «los malos». Pero mi madre supo explicármelo muy bien, y acabé por aceptarlo. Hoy estoy preparada para ello.

Como ya sabes, me encuentro a punto de terminar la carrera, y el año que viene comenzaré el máster de especialización. Mientras siga estudiando, vivo con mis padres y después imagino que me independizaré.

Tengo novio, Ángel, desde hace casi cinco años. Nos conocíamos desde siempre porque vivimos en la misma urbanización, y empezamos a salir juntos poco después del verano en que tú y yo coincidimos en la playa. Es informático y termina la carrera también este curso.

Me gusta la música, pero soy más selectiva que tú. Prefiero el pop y la salsa, esta última para bailarla. Adoro bailar, aunque, por desgracia, mi novio no. Pero Marta y yo nos escapamos a veces a alguna discoteca especializada en este tipo de música y echamos un rato.

Viajar también me gusta, pero por ahora tampoco puedo hacerlo demasiado. Los únicos viajes largos que he hecho han sido a Estados Unidos, a visitar a mi hermano Javier, que vive allí. El resto, excursiones cortas de uno o dos días.

Todavía dependo económicamente de mis padres, y aunque me pagan las horas que echo en el bufete, no es suficiente para hacer grandes desplazamientos. Por lo tanto, no puedo intercambiar contigo experiencias de viaje, de momento.

Esto es todo lo que se me ocurre contarte sobre mí, aunque imagino que poco a poco irán surgiendo más cosas.

Ahora me despido, todavía me quedan por delante un par de horas de estudio.

Abrazos,

Miriam».

P.D. Ah, se me olvidaba... tengo veintidós años.

Capítulo 4

La amistad que Pablo le había sugerido en su primer correo estaba floreciendo entre ellos a pesar de la diferencia de profesión, de la distancia de sus lugares de residencia y de los diez años que los separaban.

Los correos, en un principio solo informativos, se fueron transformando poco a poco en más personales a medida que se iban conociendo mejor.

Miriam, seria y muy celosa de su intimidad habitualmente, sentía fluir su locuacidad cuando se sentaba ante el ordenador y sabía que era Pablo el destinatario de la misiva. Tenía pocos amigos: Marta, a la que conocía de toda la vida y a la que no tenía nada nuevo que decirle sobre sí misma, y Ángel. No, Ángel era su novio y no su amigo. Con él no tenía la misma facilidad que con Pablo para contarle sus cosas, siempre había un rinconcito que se reservaba para ella. Su espacio privado. Sin embargo, a Pablo Solís no tenía ningún reparo en hablarle de sí misma, de sus planes de futuro, de sus sueños, de la Miriam que era en lo más recóndito de su alma. Quizás por la diferencia de edad que los separaba, porque lo veía como un hermano mayor sin serlo, o porque no le hablaba cara a cara sino a través de palabras escritas.

Aquella tarde, después de llegar del despacho de sus padres, Miriam abrió el correo electrónico con la esperanza de encontrar un nuevo *email* de Pablo. Cada dos o tres días, según las ocupaciones de cada uno, se tomaban un rato para responder al mensaje anterior. No lo hacían a la ligera ni de forma precipitada, sino que se escribían como antaño se hacía con las cartas, en un rato reposado y tranquilo. Como se le habla a un amigo.

Se sintió contenta al encontrar el *email* que esperaba y se apresuró a abrirlo.

«Hola, Miriam:

Como ves he tardado en responderte otra vez, y lo lamento. En esta ocasión no ha sido culpa solo del trabajo, sino de la demanda. No sé si tu padre te lo habrá comentado, pero la aseguradora ha hecho una generosa oferta para evitar llegar a juicio y he tenido una reunión previa con el abogado de la parte contraria. La próxima semana iré a Sevilla para hablar con tu padre y me pregunto si te apetecería quedar conmigo para tomar un café. Me gustaría ver si has cambiado en estos años o si sigues siendo la jovencita seria y encantadora que recuerdo de la playa.

A continuación, te cuento de mi vida. Me han encargado algo especial esta semana, la restauración de una preciosa casa antigua, el sueño de todo arquitecto. El edificio está en bastante mal estado en el interior, aunque la estructura es sólida y no está dañada en absoluto. El trabajo es apasionante, pero claro, nada es perfecto. Me tocará lidiar con una pareja que no se pone de acuerdo en lo que quiere. Él desea una casa cómoda y confortable y ella la prefiere elegante y sofisticada. Él quiere agrandar las ventanas para que entre luz, y ella dejarlas como están y añadir celosías de madera tallada. ¿Te haces una idea? Les he ofrecido mi opinión, pero no parece que les haya interesado demasiado, así que los dejo a su aire con la esperanza de que no destrocen las muchas posibilidades de la casa.

¿Vendrás de vacaciones este verano por el pueblo? Yo solo podré escaparme algún fin de semana,

tengo mucho trabajo. Pero tú debes cambiar de aires y recargar las pilas, es muy necesario para enfrentar al nuevo curso. Estás en cuarto ya, ¿no?, a punto de terminar la carrera, ahora son cuatro años según creo. Todavía recuerdo con mucho cariño mi etapa de estudiante, la presión de los exámenes, las noches en vela dibujando planos y proyectos y la inmensa satisfacción de tener el título en la mano. Ya me contarás el día que lo consigas, que te sientas abogada de pleno derecho. Cuando tengas tu primer caso será una experiencia inolvidable.

Mi primer proyecto fue la remodelación de un local, más bien una nave, para convertirlo de garaje en taller de joyería. No era gran cosa, pero yo me sentí como si estuviera reformando el Palacio Real.

No te robo más tiempo, sé lo ocupada que andas. Ya te avisaré el día que vaya a Sevilla por si quieres que nos veamos.

Tu amigo,

Pablo».

Miriam se sintió contenta ante la posibilidad de encontrarse con él cara a cara. Aunque lo había visto fugazmente entrando en el despacho de sus padres no sabía que se trataba de él ni se fijó en los posibles cambios. También le intrigaba saber si habría cambiado, aunque con toda seguridad ella lo hubiera hecho más. Un hombre de veintisiete años cambia menos que una chica de diecisiete.

Decidió esperar a la noche para responder a su *email*, cuando hubiera terminado su programa de estudio del día. Apagó el ordenador y se dispuso a aprovechar la tarde, antes de acudir a cenar en casa de Ángel.

Sobre las ocho se dio una ducha y se arregló. Solo iba a cruzar dos calles de la urbanización y le daba una pereza terrible maquillarse y vestirse de forma elegante para una hora, pero su suegra era muy tradicional y no vería bien unos simples vaqueros para ir a cenar.

Solía comer en casa de su novio cada diez o quince días, y nunca terminaba de acostumbrarse al ambiente rígido y asfixiante de la casa.

Manuela, la madre de Ángel, era chapada a la antigua, muy chapada a la antigua, y ella nunca se permitía expresar con libertad sus opiniones en su presencia. Se limitaba a comer y escuchar, o ver la televisión, pues toda la vida de la familia giraba en torno al consabido aparato. Era más fácil mirar la pantalla que entablar una conversación con aquella familia con la que nada tenía en común.

Llegó a la casa con el tiempo justo para sentarse a la mesa y aceptó el café que Manuela sirvió después de la cena. Le vendría bien si quería aprovechar un rato de estudio aún. Sentada en un sofá rígido, con Ángel a su lado y sin que se rozaran un solo centímetro, contempló en la pantalla de la televisión un programa de *reality show* mientras bebía el café. Luego se despidió con el pretexto de sus estudios en cuanto la educación le permitió hacerlo sin resultar grosera. Ángel la acompañó hasta la puerta y la besó en la mejilla para despedirse, un beso casto porque ambos intuían que su madre no andaba muy lejos.

Recorrió las dos calles que separaban ambas viviendas y regresó a su casa. La luz del salón estaba apagada; en cambio en el dormitorio de sus padres se podía ver un leve resplandor a través de las cortinas.

Se fue derecha a su habitación, se sentó ante el ordenador y releyó el *email* de Pablo para responderlo a continuación.

«Hola, Pablo:

No robas mi tiempo, es un placer recibir tus correos y puedo asegurarte que, por muy ocupada que esté, siempre encontraré un rato para responderlos.

¡Por supuesto que me encantaría verte y tomarme ese café contigo! Solo dime cuándo y dónde, y allí estaré.

Es estupendo lo de la oferta de la aseguradora, ¿no?, porque tú no querías ir a juicio, me pareció entender, y si te ofrecen una cantidad aceptable para montar tu propio estudio, pues genial. Pero como abogado y sobre todo como amiga, te recomiendo que no te precipites en aceptar nada y te dejes aconsejar por mi padre; sabe lo que hace y tiene un olfato casi infalible sobre los casos que se van a ganar.

Respecto a tu estudio, ¿vas a abrirlo en Huelva o en Ayamonte? Si lo abres en el pueblo me pasaré a verlo cuando vaya por allí a visitar a mis abuelos.

Y sí, estoy deseando terminar la carrera y zambullirme de lleno en el mundo laboral. ¡No veas cómo envidio, sanamente claro, a mis padres con su ajetreo de juicios y demás asuntos de trabajo! Aunque ahora les ayudo con la documentación no es lo mismo que llevar un caso yo sola, ser la responsable, preparar la defensa... Estoy impaciente, y como bien dices, ahora son solo cuatro cursos, la ley ha cambiado. Mis padres tuvieron que estudiar cinco años, pero a cambio yo deberé hacer un máster a precio de oro para compensar ese año menos de carrera.

Estos días apenas voy al despacho, me paso casi todo el tiempo encerrada en casa estudiando. Espero aprobar todo entre junio y septiembre, para empezar el máster al próximo año.

Ahora cuéntame sobre la casa esa que tienes que remodelar. ¿Dónde está? ¿En Huelva? Tienes que tener un poco de paciencia con tus clientes, trata de no imponer tu opinión, aunque supongo que eso te resultará muy difícil, porque te imaginarás mejor que ellos cómo será el resultado de los cambios. ¿Puedo permitirme preguntarte, y eso entre tú y yo, de parte de quién estás? ¿Agrandarías las ventanas o les pondrías celosías de madera? Yo creo que no tocaría la estructura original de la casa, pero claro, no la he visto, por lo tanto, no puedo opinar.

Ahora me voy a la cama, es tarde y tengo un poco de sueño. Mañana quiero levantarme pronto para estudiar, hoy apenas he tenido tiempo.

Besos,
Miriam».

Se sentía muy contenta ante la posibilidad de ver a Pablo de nuevo, desde aquel verano de hacía cinco años no se habían encontrado cara a cara y deseaba comprobar si la conversación fluiría de la misma forma que por escrito. Esperaría con impaciencia ese momento.

Capítulo 5

Pablo le había enviado un correo proponiéndole verse aquella tarde en una conocida cafetería sevillana, después de una entrevista con Fran, y Miriam había pospuesto toda actividad para acudir a la cita. Se levantó más temprano para compensar el tiempo de estudio y a la hora prevista se desplazó hasta Sevilla. Se habían intercambiado los teléfonos por si a alguno se le presentaba algún imprevisto, pero no había sido así.

Aparcó el coche lo más cerca que pudo del lugar de la cita y caminó hasta la cafetería de la cadena de Hornos San Buenaventura, situada en la Avenida de la República Argentina, relativamente cerca del bufete Figueroa. Nada más entrar en el local, le buscó entre las mesas y le vio en una algo apartada del resto. Al verla, Pablo se levantó y se acercó a ella. La besó en la cara para saludarla y Miriam, que no era baja precisamente, tuvo que alzarse para corresponder.

Estaba tal como lo recordaba, ni un gramo de más o de menos, solo una casi insignificante cojera al avanzar le dijo que habían pasado cinco años desde que lo viera por última vez y que algo había cambiado.

Él la contempló largamente, de arriba abajo, con una mirada que al igual que las de la playa, halagaba y no ofendía. Miriam sabía que estaba asimilando los cambios, que en ella sí eran patentes. Se veía más mujer, tenía más pecho y menos cintura, y también poseía una seguridad en sí misma de la que antes carecía.

Pablo separó una silla invitándola a sentarse.

—¿Qué tomas?

—Un café con hielo.

Llamó al camarero y encargó las consumiciones. Café con leche para él y con hielo para Miriam.

—¿Qué tal te ha ido con mi padre?

—Muy bien. Me aconseja esperar un poco y no aceptar de inmediato la oferta, a ver si la suben. Pero que acceda si no lo hacen, porque, aunque tenemos muchas posibilidades de ganar, ir a juicio siempre supone un riesgo.

—Sí, siempre lo es. Todo depende mucho del juez al que se le asigne el caso.

—Y tú, como abogado en ciernes, ¿qué me aconsejas?

—Lo mismo.

—¿Te gusta ir sobre seguro?

—Siempre que puedo. No siempre es viable, pero...

—¿Te piensas especializar en alguna rama?

—Aún no lo sé. Mi madre es criminalista, mi padre especialista en Derecho Civil y Mercantil, pero ambos aceptan todo tipo de casos. Lo único que no me atrae es dedicarme a divorcios, como mi abuela.

—¿Por qué no?

—Porque no me gusta ver cómo personas que se han querido acaban tirándose los trastos a la cabeza. Y menos si hay hijos por medio.

—¿Eres una romántica?

—No de las que miran las estrellas y la luna o recita poesía, pero creo en el amor para siempre, y me duele ver que en la mayoría de los casos no es así. Y que cuando el amor se acaba, la gente no siente el menor escrúpulo en hacer daño a alguien que ha querido en el pasado. Es muy triste.

—¿Hablas por experiencia? Eres muy joven.

—No, por suerte Ángel y yo llevamos casi cinco años de relación y estamos genial. También en mi casa se respira amor por todas las esquinas; mis padres son dos tórtolos cincuentones buscándonos las vueltas para morrearse como adolescentes. Pero vengo de una familia de abogados y en casa se suele comentar el trabajo hasta donde lo permite el secreto profesional, claro. He oído cosas muy duras. Padres que usan a los hijos para hacerse daño uno al otro. Algunos a los que les importa un comino que sus hijos se queden sin comer mientras se compran un coche nuevo... De todo, Pablo.

—Es triste eso.

—Sí que lo es. ¿Y tú? ¿Cómo llevas el proyecto de tu casa?

—Va saliendo adelante.

—¿Quién gana?

—Hum, cada uno en según qué.

—¿Las ventanas?

—Tablas. Pude convencerlos de que deberían dejarlas como están, que son preciosas, aunque no demasiado grandes, por lo que ponerles celosías decorativas restaría mucha luz a las habitaciones. Ahí gané yo. Pero no he conseguido evitar la enorme lámpara de araña en el comedor que se come todo el techo y lo vuelve agobiante. Ni que el despacho de él sea espartano y ultramoderno, lo que contrasta muchísimo con el resto de la casa. La batalla ahora es por la repisa de la chimenea del salón, y las opciones están entre mármol rosa, madera tallada o cristal.

—¿Y tu elección?

Él se encogió de hombros.

—Ninguna, pero al menos intentaré que no sea cristal. Yo me decantaría por el mármol negro o la madera sin labrar, de ébano a ser posible. El negro le daría un toque sobrio y elegante a la habitación, ya demasiado recargada de por sí. Pero eso entra más en la labor de un decorador que en la de un arquitecto, lo que ocurre es que se quieren ahorrar ese gasto.

—Comprendo.

Llegaron los cafés y se dedicaron a tomarlos sin dejar de mirarse el uno al otro. Pablo aparentaba los treinta y dos años que tenía. Su cuerpo ancho y macizo, sin llegar a estar gordo, pues no había ni un gramo de grasa en él, le hacía aparentar exactamente su edad. Miriam en cambio sí aparentaba dos o tres años más de los veintidós tenía.

—Háblame de tu novio —pidió él entre sorbo y sorbo de café.

—¿De Ángel? ¿Qué quieres que te cuente?

—Cómo es, qué tipo de relación tenéis... esas cosas.

—Es un chico estupendo, nos conocemos desde hace años y empezamos a salir juntos hace cinco. Es informático, tiene veintitrés años y está a punto de terminar su carrera. Es encantador y muy comprensivo, acepta sin rechistar mis muchas horas dedicadas al estudio, nunca se enfada si no podemos quedar.

A su mente acudió la imagen de su hermano Sergio y sus largas ausencias, y la tristeza de Marta cuando se marchaba

—Es muy buena gente.

Pablo la miró y asintió con la cabeza.

—¿Y tú? Ya me dijiste que no tienes pareja...

—No.

—¿Amiga con derecho?

—Tampoco.

—¿Y cómo es eso? Eres un hombre joven, bien parecido... No me puedo creer que no haya ninguna mujer interesada en ti.

—Haberla la hay... el que no está interesado soy yo. Se trata de una posible cliente, que no deja de insinuarme que estaría dispuesta a ser mucho más.

—Ah...

—No soy homosexual, no pienses eso, es solo que no he encontrado todavía a la mujer que me enamore. Ya llegará, supongo, no tengo prisa.

—Claro, es cuestión de tiempo.

Bebían los cafés con calma, charlando y sin dejar de mirarse el uno al otro.

—Pensarás que te estoy mirando con mucho descaro —se disculpó él, consciente de que, al igual que en la playa, no podía apartar los ojos de Miriam—. Pero te encuentro tan cambiada...

—Lo sé. Tanto mi cuerpo como yo hemos madurado. No queda ya nada de la chica que conociste en la playa.

—Sí que queda —dijo inclinándose y ahondando en los ojos pardos—. La mirada limpia es la misma.

Miriam se sintió complacida con la observación. Y para evitar la turbación que le produjo el halago, preguntó:

—¿Y el resto de los cambios, son a mejor o a peor?

—A mejor, sin ninguna duda. La jovencita de la playa se ha convertido en una mujer preciosa. Yo, sin embargo, he cambiado a peor; ahora estoy cojo —dijo en tono de broma.

—¡Pero con una cojera de lo más interesante! Te da un atractivo muy particular.

—Me alegra saberlo.

—Puedes sacarle partido con las chicas...

—Estoy bien sin chicas. A mí lo que de verdad me alegra es haber vuelto a encontrarte. Estar hoy aquí tomándonos un café y charlando como dos buenos amigos.

—A mí también, Pablo.

—Espero que se repita.

—Por mi parte, estaré encantada de quedar contigo siempre que vengas por Sevilla.

—¿No le molestará a tu novio?

—Para nada. Ángel no es celoso, suelo quedar con amigos de la facultad en ocasiones. A él no le entusiasma demasiado salir de noche o bailar, pero no le importa que lo haga yo.

—Me alegra. Yo tampoco bailo mucho. Pero ahora, debo marcharme —dijo él mirando su reloj de pulsera. Habían terminado los cafés hacía ya rato y sabía que ambos tenían ocupaciones pendientes, que habían postergado para aquel encuentro—, tengo unos planos que revisar esta noche cuando llegue a casa.

—Sí, yo también. A mí me espera un grueso tomo de Derecho Civil de la Unión Europea. De lo más entretenido. —Rio.

Pablo pidió la cuenta, que le llevaron en seguida, y se levantaron, encaminándose hacia la calle. Se detuvieron en la puerta.

—Ha sido un placer verte, Miriam.

—Lo mismo digo.

—Espero que este encuentro se pueda repetir pronto.

—Yo también.

Le cogió la mano y la retuvo por unos instantes. Miriam sintió el calor y la fuerza que le transmitía.

—Si vas al pueblo, pásate por Huelva y te enseñaré mi estudio.

—Lo haré.

Él se inclinó y la besó en la cara.

—¿Puedo dejarte en algún sitio?

—No te preocupes, he traído mi coche.

—Entonces, adiós. Hasta otra.

—Adiós, Pablo. Pasaré por Huelva.

Miriam se marchó y él permaneció quieto en la acera contemplándola alejarse, con su andar alegre y desenfadado. Estaba preciosa, mucho más que cuando la conoció en la playa. Y él muy contento de que ella hubiera dado el paso de mandarle aquel correo y empezar esa amistad que, en su caso, debía cuidar de mantener dentro de esos límites. Porque Miriam Figueroa le gustaba y no precisamente como amiga. Y después de esa tarde, mucho más. Pero ella tenía novio y estaba feliz con él, por lo que su relación tenía que quedar dentro de la amistad.

Capítulo 6

A medida que trascurrían los meses, la amistad entre Pablo y Miriam se afianzó. Los *emails* se hicieron habituales y las visitas de él a Sevilla también. Cada vez que debía acudir a la ciudad por trabajo o por cualquier otro motivo se reunían, y los cafés habían dado paso a almuerzos con sobremesas cada vez más largas.

La primera vez que comieron juntos Pablo la llevó a un restaurante caro y conocido. Se presentó en el bufete a última hora de la mañana, sorprendiéndola.

—¡Pablo! ¿Qué haces aquí? Si buscas a mi padre, no está.

—Ya lo sé; me dijo que se iba de vacaciones con tu madre y te dejaban a ti a cargo de todo.

—Y entonces ¿qué te trae por el despacho?

—El hambre —Se frotó el estómago con la mano de forma significativa.

Miriam se echó a reír.

—Pues me temo que solo puedo ofrecerte café, aquí no hay otra cosa.

—No me has entendido. Vengo a invitarte a comer. He venido a Sevilla para ver una casa. Un cliente me ha pedido un informe sobre el estado de la propiedad y si merece la pena comprarla.

—¿Y la merece?

—En absoluto. Piden un dineral por ella, y aunque está situada en un buen barrio, la estructura está dañada y tiene humedades importantes en el tejado. Siento si no te he avisado antes, pero cuando estaba por subirme al coche, mi estómago ha rugido recordándome que desayuné muy temprano y que no va a aguantar hasta que llegue a Huelva. He pensado que tal vez podríamos comer juntos... si no tienes otros planes, claro.

Miriam miró el reloj de sobremesa que reposaba sobre su escritorio y comprobó la hora.

—Si tu estómago resiste quince minutos, acepto encantada.

—Seguro que puede. ¿Te espero fuera?

—No, siéntate un momento, termino en seguida.

Juntos salieron del despacho un cuarto de hora después y Pablo echó a andar en dirección a la calle Juan Sebastián Elcano.

—¿Dónde vas? Aquí cerca hay un par de sitios donde se come bien.

—Es la primera vez que almorzamos juntos... quiero llevarte a un sitio especial. Mientras terminabas he reservado en La Montanera.

Miriam se sorprendió.

—¿Te han dado mesa con quince minutos de antelación?

—Tengo mis contactos.

Caminaron juntos hasta el restaurante. A pesar de ser un día de trabajo, estaba lleno, sin embargo, había una mesa preparada para dos en una esquina. Les acomodaron en ella y les entregaron una carta.

Pidieron una cerveza sin alcohol y una ración de chacina ibérica. Después, pescado, otra de las especialidades del restaurante.

—La ensalada de pasta que pensaba comer se ha convertido en un auténtico banquete. Gracias.

Él sonrió.

—El guiso que me esperaba en casa para comer a solas, se ha convertido en un almuerzo en la mejor compañía que pudiera desear.

—¿Vienes muy a menudo a Sevilla?

—De vez en cuando. ¿Puedo invitarte a comer cuando lo haga? ¿O se enfadará tu novio?

—En absoluto. Ángel no es celoso, y aunque lo fuera, yo nunca permitiría que me dijese que no puedo quedar con mis amigos. En ese caso, quien sobraría en mi vida sería él. Pero no es el caso.

—Me alegro, porque eso me permitirá disfrutar de tu compañía más a menudo. No quisiera que nuestra amistad te trajese problemas.

—Le he hablado a Ángel de ti. Algún día os tenéis que conocer. Te llama mi «amigo en la distancia».

—No hay mucha distancia entre Sevilla y Huelva, apenas una hora de coche. Por fortuna.

—Se refiere a que casi todo nuestro contacto es a base de correos.

—Eso es verdad, aunque si lo prefieres te llamo por teléfono.

—Puedes llamarme, por supuesto, pero... ¿te resultará muy raro si te digo que me gusta que nos escribamos? Siento emoción al abrir tus mensajes y desgranar línea a línea lo que me dices. Primero devoro el contenido, y luego vuelvo a releerlos despacio, saboreándolos... Las llamadas de teléfono acaban cuando se corta la comunicación mientras que lo escrito perdura en el tiempo.

—A mí también me gusta recibir tus *emails*. Y al igual que tú los releo una y otra vez.

Miriam rio bajito, mientras contemplaba el plato de pescado que acababan de servirle. Una deliciosa lubina a la espalda cuyo olor consiguió que se le hiciera la boca agua.

—Menudo par de nostálgicos estamos hecho. En plena era de la tecnología, donde basta con pulsar un botón para tener la voz o la imagen de otra persona detrás de una pantalla o de un teléfono, nosotros cimentamos nuestra amistad con largos escritos.

Pablo alzó su vaso.

—Por los largos escritos.

—Y por los nostálgicos —terminó Miriam alzando el suyo a continuación.

El almuerzo se prolongó más de lo que esperaban. La deliciosa comida y la charla, que no eran capaces de interrumpir, hicieron que la hora y media de la que Miriam disponía se les pasara sin darse cuenta.

Hablaron sobre trabajo, sobre las vacaciones, el viaje que Miriam iba a realizar con Ángel a primeros de agosto y sobre la semana escasa que Pablo podría desplazarse a casa de sus padres para tomarse un pequeño descanso.

Cuando se percataron de que en las mesas cercanas habían desaparecido los platos para dar paso a copas y tazas de café, Miriam ojeó la hora en el móvil.

—Madre mía... tendría que haber regresado al despacho hace ya rato. Tengo un cliente citado para

dentro de cinco minutos... Menos mal que siempre se retrasa.

Pablo se apresuró a pagar la cuenta mientras ella recogía su bolso y salieron a la calle. El calor se hizo notar en cuanto traspasaron la puerta y apretaron el paso para llegar cuanto antes a un lugar más fresco. En la puerta del bufete, se despidieron con dos besos en las mejillas.

—Gracias otra vez por la comida.

—A ti por la compañía.

—La próxima vez que vengas, invito yo.

—En ese caso, tendré que volver pronto.

—Eso espero.

Se dio la vuelta y entró en la fresca sombra del portal.

A Pablo no le importó permanecer al sol contemplando cómo subía los cuatro escalones que llevaban hasta los ascensores, cómo su corto y elegante vestido veraniego ascendía unos centímetros sobre los muslos al alzar la pierna y se ajustaba a su trasero. Se dijo una vez más que era preciosa... y que era de otro. Sacudiendo la cabeza, pero eufórico por las horas compartidas, se dirigió hacia su coche. Aquella noche le escribiría otro largo *email*, pero en él no podría decirle todo lo que le hacía sentir. Ella siempre hablaba de amistad, sin más, y él tenía que conformarse con eso, con ser su amigo, pero no iba a serlo solo en la distancia. Y quizás algún día los sentimientos de Miriam cambiarían. En el amor y en la guerra, todo valía.

Capítulo 7

Se volvieron a ver un par de veces, pero su contacto continuó siendo casi todo por *emails*.

Ella se acostumbró a hablarle de todo, de sus estudios, de sus planes y de sus sueños. Se abrió a él tanto como a Marta y acabó convirtiéndose en su mejor amigo masculino.

Reservada por naturaleza, solo comentaba de pasada con sus padres sus encuentros esporádicos cuando Pablo venía a Sevilla, pero a Ángel sí le hablaba a menudo de él. En alguna ocasión tenía que hacer que se conocieran. Su novio y su mejor amigo debían caerse bien, era algo importante para ella.

Había terminado la carrera en junio, con unas excelentes calificaciones y, en contra de los consejos de sus padres de que se tomara un tiempo de vacaciones para descansar, se matriculó en el máster en seguida. Estaba deseando concluir cuanto antes su etapa estudiantil para dedicarse por entero a trabajar en el bufete de la familia. De momento, solo acudía por las tardes, dedicando las mañanas a las clases.

También Ángel terminó la carrera y comenzó las prácticas de empresa en calidad de becario, lo que hizo que se vieran aún menos. Los horarios de ambos estaban sobrecargados. Él, aparte del trabajo en la empresa, una conocida y solvente del sector informático de Sevilla, continuaba manteniendo su clientela habitual por las tardes.

Así llegó agosto. Ángel y ella habían conseguido coincidir con cuatro días libres, en medio de sus múltiples ocupaciones, y se marcharon de viaje. Durante ese tiempo recorrerían la costa andaluza en coche y, lo que era más importante, pasarían juntos todas las horas del día. Miriam estaba dispuesta a aprovecharlo al máximo y a descansar para recuperar fuerzas para el duro otoño que se le avecinaba.

Susana estaba revisando la documentación para un recurso sentada en el despacho de su casa, absorta y enfrascada en el trabajo. Aunque en agosto cerraban el bufete, si quedaba algo pendiente lo hacían en su domicilio y a ratos perdidos. Después de que Miriam se marchara de viaje por la mañana, conectó el ordenador y comenzó a trabajar un rato, por lo que no escuchó los leves pasos que se acercaban.

—¿Muy ocupada?

Levantó la cabeza y vio a Fran recostado contra el marco de la puerta, con esa sonrisa provocadora que ella le conocía tan bien, pintada en el rostro.

—Un poco... ¿por?

—Porque Miriam se ha ido y no va a volver.

—Claro que va a volver, solo se ha ido de viaje con Ángel por unos días.

—Quiero decir que no va a volver *hoy*.

—No, hoy no.

—Y he pensado que hace mucho que tú y yo no nos bañamos juntos en la piscina.

Susana sonrió haciéndose la tonta.

—No hace tanto... un par de días a lo sumo.

—Sin ropa.

—Ah, sí; de esa guisa sí hace bastante.

—¿Y no te apetece un bañito con el calor que hace? Puedes seguir con eso más tarde...

Susana sabía que no era verdad, que no iba a continuar trabajando aquel día, pero cerró el documento sin pensarlo dos veces y apagó el ordenador a continuación. Fran no se había movido, seguía mirándola y ella volvió a notar esas mariposas de anticipación en el estómago, que no había dejado de sentir en más de veinticinco años de matrimonio. Se levantó de la silla y se acercó a la puerta donde Fran la retuvo y, abrazándola, empezó a besarla. Como si fuera la primera vez, con la misma pasión y deseo que nunca habían perdido.

Las manos se enredaron en las ropas y en pocos minutos estaban desnudos, apretándose uno contra el otro, sintiendo cada centímetro de piel. Luego, Fran se separó y contempló a su mujer, el cuerpo maduro y con la huella de los embarazos marcada en la piel, pero mucho más hermoso para él de lo que había sido nunca.

—¡Cómo echo de menos contemplarte desnuda a la luz del día, empollona!

—Hacia mucho que no me llamabas así.

—Hoy me siento muy romántico.

—Entonces intuyo que va a ser un día memorable.

—Puedes apostar. Ven, vamos al agua.

Cogidos de la mano como dos adolescentes salieron de la casa y se encaminaron a la piscina. Fran se lanzó de cabeza y Susana bajó por la escalerilla, encontrándose con el cuerpo de él apenas pisó el fondo de azulejos. Con sus brazos que la rodearon desde atrás y con su boca que le apartaba el pelo de la nuca para besarla y morderla donde pudiera dejar marca y que el pelo lo tapase. Se apretó contra ella para que pudiera sentir su erección contra las nalgas desnudas, algo que sabía que la excitaba mucho y empezó a frotarse contra ella. Susana echó las manos hacia atrás intentando tocarle, pero él se las agarró y las apoyó contra el borde de la piscina, cubriéndolas con las suyas, inmovilizándolas allí.

—¿No puedo tocarte?

—Todavía no. Después será tu turno.

—Me vengaré...

—Es la idea —susurró contra su cuello.

Sin soltarla deslizó la boca por la nuca, la espalda y la cintura. Introdujo una pierna entre las de ella haciéndola separar las suyas y la frotó suavemente con el muslo, excitándola. Frustrándola a veces cuando la retiraba y sin dejar de besarle el cuello.

—Fran... —suplicó ella impaciente.

—Aún no.

El agua rozándole los pechos, toda su piel sensible por las caricias, la estaban llevando demasiado deprisa a un punto en que no iba a poder contenerse. Y quería correrse con él dentro.

—Condenado... Figueroa... cabezota... ¿A quién... habrán salido tus hijos?

Fran contuvo una risita y la penetró despacio, solo un poco y salió de nuevo.

—Quieres jugar, ¿eh?

—Ajá.

—Luego te voy a dar de tu propia medicina.

—Me aguantaré.

Volvió a penetrarla esta vez un poco más y se quedó quieto. Susana suspiró con fuerza; sabía que nada de lo que dijera iba a servirle de mucho, así que intentó moverse ella, pero se quedó quieta al ver que él empezaba a salir de nuevo.

—Vale... me quedo quieta... pero no salgas.

Él le atrapó el lóbulo de la oreja con los labios y empezó a moverse demasiado despacio, demasiado poco. No le resultaba fácil, los leves gemidos de su mujer lo estaban volviendo loco, pero le gustaba hacerla rabiar, que le suplicara. Le gustaba notar cómo se excitaba hasta el punto de perder el control. Pero no era de piedra, y fue incapaz de aguantar todo lo que quería. Al final se movió deprisa como ella deseaba alcanzando ambos el orgasmo a la vez. Susana apretaba las manos en el borde de la piscina tratando de mantenerse en pie, pero acabó sucumbiendo a la debilidad de sus piernas y se recostó en el pecho de Fran que la rodeó con los brazos y la arrastró hasta la escalinata de la piscina sentándola en su regazo.

—Quiero mucho a los chicos, pero echo de menos estas cosas... tenerte para mí solo cuando me apetece. Vamos a tener que pagarle a Miriam más viajes.

—Miriam no siempre está en casa.

—Ya lo sé, pero no me fío ni un pelo. Todavía no me he recuperado de aquella vez que nos pilló en el salón.

Susana lanzó una carcajada y recordó una noche en que los chicos estaban en Ayamonte y Miriam iba a dormir en casa de una amiga en una fiesta de pijamas. La intimidad con hijos adolescentes se volvía complicada a veces, y casi imposible fuera del dormitorio.

Estaban en el salón, en el sofá, viendo una película y empezaron a besarse, a desnudarse, prometiéndose una noche inolvidable, y por suerte no habían pasado a mayores cuando sintieron las llaves en la puerta. Apenas tuvieron tiempo de echarse por encima la manta del sofá cuando su hija de catorce años apareció en la puerta con dos amigas. Había olvidado algo y regresó a buscarlo. La situación fue tan embarazosa que Fran nunca se había arriesgado de nuevo y era en extremo cuidadoso a la hora de desnudarse fuera de su habitación. Aunque Miriam nunca había vuelto a regresar a casa cuando no se la esperaba, sin avisar antes.

—Pienso aprovechar estos días al máximo, echo de menos estas cosas —susurró en el oído de su

mujer.

—¿Y el trabajo?

—Solo lo urgente.

—Me gusta la idea.

Se volvió hacia él y empezó a besarlo de nuevo.

La experiencia de su primer viaje con Ángel había sido estupenda a pesar de que la madre de él no había visto con buenos ojos que se marchasen solos. Trató de convencer a su hijo de que esperasen hasta estar casados para hacerlo, pero en esto él se había mostrado inflexible y se marcharon juntos.

El viaje confirmó a Miriam, si tenía alguna duda, lo compatibles que eran Ángel y ella. Aunque él no fuera muy aficionado a viajar, habían disfrutado de las vacaciones y se habían acoplado al ritmo del viaje y el uno al otro. Lo único que la decepcionó un poco fue el terreno sexual; había esperado que hicieran el amor cada noche, pero no había sido así, solo había sucedido la primera. El resto él había bostezado, le había dado un beso de buenas noches y se había echado a dormir, aduciendo cansancio. Era cierto, estaban cansados, pero a ella eso no le hubiera impedido hacer el amor.

Regresó relajada y feliz, deseando retomar su rutina y el trabajo que le apasionaba, así como sus correos con Pablo.

También a sus padres su viaje parecía haberles sentado bien, a su vuelta les encontró radiantes, con la mirada iluminada y más tórtolos que nunca. Sonrió pensando en que, probablemente, ellos habrían hecho el amor más a menudo que Ángel y ella durante esos días.

Después de cenar, y a pesar de lo cansada que estaba, no pudo resistirse a abrir el ordenador y comprobar si tenía noticias de Pablo. No era así, pero no le extrañó porque él sabía que estaría de viaje. Sin casi pensarlo se encontró abriendo un nuevo correo.

«Hola, Pablo:

Ya estoy de regreso. Tú aún estás de vacaciones, imagino. ¿Qué tal el pueblo? Lleno de veraneantes, como siempre, ¿verdad? Es una lata cuando se masifica en verano.

Yo vuelvo muy descansada y con ganas de retomar mi actividad, aunque todavía queda bastante mes para seguir disfrutando de unos días de relax. Ángel se incorpora ya a la empresa donde debe hacer las prácticas, pero mis padres tienen cerrado el bufete todo el mes aprovechando que los juzgados no funcionan en agosto. Yo me relajaré en la piscina y tal vez me acerque a ver a los abuelos un par de días.

Querrás saber de mi viaje... Pues ha sido muy tranquilo y relajado. Hemos visitado algunas ciudades andaluzas con calma, disfrutando del buen tiempo y de la excelente gastronomía de la zona. Ya sabes, largos paseos, comidas copiosas y todo lo que se espera de unos días de vacaciones.

¿Y tú? ¿Has ido a la playa? Espero que también estés disfrutando del merecido descanso que te hace falta. Si decido ir al pueblo quizás te haga una visita.

Espero recibir pronto noticias tuyas.

*Besos,
Miriam».*

Pablo leyó el correo desde el móvil. Normalmente no lo tenía configurado más que en el ordenador, pero desde que se fue al pueblo a pasar unos días lo llevaba consigo a todas partes. La mera idea de que Miriam le escribiese y él no pudiera leer su mensaje, le parecía inconcebible.

No se había puesto en contacto con él hasta regresar, y la alegría de tener noticia de ella se veía un poco empañada con el contenido. Había disfrutado el viaje, había paseado, comido, pero era la siguiente frase, «todo lo que se suele hacer en vacaciones», la que le molestaba.

Apartó los pensamientos y los celos que le carcomían y se alegró por ella. Se merecía disfrutar después de lo mucho que trabajaba. Pero no se decidió a responderle al correo esa noche, esperaría al día siguiente cuando hubiera asumido la faceta sexual del viaje de Miriam. Esa que trataba de apartar de su mente y de sus misivas, pero que esa noche no podía.

Capítulo 8

Miriam llevaba un tiempo dándole vueltas a la idea de que Pablo y Ángel se conocieran. A los dos les había hablado del otro y deseaba que se encontrasen alguna vez, del mismo modo que sentía curiosidad por visitar el estudio de Pablo que llevaba ya funcionando varios meses.

El último fin de semana de agosto, y antes de comenzar de nuevo las clases y el trabajo en el bufete, quería pasarlo en Ayamonte, y pensó que era el momento perfecto para presentarles. Ángel accedió, aunque sin mucho entusiasmo, y aquella noche le mandó un *email* a Pablo preguntándole si le apetecía que Ángel y ella se pasaran a verle de camino al pueblo, y él le respondió a continuación que les esperaba encantado.

A mediodía del viernes emprendieron el camino. Una vez en Huelva siguieron el GPS hasta la dirección que Pablo les había proporcionado. Se trataba de su domicilio en cuya planta baja había instalado el estudio.

Al descender del coche, Miriam contempló el edificio de ladrillo rojizo y sonrió al detectar la personalidad de Pablo en él. Aunque no les hubiera dado la dirección exacta, habría sabido que esa era su casa entre todas las de la calle.

Pablo abrió al primer timbrazo. Vestía un pantalón vaquero negro y camiseta de manga corta gris claro. A Miriam le pareció guapísimo con esa ropa informal; las últimas veces que se habían visto llevaba traje, su habitual ropa de trabajo. Un mechón de pelo le caía sobre la frente y llevaba puestas las gafas que usaba para leer.

—Hola, Pablo —saludó cordial, con un beso en la mejilla—. Te presento a Ángel, mi novio.

Los dos hombres se miraron el uno al otro, analizándose sin disimulo, y a continuación se estrecharon la mano. Un apretón breve y formal, sin pizca de afecto.

—Encantado de conocerte. Miriam habla mucho de ti —dijo Pablo.

—También de ti.

—Pasad —dijo haciéndose a un lado para permitirles entrar.

Le siguieron al interior y Pablo abrió una puerta situada a la derecha.

—Aquí tienes el estudio —dijo con aires de satisfacción.

—Estaba deseando verlo —respondió ella con una sonrisa. Se lo había imaginado tantas veces sentado en su lugar de trabajo que tenía verdaderos deseos de conocer hasta el más mínimo detalle.

Entraron en una habitación amplia con un gran ventanal que dejaba pasar mucha luz natural. Una mesa, un enorme tablero de dibujo justo en la zona más iluminada, la indispensable impresora plóter, un cómodo sillón y un par de sillas tapizadas a juego completaban el mobiliario. El estante en la pared estaba repleto de rulos de cartón para guardar planos. Todo sobrio y elegante a la vez.

Miriam se volvió hacia él con una sonrisa orgullosa en los labios.

—Me encanta, Pablo. Tiene tu sello. ¿Lo decoraste tú mismo?

—Sí. Puesto que ya hago de decorador para mis clientes, con más motivo para mí.

Ella dio varias vueltas alrededor, se asomó a la ventana observando la vista de los edificios circundantes y luego se dirigió a su amigo.

—Es perfecto.

—La verdad es que estoy muy contento, no es lo mismo esto que trabajar en casa. De este modo, cuando termino el trabajo cierro la puerta y puedo desconectar.

Ángel intervino en la conversación.

—Es lo malo de trabajar en tu domicilio. Antes de empezar en la empresa arreglaba ordenadores en mi habitación y podía llevarme hasta la madrugada. Aunque ahora también lo hago, me pongo un horario.

—Yo intento hacerlo también. A las ocho en punto cierro y me subo a casa; vivo en la planta de arriba.

La mirada de Pablo volvió a posarse en Miriam.

—¿Tenéis prisa? Me aceptaréis un café, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo ella después de mirar a su novio por un segundo.

Salieron del estudio y subieron la escalera que llevaba a la vivienda. Pablo les hizo entrar en un salón cuadrado presidido por una chimenea, que debería hacer las delicias en las frías noches de invierno, pero que en aquel momento estaba limpia y apagada.

—Sentaos, prepararé el café.

Ángel y ella se sentaron uno junto al otro en el sofá y Pablo desapareció de la estancia. Regresó poco después con una bandeja en las manos que depositó sobre la mesa de centro.

—Servíos, el café es algo muy personal, de modo que hacedlo a vuestro gusto. Si quieres te traigo hielo, Miriam —añadió recordando las veces que ella lo había tomado así.

—No, con leche está bien. Gracias.

Miriam sirvió el café para Ángel y ella misma. Pablo no dejaba de contemplarla con esa calidez en la mirada que le caracterizaba. También analizaba al hombre que había cautivado el corazón de aquella mujer maravillosa, pero no encontró nada especial en él. Ni siquiera la miraba como ella se merecía, como él se esforzaba por no mirarla. Ángel era un hombre frío y Miriam se merecía otra cosa. No obstante, se comportó como la educación dictaba y trató de apartar los celos que le provocaba para actuar como el perfecto anfitrión.

—¿Cómo va el máster?

—Muy bien, acabándolo ya. Con muchas ganas de trabajar con mis padres durante todo el día

—Te comprendo. Por fortuna, ya hace tiempo que dejé atrás ese periodo.

—Yo estoy deseando acabar para dedicarme al ejercicio de la profesión a tiempo completo. Aunque en el Derecho nunca dejas de estudiar, siempre están saliendo nuevas normas y modificaciones. Pero este tiempo trabajando en el bufete unas horas he sentido correr por mis venas la pasión por las leyes, como dice mi padre.

—Miriam lleva el Derecho en la sangre —intervino Ángel—. Creo que Susana se lo transmitió junto con la leche materna.

—Seguro que sí. ¿Vais para el pueblo ahora?

—Sí, queremos aprovechar lo que queda de verano. Pasaremos el fin de semana con mis abuelos.

—¿Ellos están bien?

—Sí, muy bien dentro de sus años, claro. Les gusta tenernos en casa de vez en cuando, aunque es complicado. Los estudios, el trabajo, hacen que cada vez podamos pasar menos tiempo con ellos.

La conversación se desvió al pueblo, a comentarios sobre personas que ambos conocían, y se generalizó para permitirle a Ángel participar en ella. Después de un tiempo prudencial se despidieron. Los dos hombres se estrecharon las manos con aparente cordialidad y Miriam sonrió complacida de ver que su novio y su amigo se caían bien.

Después, una vez en el coche y apenas emprendido el camino, Ángel comentó:

—Ese tío está enamorado de ti.

Miriam se removió inquieta en el asiento.

—¡Claro que no! Somos amigos, buenos amigos, pero nada más.

—Soy un hombre y sé cómo miran los hombres a las mujeres cuando están enamorados, y te digo que no eres solo una amiga para Pablo Solís. Te comía con los ojos.

—No es verdad, solo estaba contento con nuestra visita. Lleva mucho tiempo invitándome a conocer su estudio y al fin ha conseguido que venga. Estás equivocado, Ángel.

—No, no lo estoy. No te estoy diciendo que interrumpas la amistad con él, pero creo que debes saber lo que hay.

Miriam desechó la información y la aparcó en un lugar recóndito de su mente. Pablo era su amigo, sin más, y no iba a permitir que nada acabase con eso.

Quizás Ángel fuera más celoso de lo que pensaba y por eso había tratado de ver más allá en su relación con Pablo, pero no tenía motivos para ello. Esperar sus *emails*, responderlos y quedar con él cuando iba a Sevilla eran parte de las cosas que le gustaban de su vida y no iba a renunciar a ellas. Ángel estaba en un error, sin duda, y no pensaba permitir que sus palabras, malintencionadas o no, acabasen con la amistad que existía entre Pablo y ella.

Capítulo 9

Septiembre llegó con la rutina otra vez. Atrás quedó el mes de vacaciones, el levantarse tarde y la relajación en los horarios. Miriam volvió a sus actividades de clases por la mañana y tardes de trabajo. Apenas le quedaba un mes para terminar el máster y cumplir sus sueños. En medio de la actividad retomada, sacaba tiempo para animar a Marta, bastante deprimida por la ausencia de noticias de Sergio.

El comunicado de su desaparición en octubre causó una gran conmoción en la familia. Cada uno de ellos trató de soportar su propia angustia e incertidumbre para no causar más dolor en los demás. Miriam acudió a Ángel para paliar el suyo, pero el carácter práctico y frío de su novio no era lo que necesitaba su corazón angustiado. Sus «ya verás como no pasa nada» no le bastaban ni calmaban su inquietud. Necesitaba su abrazo y su presencia a su lado, pero Ángel continuó con su rutina con la única excepción de algún *WhatsApp* para preguntar si había noticias.

Aquella noche, terribles imágenes se colaban en su mente, hasta que no pudo aguantar más y, saltando de la cama, encendió el ordenador y abrió el correo.

«Hola, Pablo:

Sé que apenas hace unos días que te mandé el último email y que si no me has respondido es porque no habrás tenido tiempo de hacerlo. Pero ha ocurrido algo espantoso y necesito hablar contigo de ello. Mi hermano Sergio, el marino, ha desaparecido. Su barco ha sido apresado en el Índico y no se sabe nada más. Ni cuánto tiempo hace ni qué ha ocurrido con la tripulación.

Como comprenderás estamos muy preocupados, por aquellos lares la vida humana vale bien poco, y aunque todos lo sabemos, nadie dice nada para no preocupar a los demás. Tratamos de hacernos los fuertes y animarnos unos a otros, pero ahora, cuando me he metido en la cama a solas, la angustia se ha hecho fuerte, siento que me estoy derrumbando y he tenido la necesidad de contártelo.

No quiero molestarte, sé que es tarde y no espero que respondas de inmediato, pero para mí es importante compartir contigo, no solo las cosas buenas que me suceden, sino también las malas. Eres un gran amigo y puedo hablarte de todo con una facilidad que no tengo con otras personas; soy reservada y un poco introvertida, supongo que ya lo sabes.

Me admiran mis padres, mi madre sobre todo, por esa entereza que muestra a pesar de que sé lo destrozada que está; no se ha derrumbado en ningún momento, al menos delante de nosotros. Seguramente lo hará cuando se queda a solas con mi padre, o tal vez no. Ella es la más fuerte de todos, el pilar sobre el que se asienta nuestra familia, y yo espero de corazón que no tenga que seguir demostrado lo fuerte que es.

Solo quería compartir esto contigo, no puedes ni imaginar cómo me ha desahogado hacerlo. No va a pasarle nada a mi hermano, ¿verdad?

Un beso,

Miriam».

Pulsó la tecla de enviar y volvió a apagar el ordenador. Se metió en la cama más tranquila, con un poco más de confianza en que el episodio acabaría bien. Escribirle a Pablo siempre la serenaba.

Apenas habían pasado diez minutos cuando el móvil, silenciado a medias, empezó a vibrar sobre la mesilla de noche. Con un sobresalto se incorporó y comprobó la llamada. Pablo. Se sentó en la cama y respondió.

—Hola, Pablo.

—No estabas dormida ¿verdad? He visto que acabas de mandar el mensaje hace un momento.

El corazón de Miriam se sintió inundado de una sensación cálida. No esperaba que la llamase, nunca lo había hecho antes y eran casi las dos de la madrugada; solo quería hacerle partícipe de la noticia. Pero oír su voz al otro lado del teléfono la reconformó.

—Yo espero no haberte despertado a ti.

—Me acuesto tarde, no te preocupes.

—Necesitaba decírtelo.

—No sabes cómo me alegra oír eso.

—Eres mi amigo.

—Sí... lo soy. Puedes contar conmigo para cualquier cosa que quieras, de día o de noche, por *emails* o por teléfono. Sé que nunca te he llamado antes, que a los dos nos gusta comunicarnos por escrito, pero hay ocasiones en que se necesita escuchar una voz amiga. Creo que esta es una de ellas.

—Lo es. Estoy destrozada, Pablo. Tengo tanto miedo...

—Lo sé, pero debes pensar con frialdad. Si han sido piratas somalíes, como es lo más probable, ellos actúan por dinero. Y para conseguir dinero deben respetar las vidas de los apresados.

Ambos sabían que no era del todo cierto, que era muy probable que alguien cayera bajo una bala o víctima de un escarmiento colectivo, pero escucharlo en la voz de Pablo la reconfortó y le hizo concebir un poco más de esperanzas.

—¿Cómo están tus padres?

—Aguantando el tipo lo mejor que pueden.

—¿Y Marta? Porque ella es la novia, ¿no?

—Sí. Ella es la que peor está, porque se separaron enfadados, y la sola idea de que...

Sin poder evitarlo comenzó a llorar. La voz suave de Pablo al otro lado del teléfono la conmovió.

—Llora todo lo que quieras, porque eso te liberará de angustia, pero te prohíbo que pienses lo que acabas de insinuar. En tu *email* me has hecho una pregunta y te la voy a responder. No, no le va a pasar nada a tu hermano. Va a volver a casa sano y salvo, estoy seguro de ello.

—Gracias... por los ánimos... por llamarme.

—No me las des. Es un placer hablar contigo.

—¿Aunque sea a las dos de la madrugada?

—A cualquier hora, en cualquier momento y bajo cualquier circunstancia. Espero que lo tengas siempre presente.

—Te he escrito, ¿no?

—Sí. Y yo espero que a partir de ahora me llames también alguna vez. Me gusta escuchar tu voz.

—Lo haré, te lo prometo.

—¿Estás más tranquila?

—Sí, mucho más.

—En ese caso deberías dormir. Mañana madrugas, y es tarde ya.

—Sí, también para ti lo es. Buenas noches.

—Buenas noches, Miriam. Te llamaré mañana para saber cómo estás.

—Gracias.

Colgó, y recostándose sobre la almohada se sintió mejor que en las veinticuatro horas anteriores. La voz cálida y sosegada de Pablo continuaba resonando en sus oídos cuando se durmió, poco después.

Cuando a la mañana siguiente salió del máster, enfiló la calle en dirección a su coche. Mientras caminada ojeó el móvil, que había silenciado, y tras comprobar que no había ninguna llamada ni mensaje nuevo, alzó la vista. Lo primero que vio fue a Pablo dirigiéndose hacia ella por la acera.

Sin pensarlo siquiera se precipitó a sus brazos, que se abrieron para recibirla. Su fuerza, su calor, la hicieron derrumbarse y derramar las lágrimas que reprimía en casa. La boca de él rozó su mejilla en un beso cálido y reconfortante mientras el llanto le empapaba la camisa.

No pronunció palabra, ninguno de los dos lo hizo. Permanecieron en la calle, abrazados, durante unos minutos, sin importarles la gente que pasaba a su alrededor.

Después, Miriam alzó la vista y lo miró a los ojos marrones.

—Has venido —susurró.

—Sentí que lo necesitabas.

Miriam aceptó el pañuelo que le ofrecía y se enjugó la cara. Pablo dejó caer los brazos separándose un poco.

—Tienes razón, necesitaba un abrazo.

Ninguno de los dos mencionó los abrazos que ella necesitaba y no había tenido.

—Gracias.

—No me las des, me tomo la amistad muy en serio. Además, siempre es un placer verte, sea en las circunstancias que sea.

Miriam sintió que la emoción la embargaba de nuevo, y parpadeó para no volver a llorar.

—No sé qué decir...

—No digas nada... invítame a comer. Recuerda que esta vez te toca pagar a ti.

La frase de Pablo consiguió arrancarle una sonrisa. Habían establecido la costumbre de pagar de forma alternativa la comida cuando se veían.

—No creo que pueda conseguir mesa en La Montanera con tan poco tiempo. Yo no tengo tus contactos.

—Una simple *pizza* bastará.

—En ese caso hay una pizzería aquí al lado. Pero no me puedo quedar demasiado rato, tengo mucho trabajo pendiente.

—También yo debo regresar pronto.

La comida y la charla animaron a Miriam. Comió con apetito y su mente olvidó por un rato la pesadilla que estaba viviendo. La conversación se mantuvo lejos de la desaparición de Sergio, centrándose en el trabajo de ambos.

Compartieron una *pizza* familiar, una botella de agua y Pablo insistió en que tomara un postre. Después, se despidieron en la puerta del restaurante con un nuevo abrazo lleno de sentimiento.

—Cuídate, ¿vale?

Miriam asintió.

—Lo haré.

—Y recuerda, si me necesitas, Huelva está a solo una hora en coche.

—Gracias.

Pablo alargó la mano y enjugó una lágrima que le empezaba a caer por la mejilla.

—No más llanto.

Ella sacudió la cabeza.

—No más llanto, te lo prometo.

Se alejaron cada uno en dirección a sus respectivos coches. Miriam, emocionada y Pablo sumamente alterado por los abrazos compartidos. La sensación cálida del cuerpo de Miriam entre sus brazos le hizo añorar aún más cosas que no podía tener.

En casa de los Figueroa vivieron de forma angustiosa durante un mes interminable. Miriam no sabía si a medida que pasaba el tiempo los tripulantes tenían más o menos posibilidades de salir vivos o no. No quería pensarlo, se limitaba a vivir cada día con la esperanza de que les liberasen cuanto antes.

Pablo estaba siendo de gran ayuda, la llamaba cada noche y le infundía las esperanzas que iba perdiendo durante el día, al comprobar que no tenían noticias. Ángel, en cambio, sumido en su nuevo trabajo, apenas había pasado por su casa un par de veces, y no durante mucho rato. No era un comportamiento inusual en él, pero debido a las circunstancias y al estado de ánimo de Miriam, esta se sentía bastante decepcionada.

Cuando al fin la llamada de que les habían liberado se produjo, mientras cenaban, se abrazó a sus padres llorando y se sintió incapaz de continuar comiendo. Se marchó corriendo a su habitación y cogió el móvil. Deslizó el dedo por la lista de contactos, pasando a Ángel y llamó a Pablo.

Él respondió de inmediato.

—Hola, Miriam, buenas noches.

—Hola, Pablo —dijo y la alegría se reflejaba en su voz—. Tengo buenas noticias, mi hermano y sus compañeros han sido liberados.

—Gracias a Dios. ¿Están bien?

—Sí, eso nos han dicho, aunque no hemos podido hablar con él. Pero en pocos días lo tendremos en casa.

—Me alegre muchísimo.

—Lo sé. Por eso has sido el primero a quien he llamado.

Por un momento se hizo un silencio en el teléfono.

—¿El primero? ¿Y tu novio?

—A él se lo diré mañana por la mañana. Es la hora de la cena y su madre es muy particular con los horarios.

—Entiendo.

—Y tú ¿cómo estás?

—Muy bien, terminando de cenar.

—Lamento haberte interrumpido, pero tenía que decírtelo.

—Me habría enfadado si no lo hubieras hecho.

—Pablo...

—¿Qué?

—No sabes lo que ha significado tu apoyo en estos momentos tan duros.

—Para eso estamos los amigos, ¿no? —Tuvo que morderse los labios para no añadir: «¿dónde demonios estaba tu novio? Era él quien debería haber estado a tu lado, aunque yo prefiera que hayas acudido a mí».

—Sí, supongo.

—No le des más vueltas, para mí ha sido un placer estar a tu lado en esto, y no dudes que estaré en cualquier otra cosa que necesites.

—Lo sé. Gracias, Pablo, infinitas gracias. Ahora te dejo que termines de cenar.

—No te preocupes por eso.

—Claro que sí, además, necesito llorar un poquito de alegría. A solas.

Pablo emitió una leve risita.

—De acuerdo. Buenas noches, Miriam.

—Buenas noches.

Colgó y se dispuso a meterse en la cama. Esa noche iba a dormir a pierna suelta, por primera vez en semanas. Antes de depositar el teléfono en la mesilla, sintió un poco de remordimientos y envió un *WhatsApp* a Ángel:

«Han liberado a Sergio. Se encuentra bien».

No lo vio de inmediato, pero apenas un cuarto de hora después el teléfono mostró las comillas azules que indicaban que el mensaje había sido leído y a continuación, la respuesta:

«Me alegre».

Nada más. Ni un mensaje más largo, ni una llamada para averiguar cómo estaba. Suspiró y se metió en la cama.

Confiaba en que ahora que todo volvía a la normalidad, su vida también lo hiciera.

Los nervios y la ansiedad le habían pasado factura durante el último mes. El estómago apenas le

toleraba la comida, en cuanto comía algo más pesado de lo normal lo vomitaba. Segura de que se trataba de nervios y tensión lo había ocultado en casa, lo último que sus padres necesitaban era saberla enferma en aquellos momentos.

Capítulo 10

Fran y Susana, junto con Marta, se marcharon a Madrid a recibir a Sergio. A Miriam le hubiera encantado acompañarlos, pero se quedó a cargo del bufete. Además, después de relajarse con la noticia de la liberación, un extremo cansancio se había apoderado de ella. Suponía que la tensión acumulada le estaba pasando factura y su cuerpo le pedía dormir todo lo que no había descansado durante las semanas anteriores. Se sentía tan agotada que ni siquiera llamó a Ángel para contarle que estaría sola durante dos días. Lo único que deseaba era dormir y estar tirada en el sofá, leyendo. Además, la frialdad de su novio durante el cautiverio de Sergio había abierto una brecha entre ellos. Miriam sentía algo que no había experimentado nunca ante la forma de ser de Ángel, y era decepción.

Pasó los dos días sola, y aparte de ir al bufete, salió solo para acudir a la estación de Santa Justa a recoger a su familia y darle a su hermano el abrazo que tanto deseaba.

Miriam miró el calendario una vez más aquella tarde, aunque sabía que por mucho que lo mirase este no iba a retroceder. Llevaba veinte días de retraso con la regla y se estaba empezando a alarmar, antes nunca le había pasado. Un par de días a lo sumo; sus periodos, así como su vida, eran bastante regulares.

Se había sentido enferma durante el mes que Sergio estuvo apresado, pero lo achacó al estrés y a la preocupación que estaba padeciendo. Por eso no se dio cuenta de que el periodo no se había presentado a su debido tiempo. Pero ahora, con su hermano ya liberado y en casa, no pudo evitar pensar en ello.

Durante días había tratado de recordar algo extraño, algún desliz que hubiera podido provocar un embarazo, pero no encontró nada fuera de lo normal. Solo habían tenido un par de ocasiones para estar juntos desde el viaje y ninguna de ellas había sido diferente de lo habitual.

Llevaba puesto un DIU desde hacía tres años, cuando Ángel y ella habían empezado a mantener relaciones sexuales, se hacía sus revisiones correspondientes y pensaba que lo tenía todo bajo control. Pero ya estaba empezando a dudar de que fuera así, de modo que había decidido agarrar el toro por los cuernos y comprar un test de embarazo. Esperaría a que todos se durmieran para hacerlo.

No le había hablado a nadie de sus temores, ni a Marta ni a Susana, y mucho menos a Ángel; por alguna extraña razón a él le costaba más que a nadie contárselo. Tampoco a Pablo, con el que había vuelto a retomar los largos correos.

Ya estos se habían hecho casi diarios y los temas que trataban habían dejado de ser generales para adquirir poco a poco un carácter más íntimo y personal. Si el cautiverio de Sergio la había alejado de Ángel, la había acercado mucho a Pablo. Sin embargo, no había conseguido hablarle de su temor de haberse quedado embarazada.

Sintió a sus padres acostarse, respondió al *email* de Pablo y se encerró en el baño con el test de

embarazo rogando estar equivocada. Acababa de cumplir veintitrés años, le faltaba un mes para terminar el máster y empezar el trabajo que anhelaba, y un hijo era lo último que quería en aquel momento.

Esperó el resultado tamborileando con los dedos sobre el lavabo y cuando los minutos necesarios transcurrieron, miró el resultado y resopló. Positivo y además indicaba de seis semanas. Debía haber sucedido los días previos a la desaparición de su hermano, una tarde en que los padres de él habían estado visitando unos familiares fuera de Sevilla.

Una mezcla de emociones la asaltaron: temor, agobio y también una punzada de ternura por ese ser que empezaba a crecer dentro de ella.

Se lavó la cara y se dijo que había que afrontarlo, que de nada servía esconder la cabeza en la arena como un avestruz, que Ángel estaría con ella y también toda su familia, de eso no tenía ninguna duda.

Se acostó y tras dar muchas vueltas en la cama consiguió dormirse. Por la mañana, en cuanto escuchó a Susana trastear con el desayuno, se levantó dispuesta a las confidencias.

—Buenos días, mamá —dijo sentándose a la mesa de la cocina.

—Hola, cariño. Muy temprano levantada, ¿no?

—No he dormido demasiado bien esta noche...

—¿Algún problema? —preguntó mirándola a los ojos con cautela—. Ya tenemos a Sergio en casa.

Miriam suspiró.

—Depende de cómo te lo tomes.

Susana dejó de llenar la cafetera con el café molido y se volvió a su hija. Estaba seria y ojerosa y la miraba fijamente a los ojos.

—Hay algo que os tengo que contar a ti y a papá. Quiero que seáis los primeros en saberlo.

—¿Qué ocurre, cariño?

—¿Qué tal te sentaría convertirte en abuela?

Susana se sentó junto a su hija y le acarició la mano

—A mí, bien... lo peliagudo es cómo te sentará a ti convertirte en madre a los veintitrés años.

—No lo sé, acabo de saberlo. Me hice un test anoche y todavía no he tenido tiempo para asimilarlo.

Estoy de seis semanas.

—¿Ángel lo sabe?

—No, no le he dicho nada todavía. Supongo que se lo tendré que contar cuanto antes.

—Claro.

—¿Qué le tendrás que decir cuanto antes y a quién? —preguntó Fran entrando en la cocina en mangas de camisa.

—Siéntate, papá.

—¿A mí? ¿La noticia es para mí?

—Me refería a Ángel, pero sí, también a ti.

Fran se sentó y miró a su hija.

—Estoy embarazada —dijo sosteniendo la mirada de su padre. Él sonrió.

—Bueno, eso no sería ningún problema si no fuera porque eres muy joven.

—Ya. No ha sido intencionado, ha debido fallar el DIU... no sé.

—Solo hay una cosa que quiero que sepas, nena. Tu madre y yo estaremos siempre aquí, para cualquier cosa que necesitéis el niño y tú. Porque lo vas a tener, ¿verdad?

—Por supuesto. Y sé que estaréis a mi lado en todo momento, nunca lo he dudado.

Fran abrió los brazos y Miriam se refugió en ellos. Susana les contemplaba desde el otro lado de la mesa con los ojos velados de emoción. Su niña, su pequeñina, iba a convertirse en madre, iba a vivir la emoción más grande que una mujer podía sentir, ahora sí que iba a dejar de ser una niña para convertirse en adulta. Recordó la emoción que sintió cuando Fran y ella, cogidos de la mano, se atrevieron al fin a mirar el resultado del test de embarazo que les confirmó que Javi estaba en camino. Su hija lo había mirado sola, sin su hombre al lado y eso la preocupó. Deberían haber estado juntos en ese momento; es más, él debería haberlo sabido el primero. Pero sacudió los pensamientos y continuó preparando el desayuno.

Aquella tarde Miriam quedó con Ángel para contárselo. Le preocupaba su reacción bastante más que la de sus padres, que se habían comportado tal y como esperaba de ellos.

Era indudable que este embarazo iba a cambiar su vida y su relación de pareja, y no sabía de qué modo. Porque a ella le gustaba tal y como la tenían ahora, pero eso iba a cambiar de forma irremediable en el futuro. Ya no volverían a ser los chicos despreocupados de ahora, nunca más.

Susana y Fran se habían quedado en el despacho y ella aprovechó la ocasión para invitarle a tomar un café en su casa.

En cuanto abrió la puerta, Ángel se inclinó a besarla en la mejilla.

—¿Estamos solos? —preguntó con el ceño fruncido.

—Sí, pero no te he llamado para echar un polvo, tengo que hablar contigo.

—De todas formas, no puedo quedarme mucho, estoy arreglando un ordenador que debo terminar para última hora de la tarde.

—Siéntate entonces, el café ya está listo.

Ángel se sentó en el sofá y tomó la taza que Miriam le tendía.

—Dime.

—Supongo que debería prepararte un poco para esto, pero no se me ocurre cómo hacerlo. Creo que voy a ir al grano —suspiró—. Estoy embarazada de seis semanas.

Ángel depositó con cuidado la taza sobre la mesa y respiró hondo. Y a continuación hizo la típica pregunta.

—¿Estás segura?

—Sí —respondió Miriam sentándose a su lado—. Me hice un test anoche.

—No me habías dicho nada.

Ella se encogió de hombros.

—No quería inquietarte sin necesidad, podía tratarse de un simple retraso. He estado muy tensa con lo de Sergio y estas cosas suelen afectar al periodo.

—Entonces no hay duda.

—No, no la hay.

Ángel dio un largo sorbo a su taza, y por un momento se quedó pensativo, mirando al vacío.

—Bueno, a lo hecho, pecho —suspiró—. Nos casaremos.

Miriam sintió pánico por un momento.

—¿Cómo que nos casaremos? Ángel, yo tengo veintitrés años y tú veinticuatro. ¿Cómo vamos a casarnos? Yo estoy estudiando todavía y tú acabas de empezar en la empresa. Tienes un contrato de prácticas que no da ni remotamente para mantener una familia, y la reparación de ordenadores es algo muy irregular. Está bien para alguien soltero que se gana un sobresueldo, pero no es suficiente para pagar las facturas y mucho menos si hay un bebé.

—¿Y qué es lo que quieres? ¿Seguir en tu casa y yo en la mía, y que sean tus padres los que mantengan a mi hijo? No pienso consentirlo.

Miriam nunca había visto a su novio hablar de una forma tan contundente. No había pensado en eso, en realidad no había tenido tiempo de pensar en nada. ¿Qué iban a hacer?

—No es lo que quiero o dejo de querer, pero no podemos permitirnos una casa y mucho menos mantener a un niño, Ángel.

Él apretó los labios con fuerza.

—Lo solucionaremos, a menos... que no desees casarte conmigo. Que no me quieras lo suficiente.

—Claro que quiero casarme, pero no ahora. No estaría contigo si no te quisiera.

—Ya sé que no estaba previsto todavía, pero las cosas están como están y, lo queramos o no, es el momento de formar una familia, Miriam. Yo soy tradicional, ya lo sabes. Piénsate lo de casarnos, ¿vale? No quiero que nuestro hijo se crie lejos de mí.

Miriam suspiró.

—Vale.

—¿Tú estás bien?

—Sí, perfectamente. No tengo molestias, ni náuseas ni ninguna otra cosa aparte de cansancio. Mientras Sergio estuvo desaparecido vomité unas cuantas veces, pero ya no.

—Eso está bien. Cuídate.

—Por supuesto.

—Ahora tengo que marcharme o no terminaré el trabajo para esta tarde. Luego te llamo.

—De acuerdo, hasta luego.

—¿Se lo puedo decir a mis padres?

—Sí, claro.

Mientras le acompañaba a la puerta pensó que prefería que Ángel diera la noticia a su familia sin que ella estuviese presente. Con lo tradicionales y retrógrados que eran seguro que iban a poner el grito en el cielo. No pudo evitar acordarse del emocionado apretón de manos de Susana ni del cálido abrazo que su padre le había brindado aquella mañana. El cálido abrazo que no había recibido de su novio. Sí, era muy afortunada, con toda seguridad Ángel lo tendría más complicado con sus padres.

Aquella noche, durante la cena y aprovechando que Marta y Sergio habían salido, Susana le preguntó:

—¿Has hablado con Ángel?

—Sí, esta tarde.

—¿Cómo se lo ha tomado?

Miriam se encogió de hombros y lanzó un profundo suspiro.

—Quiere que nos casemos.

Susana ahondó en la mirada de su hija.

—¿Y tú qué quieres?

—Yo preferiría esperar un poco.

—Miriam —comentó Fran con voz grave—, casarse es algo muy serio; si no lo deseas, no lo hagas.

—No es que no quiera. Ángel y yo llevamos juntos cinco años y tenemos una relación que funciona, y siempre pensé que nos casaríamos algún día. Pero no creo que sea el momento. Ambos estamos empezando nuestra vida laboral, somos muy jóvenes. Claro que tampoco pensé convertirme en madre a los veintitrés años.

—La época en que un embarazo implicaba una boda precipitada, pasó a la historia. Y si no pasó, da igual. En esta familia no pensamos así.

—Gracias, papá. Pero no se trata de eso... Ángel piensa que debemos darle un hogar y una familia a... lo que venga.

—Ni a tu hijo ni a ti os va a faltar un hogar ni una familia si permaneces soltera un poco más. O para siempre.

—Ya lo sé, pero Ángel es el padre y no puedo decidir esto yo sola. Debo tener en cuenta su opinión y sus deseos, también.

Susana intervino con su habitual sentido práctico.

—¿Por qué no llegáis a un término medio? Os vais a vivir juntos y podéis casaros más adelante. Cuando haya nacido y con más calma. Cuando estés segura de que quieres hacerlo.

Miriam movió la cabeza dubitativa.

—No creo que Ángel acepte. Su madre es muy retrógrada y pondría el grito en el cielo.

—Pero no es ella la que se tiene que casar. Es tu vida y no debes permitir que las ideas de Manuela la decidan.

—No se trata solo de ella, su hijo piensa lo mismo sobre este tema. Cuando he intentado convencerle de esperar me ha preguntado si es que no le quería lo suficiente. Sin embargo, no es eso. Yo le quiero, pero... todo esto ha sido tan inesperado...

Susana alargó la mano y acarició la de su hija, con ternura, por encima de la mesa.

—Piénsatelo con calma, es normal que estés confusa y asustada. Decidas lo que decidas, nosotros te apoyaremos.

—Gracias, mamá.

—Pero hay una cosa que no puede esperar y es que busquemos un buen ginecólogo y una matrona competente. Ese embarazo hay que empezar a controlarlo ya —dijo con una sonrisa.

—Sí, supongo.

—Miriam, cariño... estás a punto de vivir una de las experiencias más bonitas de la vida de una mujer. No importa que llegue en un momento poco conveniente, ni los problemas que pueda conllevar. Disfrútala. Siente esa vida que crece dentro de ti, y que te traerá una clase de amor que está por encima de todos los demás —Alzó la vista hacia Fran—. A ti te quiero con locura, lo sabes, pero el amor que te genera un hijo...

Él sonrió.

—Claro que lo sé. Y por eso te quiero mucho más.

Los ojos de Miriam se empañaron de lágrimas contenidas. Adoraba a sus padres y deseaba el tipo de amor que se profesaban. Ojalá algún día Ángel y ella, después de muchos años de matrimonio, sintieran lo mismo.

Miriam colocó la mano sobre su vientre y lo acarició con suavidad. Por primera vez fue consciente de que allí había una persona, que era algo más real que la simple palabra embarazo.

Se secó las lágrimas que amenazaban con desbordarse de sus ojos.

—Son las hormonas, nena —dijo Fran ofreciéndole un pañuelo—. Hazte a la idea de que tus emociones van a entrar en una montaña rusa.

Ella sonrió entre lágrimas.

—Vale. Gracias a los dos.

—De nada. Vas a convertirnos en abuelos, y ya sabes que nos encantan los críos.

—Os agradecería que no dijerais nada aún... Hasta que decida lo que voy a hacer.

—Por supuesto. Cuéntalo tú cómo y cuándo quieras.

—Me voy a dormir, estoy un poco cansada.

—Buenas noches, cariño.

Se fue a su habitación y se metió directamente en la cama. No miró si tenía un correo de Pablo, con toda probabilidad fuera así, pero no se sentía con ánimo para contestarlo. No esa noche.

Capítulo 11

Al día siguiente Ángel la llamó para comer juntos en el descanso de su jornada laboral. Se encontraron en un bar de tapas cercano a su lugar de trabajo.

Una vez instalados en una de las mesas, y con sendos platos de comida delante, Ángel comentó:

—Anoche hablé con mis padres.

Miriam suspiró antes de preguntar.

—¿Cómo se lo han tomado?

—Como era de esperar. Mi padre me preguntó cómo no habíamos puesto medios para evitarlo y mi madre dijo que eso nos pasaba por acostarnos juntos sin estar casados.

—Ya.

—Le he dicho que nos casaríamos.

—Yo aún no he contestado a eso, Ángel.

—Creí que ayer habías dicho...

—Que lo pensaría. Y lo estoy haciendo.

Él pinchó un trozo de su pescado rebozado y antes de comerlo comentó:

—No sé qué hay que pensar. ¿No me quieres?

—Sí.

—¿Entonces? Vamos a tener un hijo, al que hay que darle un hogar. Lo normal es que nos casemos, ¿no?

—Podemos vivir juntos una temporada antes de dar ese paso.

—No quiero traer al mundo un hijo fuera del matrimonio. Quiero que nazca como nací yo, y tú también. En una pareja debidamente legalizada.

Miriam se sentía muy cansada, demasiado para luchar contra corriente. No deseaba que Ángel pensara que no le quería.

—Está bien, nos casaremos.

—Antes de que se te note.

—¡Por favor! ¿Qué importa eso? —preguntó exasperada.

—A mí me importa.

—Di mejor que le importa a tu madre, por el qué dirán.

Él no respondió.

—De acuerdo, antes de que se note. Pero no falta mucho para eso, hoy me ha costado un poco de trabajo abrocharme los vaqueros en la cintura.

—Pues empezaremos los preparativos cuanto antes.

—Quiero que mis hermanos estén presentes.

—Javier siempre viene en Navidad.

—Estamos a final de octubre, Navidad está a la vuelta de la esquina.

—Razón de más para empezar ya. Hay que ir pidiendo fecha en la iglesia. Y encontrar un restaurante donde celebrarlo.

—¿Iglesia?

—Yo soy católico, no me sentiría debidamente casado en una ceremonia civil.

—Y yo no me sentiré más casada por hacerlo delante de un sacerdote. De acuerdo, por la iglesia — concedió resignada.

—Bien, tengo que regresar ya. No quiero llegar tarde, voy a tener un hijo que mantener y debo conseguir que me renueven el contrato después de las prácticas.

—Sí, yo también debo volver al bufete.

Se despidieron con un beso en la mejilla, y Miriam no pudo evitar preguntarse dónde se estaba metiendo.

Cuando llegó a casa, aquella tarde encontró a Marta y Sergio sentados en el porche trasero. Suspiró y se resignó a dar la noticia al resto de la familia. Empezaría por ellos, porque además necesitaba el consejo de su amiga. Después llamaría a Javier y a Hugo para decirles que iban a ser tíos. También tendría que contárselo a Pablo, y la idea le encogió el estómago como una garra helada.

Capítulo 12

Delante del ordenador Miriam no sabía cómo enfrentarse a la pantalla en blanco por primera vez en toda su vida. Pablo era su amigo desde hacía ya año y pico y con él podía hablar de todo... o casi. Sin embargo, llevaba ya un buen rato con aquel correo abierto y no sabía cómo empezarlo. Lo había estado posponiendo y él le había mandado ya varios *WhatsApp* preguntándole si estaba bien, a los que había respondido escuetamente que sí, que solo estaba ocupada. Pero no había sido capaz de mandarle el largo correo que tenía pendiente para contarle su situación. Se escudaba en sus muchas ocupaciones, lo que era cierto, pero eso antes nunca le había impedido escamotear unos minutos al sueño para contestar a sus mensajes. No quería mentirle, pero tampoco sabía cómo decirle que se iba a casar. Temía que la llamase por teléfono ante la falta de noticias, y prefería contárselo por escrito.

Recordaba el comentario de Ángel sobre que Pablo estaba enamorado de ella, y esa era una información que había apartado de su mente porque no sabía cómo gestionarla. Prefería ignorarla porque no quería perder al amigo, y puesto que Pablo no había dado ningún indicio de que su novio tuviera razón, lo había encerrado en algún compartimento recóndito de su memoria. Pero si era cierto, si Pablo sentía por ella algo más que amistad, iba a lastimarle con lo que estaba a punto de decirle. No quería hacerle daño, pero tampoco podía ocultárselo por más tiempo; los preparativos de la boda ya estaban en marcha. La madre de Ángel había hablado en su parroquia para conseguir fecha esas navidades y toda la familia estaba buscando un lugar apropiado para celebrarlo. Se sentía una traidora por no habérselo contado aún a Pablo, y se había prometido a sí misma que aquella noche no pasaría sin que se lo dijera. Respiró hondo y empezó a teclear.

«Hola, Pablo:

Sé que llevo unos cuantos días bastante perdida, y lo lamento, pero la verdad es que he andado muy ocupada. He tenido muchas cosas en la cabeza, han sido días complicados, de dudas y decisiones importantes que tomar, pero ya al fin puedo decirte el motivo de mi silencio. Ángel y yo vamos a casarnos. Ha sido una decisión difícil para mí porque aún soy muy joven y no entraba en mis planes perder la soltería tan pronto, pero él ha insistido mucho y ha acabado por convencerme. El motivo de todo esto es que estoy embarazada, y sí, sé que estamos en el siglo veintiuno, y que ahora eso no es motivo para casarse, pero Ángel y yo llevamos ya unos años juntos y estamos enamorados. No sería una decisión tan precipitada, solo adelantaríamos algo que llegaría más tarde o más temprano.

Él es muy tradicional y no quiere que el niño nazca y se crie fuera de un núcleo familiar, y aunque mis padres me han aconsejado que espere hasta que haya nacido la criatura, al final mi novio ha podido más. Hemos planeado la boda para estas navidades. Sé que es un poco precipitado, que falta poco más de un mes, pero es la única fecha en que mi hermano Javier puede asistir. Para mí sería impensable ir al altar sin uno de mis chicos. Javier es mi hermano favorito, siempre me he llevado mejor con él que con los demás, no puede faltar en un día tan importante en mi vida.

No vamos a hacer una gran boda, sino algo sencillo y familiar, de modo que con un mes es más que

suficiente para organizarla. Y ahí está mi futura suegra buscando iglesia, restaurante y mandando invitaciones. A mí me da un poco igual, lo único importante es la presencia a mi lado de mis seres queridos, así que dejo que se ocupe y de paso le quito el disgusto de saber que me caso embarazada. La buena señora se llevó un sofocón de órdago cuando se enteró de que su hijo y yo nos acostábamos juntos sin estar casados.

Sin embargo, la vida de casados sí la hemos organizado nosotros. Yo, una vez terminado el máster, he empezado a trabajar con mis padres en el despacho a jornada completa; estamos buscando un piso de alquiler cerca del bufete y Ángel, además del trabajo con contrato en prácticas que tiene ahora mismo, va a realizar el mantenimiento informático de una empresa. Económicamente nos la arreglaremos sin problema».

Por un momento dudó si hablarle de sus miedos y dudas, de la sensación de vértigo que la embargaba desde hacía días y que no conseguía acallar por mucho que se dijera que Ángel y ella eran una pareja consolidada, que estaban enamorados y que todo iba a salir bien. Pero decidió que no, que eso era algo que debía guardar para ella y no compartirlo con Pablo. De modo que continuó simplemente dándole información.

«La boda, si la iglesia no pone pegas, la queremos celebrar el sábado 26 de diciembre y será como ya te he dicho, algo sencillo, seguido de un almuerzo con la familia y algunos amigos íntimos. Y por supuesto tú eres uno de ellos, considérate invitado.

Bueno, ya te he contado todas las novedades, de modo que solo queda despedirme y pedirte que me disculpes por la tardanza en contestarte.

Te quiere,

Miriam».

Le dio a enviar con un nudo en el estómago y se quedó esperando una respuesta que no llegó. Cuando se hizo evidente que Pablo no iba a contestarle, al menos no aquella noche, se acostó con una dolorosa opresión en el pecho y durmió desasosegada con un sueño intranquilo que hizo que se despertase con náuseas por primera vez desde hacía semanas.

Pablo contempló el correo, ese que había esperado con tanta impaciencia, sin ver la pantalla. Lo releyó dos veces más, para cerciorarse de su contenido y se cubrió la cara con las manos. Había esperado cualquier cosa, menos eso. Un exceso de trabajo, incluso que se encontrase enferma, pero no que estuviera organizando una boda precipitada.

Pensó llamarla, decirle lo que sentía y pedirle que no se casara. Que la sola idea de que lo hiciera lo destrozaba. Pero Miriam había acudido al correo para contárselo y no al teléfono y debía tener un motivo. Tampoco él estaba en condiciones de mantener una conversación en aquel momento. Ella iba a casarse en poco más de un mes y se sentía impotente. No sabía qué hacer, si confesarle que estaba loco por ella, que desde hacía muchos meses había dejado de ser su amiga para convertirse en el amor de su vida, y quizá con ello perderla para siempre, o felicitarla por su enlace y su embarazo y continuar siendo su amigo en la distancia. Apagó el ordenador, que en aquel momento suponía una tortura, y se dirigió al

mueble bar para coger una botella de las que guardaba para las visitas. No era bebedor; alguna cerveza o copa de vino ocasional, pero aquella noche necesitaba algo fuerte, muy fuerte, para calmar el dolor que se había instalado en su pecho y amenazaba con estallarle dentro.

Se sirvió un vaso, ni siquiera sabía muy bien qué botella había escogido, le sabía a escayola, pero lo bebió a pequeños sorbos tratando de calmarse. O de tomar una decisión.

No consiguió ni una cosa ni la otra, solo beber hasta caer dormido en el sofá, en una postura incómoda que le hizo levantarse al día siguiente con la pierna dolorida y la cabeza a punto de estallarle. Y con la misma sensación angustiosa en el corazón.

Tardó dos largos días en contestar, y cuando lo hizo la respuesta dejó a Miriam un nudo de aprensión en el estómago. No hubo felicitaciones ni parabienes, solo un escueto:

«*Hola, Miriam:*

Necesito verte, tenemos que hablar. Iré a Sevilla esta semana, dime dónde y cuándo nos vemos. Solos tú y yo, no invites a Ángel, por favor.

Te quiero,

Pablo».

Miriam suspiró hondo y devolvió el mensaje citándolo para dos días después en la cafetería donde solían verse, un lugar tranquilo y poco frecuentado en el que podrían hablar con tranquilidad.

Nerviosa como pocas veces lo había estado en su vida, Miriam entró en la cafetería donde se había citado con Pablo. Él ya estaba allí, acomodado en una mesa un poco apartada, lejos de la zona más cercana a la barra. Sobre la misma reposaba un libro, una novela que estaba siendo un éxito de ventas aquel año, pero mientras se acercaba, Miriam pensó que no se lo imaginaba con aquel tipo de lecturas.

Sintió la mirada de él, fija y penetrante a medida que avanzaba entre las mesas, observándola en silencio hasta que se sentó a su lado. La cafetería estaba poco concurrida a aquella hora y el camarero se acercó, sin darles tiempo apenas a saludarse con un beso en la mejilla. Encargaron cafés y al fin Miriam se atrevió a mirarle a los ojos, serenos e insondables como todo él. Al fin Pablo abordó el asunto que lo había llevado hasta allí.

—Supongo que no es ninguna broma lo que decía tu *email* —No era una pregunta.

—No, no lo es. Jamás bromearía con algo tan importante.

Él respiró hondo. Apoyó las manos sobre la mesa para calmar el temblor que no podía controlar y susurró muy bajito:

—Imagino que te preguntarás por qué te he citado aquí en vez de limitarme a felicitarte.

Ella se encogió de hombros sin querer aventurar nada.

—Lo he hecho para hablarte cara a cara y sin tapujos sobre mis sentimientos. No pensaba hacerlo, quería esperar un poco más, observar si tú dabas algún indicio de sentir lo mismo..., pero ya veo que no hay tiempo para eso. O hablo ahora... o ya será tarde.

Clavó en los ojos pardos de Miriam los suyos, llenos de sentimiento, de pasión contenida, y continuó hablando muy bajito con voz cargada de emoción.

—Estoy enamorado de ti, Miriam. No, no me digas que apenas nos conocemos, sabes que no es

verdad. No nos hemos visto mucho, eso es cierto, pero este año y pico de escribirnos y llamarnos por teléfono ha sido muy intenso, nos hemos desnudado el alma el uno al otro en muchas ocasiones. Es verdad que no ha habido contacto físico, pero eso es sexo, no amor. Yo te quiero, te quiero con toda mi alma. Ya desde aquel verano en la playa sentí algo especial por ti, que no ha hecho más que crecer en este tiempo. Y pensé que quizás tú... que nosotros...

Se le trabó la lengua por un instante a aquel hombre maduro y seguro de sí, y Miriam empezó a respirar con dificultad, sintiendo que el aire se le atascaba en los pulmones. Pablo continuó:

—Si estoy aquí hoy es para hacerte una pregunta, al margen de lo que decías en tu *email*. ¿No sientes nada por mí?

Ella se perdió en su mirada y por un momento no existió nada más. Solo los ojos anhelantes de Pablo Solís que le pedían una respuesta sincera. Y ella solo pudo responder:

—Me caso el veintiséis de diciembre.

—No es eso lo que te he preguntado.

Miriam bajó la mirada y repitió.

—Me caso el veintiséis de diciembre.

Entonces él alargó las manos y, sujetando la cara de Miriam entre las palmas, la besó. Colocó sus labios sobre los de ella, entreabrió su boca y la besó como nadie lo había hecho jamás. Llegando hasta la última fibra de su ser, con pasión, amor, ternura y también desesperación. En la boca de Pablo, en su beso ávido y exigente, Miriam saboreó el deseo de tenerla y también el miedo a perderla. Experimentó sensaciones desconocidas, prohibidas también, pero que la agitaron hasta el fondo de su ser y le hicieron temblar el alma y el cuerpo.

Cuando él se separó y volvió a clavar en ella su mirada intensa e interrogante, quiso morir. Que la tierra se abriera y se la tragara para no tener que decidir, para no tener que decirle... lo que debía decirle.

—¿Vas a aclararme ahora si sientes algo por mí, o no?

Incapaz de responderle con sinceridad, puesto que ni ella misma sabía lo que sentía en aquel momento, contestó:

—Nunca me pregunté ni me planteé sentir por ti otra cosa que no fuera amistad.

—No es un beso de amiga el que acabas de darme.

—Lo sé. Pero aun así...

—Sigues queriendo casarte con él —No era una pregunta.

—¿No leíste mi correo? Estoy embarazada.

—Eso no importa. Para mí no supone ningún problema, yo seré un segundo padre para tu hijo, si me das la oportunidad.

Los ojos de Miriam se llenaron de lágrimas, que luchó por contener.

—No puedo... no puedo dejarlo todo; llevo con Ángel mucho tiempo, le quiero... y estoy esperando un hijo suyo. Nunca me planteé tener por ti ningún sentimiento amoroso hasta... hasta hoy que me has confesado los tuyos. Me preguntas qué siento por ti, y no lo sé. Pero sé que a él le quiero mucho, y es el

padre de mi hijo.

Pablo bajó la mirada y Miriam vio la nuez del hombre subir y bajar trabajosamente, mientras un sentimiento de desolación se apoderaba de ella.

Él alargó la mano hacia el libro, abrió la tapa y, sacando un bolígrafo del bolsillo interior de la chaqueta, escribió unas palabras. Luego lo cerró y lo deslizó sobre la mesa, colocándolo delante de Miriam.

—Acepta este libro, considéralo el presente de un amigo o un regalo de bodas... como prefieras. De cualquier forma, un recuerdo mío. Porque después de hoy entenderás que no quiera que nos sigamos escribiendo, ni nos volvamos a llamar por teléfono.

—Claro —susurró con desaliento.

Alargó la mano para leer lo que le había escrito, pero Pablo colocó la suya sobre la cubierta, evitándolo.

—Ahora no, léelo después, cuando me haya ido.

—De acuerdo.

Pablo se levantó y dejó un billete sobre la mesa. Luego volvió a mirarla y susurró con voz ronca:

—Aún falta para el veintiséis de diciembre. Si cambias de opinión, sabes cómo encontrarme. Y si no, que seas muy feliz, Miriam. Te lo deseo de todo corazón.

Ella no pudo ni siquiera responderle. Le vio alejarse y salir de su vida tratando de evitar que el velo húmedo que cubría sus ojos se desbordase.

Cuando estuvo segura de que él había desaparecido del entorno de la cafetería se levantó a su vez y, cogiendo el libro, se dirigió a su coche. Solo cuando estuvo dentro del mismo, y a salvo de miradas indiscretas, se permitió leer la dedicatoria.

«El amor es el sentimiento más grande y bello que se puede dar entre un hombre y una mujer. Ennoblece al que lo siente y también al que lo recibe. No siempre es correspondido, pero eso no lo hace menos hermoso.

Pablo».

Apenas pudo distinguir las últimas palabras, las lágrimas se desbordaron y arrasaron con todo. Colocó los brazos sobre el volante y enterró la cara en ellos tratando de calmar la desolación que le producía el saber que acababa de ver a Pablo Solís por última vez en su vida. Que debía alejarse de él por el bien de los dos.

Capítulo 13

Los últimos días de noviembre y el mes de diciembre fueron para la familia Figueroa frenéticos y estresantes. Los preparativos para la boda de Miriam ocuparon todo el tiempo a pesar de que esta no deseaba una ceremonia ostentosa ni una celebración con muchos invitados.

Miriam lo vivía todo como en una nube, como si se tratara de otra persona y no ella misma la que iba a casarse.

Acompañada de su madre y de Marta fue a una tienda especializada y escogió un vestido de novia sencillo y elegante, no demasiado ajustado, que disimulaba a la perfección los pocos centímetros que había engrosado su cintura. Le daría gusto a Ángel en eso, ya que le había obligado a reducir a la mitad la lista de invitados propuesta por Manuela.

Nunca imaginó que una boda conllevara tantos detalles de los que ocuparse. Flores, música, menú, regalo para invitados. Se suponía que de todo debía ocuparse ella, lo que la tuvo de un sitio para otro durante horas interminables.

Una noche, exasperada, cuando su novio le presentó una queja sobre unos parientes que no se hablaban y habían sido colocados en la misma mesa, dejó escapar su mal humor. Rompió la lista con furia y le espetó:

—¡Que cada uno se siente donde le apetezca! ¡Y si la flor que lleva el novio en la solapa no hace juego con la del padrino me importa un pimiento! ¡O si tu primo no soporta el pescado! ¡No estoy dispuesta a perder ni un minuto más de mi tiempo con chorradas! Voy a casarme, no a una recepción del Palacio Real llena de protocolos. ¡Quien quiera venir a la boda, que venga y quien no, que se quede en su casa!

Ángel la miró estupefacto. Miriam no era de levantar la voz, ni de montar escenas. Susana intervino, conciliadora.

—Está cansada, Ángel, y las hormonas le alteran el ánimo. Vete a casa y mañana habláis de ello con más calma.

Él se fue sin decir palabra, y Miriam se dejó caer en el sofá, cerrando los ojos.

—¿De verdad es necesario montar todo este circo para casarse?

—Solo para algunas personas —respondió su madre.

—¿Tú lo tuviste que hacer también?

—No del todo. Tu padre y yo nos casamos en la iglesia del pueblo y luego hicimos una barbacoa en el campo, en casa de mi tío. Mi abuela estaba muy mayor para traerla hasta Sevilla y tampoco queríamos un circo —No pudo evitar una carcajada al recordarlo—. No hubo lista de invitados, ni centros de mesa con flores. Cada uno se sentó donde pudo y comió lo que le apeteció en platos y vasos desechables. El abuelo Paco pilló una borrachera de las que hacen época y hasta contó chistes. A Magdalena casi le da un saponcio, de pie en un rincón, contemplando «tanta vulgaridad».

Miriam no pudo evitar reírse.

—Bueno, esperemos que en la mía no le dé un soponcio a nadie, ya es lo que me faltaba. Me voy a la cama, estoy agotada. ¿Qué toca mañana?

Susana sonrió:

—Ir a probar y escoger el menú, y después visita al ginecólogo.

—Eso está mejor. Menos mal que me hice la analítica antes de probar los menús. De lo contrario me veo a agua durante el resto del embarazo. Hasta mañana, mamá —Se agachó para darle un beso antes de desaparecer por el corredor.

Entró en su habitación y abrió la cama. Tentada estuvo de echar un vistazo al correo por si Pablo cambiaba de opinión y le había escrito, pero sabía que no encontraría nada. Él tenía razón, era mejor así.

Se metió en el lecho y deseó con todas sus fuerzas que los días que faltaban para la ceremonia pasaran con rapidez, o iba a acabar volviéndose loca.

Al fin llegó el día. Miriam apenas había podido pegar ojo, nerviosa e inquieta y no precisamente por la ceremonia. Era la incertidumbre de no saber qué era lo que en verdad sentía, lo que la había mantenido despierta. El beso de Pablo la había perturbado tanto que había hecho tambalearse todo a su alrededor. Pero se repetía una y otra vez que había sido solo un beso, que ella no estaba enamorada de Pablo sino de Ángel y que además esperaba un hijo suyo. No podía liarse la manta a la cabeza y tirarlo todo por la borda por un beso, por muchas cosas que hubiera despertado en ella.

Se colocó la mano sobre el vientre una vez más porque solo cuando hacía eso sentía que estaba haciendo lo correcto, lo que quería hacer.

El despertador sonó y se zambulló en una vorágine de preparativos. Peluquera, maquilladora, fotógrafo, invadieron la casa de Espartinas y ya no tuvo tiempo de seguir cavilando. Todo empezó a ir deprisa y mucho antes de lo que pensaba se encontró sentada en el coche junto a un Fran más nervioso aún que ella.

—Estás preciosa, cariño —dijo con la voz enronquecida y los ojos velados por la emoción.

—Tú también estás estupendo... —dijo contemplándole, esbelto y elegantísimo con su chaqué—. Que mi madre se ande con ojo o todas las tías de Ángel te van a tirar los tejos hoy.

—No hay peligro. Sigo enamorado de mi empollona y no la cambiaría por nadie en el mundo. Soy un hombre muy afortunado, la vida me ha regalado una mujer y una familia excepcionales y yo, especialmente hoy, te deseo lo mismo a ti, Miriam. Mi pequeña... —dijo acariciándole la cara.

—Gracias, papá. Yo voy a poner todo de mi parte para que así sea.

Fran la miró con algo de recelo.

—¿No es esa una frase un poco extraña para decirla el día de la boda?

—Deben de ser los nervios. Quería decir que sé, porque llevo veintitrés años viviéndolo, que el amor hay que alimentarlo cada día para que no muera, y yo estoy dispuesta a hacer eso con el mío.

—Eso es muy cierto. Mira, ahí está ya la iglesia. Y Ángel esperándote.

Miriam se tomó unos segundos antes de bajar del coche y paseó la mirada por los asistentes. Su madre

y hermanos, Manoli, Marta con sus padres, Inma y Raúl, su tía Merche e Isaac y sus dos primos, ambos militares y tan parecidos a su padre que Susana decía que eran idénticos a Isaac cuando ella lo conoció. Sus abuelos maternos y Magdalena. También estaba la familia de Ángel al completo.

—¿No bajas? —le preguntó su padre—. Si Ángel está la mitad de nervioso que yo el día de mi boda, estará aterrado pensando en si vas a dar media vuelta y dejarle plantado.

Miriam sonrió.

—No voy a dejar plantado a nadie. Allá vamos.

Abrió la portezuela y bajó del coche. La mirada de Ángel se cruzó con la suya y entró en la iglesia para esperarla en el altar como habían ensayado el día anterior.

Todo se desarrolló muy rápido. Consiguió que la ceremonia no incluyera una larga misa por lo que en unos veinte minutos salían de la iglesia convertidos en marido y mujer. Ya estaba hecho, se había casado. Había elegido y no se arrepentía. Su vida y su futuro estaban al lado de Ángel y de su hijo.

Salió de la iglesia del brazo de su marido para enfrentarse a la oleada de felicitaciones que la esperaba en el exterior, y escondió en un recóndito rincón de su memoria un beso que nunca debió haber dado.

En el salón de celebraciones del restaurante elegido por su suegra pudo relajarse y disfrutar de la comida, la bebida y la compañía en un día tan especial.

Sentada en la mesa de honor, Miriam contemplaba la celebración que se desarrollaba a su alrededor. Tenía que repetirse una y otra vez que se trataba de su boda, que a partir de esa noche era una mujer casada y ya no solo la pequeña de su familia, la niña mimada de padres y hermanos. Se sentía rara, quizás porque todo había sucedido muy deprisa y no había tenido tiempo de asimilarlo, pero en ningún momento sentía que ese fuera el día más feliz de su vida. Había aceptado la boda, pero hubiera preferido esperar un poco más, y aunque Ángel había conseguido convencerla, no se sentía en absoluto parte de todo aquello, y mucho menos la protagonista del día.

Miró al que ya era su marido, sentado a su lado y muy serio, comiendo con apetito de su plato. Ella no tenía hambre, se limitaba a picotear la comida sin disfrutarla.

Cuando al fin se sirvieron los postres y comenzó a sonar la música Ángel apretó los labios y le tendió la mano para abrir el baile, con la balada que ella había escogido.

Miriam sabía que odiaba bailar y el esfuerzo que le supondría, pero era consciente de lo que se esperaba de él y cumplió su cometido. La rodeó con los brazos y con cierta torpeza se deslizaron por la pista. Cuando la canción acabó, le susurró al oído:

—Ha sido suficiente por esta noche; no esperes más bailes, aunque sea nuestra boda.

—No los espero —dijo ella con una leve sonrisa—. Gracias.

En la barra de las bebidas, Hugo e Inés trataban de abrirse paso entre los invitados que se arremolinaban para conseguir una copa.

Al girarse se encontraron a Ángel, bebiendo también de un largo vaso y mirando a la novia que bailaba con Fran en aquel momento. Hugo le palmeó el hombro.

—No te pases con las copas o no vas a poder cumplir esta noche, cuñado. Y las mujeres no perdonan ese tipo de cosas, luego te las echan en cara toda la vida.

—Cumpliré sin problemas —aseguró Ángel bebiendo un largo trago—; yo siempre hago lo que debo.

—No sé qué ha podido ver mi hermana en ese tío —dijo Hugo cuando se alejaban—. Es de un soso... Debería estar ahí en la pista, comiéndole la boca a su mujer... Miriam está preciosa.

—A ella le gusta. Y él odia bailar. Al menos ha tenido el detalle de compartir la primera pieza.

—Que le gusta está claro, o no se habría casado con él. Pero sigo pensando que mi hermana es mucha mujer para este hombre... en fin, es su vida.

—En efecto.

—¿Bailamos nosotros?

—Encantada.

Durante un rato, también Miriam bailó con todo el que se lo pidió. Padre, hermanos, primos... siempre tratando de disfrutar de la celebración. Pero llegó un momento en que por muchos propósitos que hiciera de dejarle fuera ese día, su mente voló lejos, hacia Pablo. Imaginó su soledad y su desolación y una oleada de angustia la invadió oprimiéndole la garganta.

Salió del círculo donde bailaba alejándose en dirección a los baños, y cuando estuvo segura de que nadie la observaba, salió al patio cubierto y clavó la mirada en el vacío. No pudo evitar que el corazón se le oprimiera pensando en el dolor que debía sentir él sabiendo que se había casado aquella mañana. También en el suyo consciente de que nunca más volvería a verle. Ni a esperar con impaciencia sus *emails*, estos ya no llegarían, porque su relación había dejado de ser amistosa y debían ponerle fin.

Tan ensimismada estaba que no sintió los leves pasos de unos tacones a su espalda.

—¿Te encuentras bien, Miriam? —preguntó Marta a su lado.

—Sí...

—¿Seguro? Pareces cansada... o abatida. ¿Asustada quizás?

—Un poco de todo.

—¿Quieres hablar de ello?

Miriam volvió la cara y clavó la mirada en su amiga. No le había hablado de que su amistad con Pablo hubiera pasado de dos o tres *emails* cuando descubrió quién era. Pero en aquel momento sintió que necesitaba contárselo a alguien, compartirlo para hacer más leve la pesada carga.

—Me acordaba de alguien que lo debe estar pasando muy mal en estos momentos.

—¿Quién? Todos los que te conocemos estamos muy felices por tu boda.

—Todos no —dijo con amargura—. Pablo debe estar destrozado.

—¿Pablo? ¿Qué Pablo?

Miriam aspiró una bocanada del aire frío de la noche.

—Pablo Solís. El hombre de la playa.

Marta guardó silencio esperando una aclaración.

—Hemos estado escribiéndonos durante más de un año, nos hemos llamado por teléfono e incluso nos hemos visto en varias ocasiones. Durante el apresamiento de Sergio fue quien me mantuvo en pie. Cuando le dije que me iba a casar, vino a verme y me confesó que estaba enamorado de mí.

Trató de que su voz sonara impersonal, pero no lo consiguió. Marta percibió el leve temblor en ella.

—¿Y tú?

Miriam ignoró la pregunta y susurró:

—Me besó.

Durante unos segundos ninguna dijo nada. Marta conocía lo suficiente a su amiga para saber que no hablaba de un beso que alguien te da sin que tú lo desees.

—Nunca nadie me ha besado de esa forma, ni me ha hecho sentir lo que Pablo me hizo sentir aquel día.

—¿Crees que tú también estás enamorada de él? ¿Por qué te has casado entonces?

—Porque yo quiero a Ángel... y no sé lo que siento por Pablo. Fue un beso, solo un beso... no puedo cambiar mi vida por un beso. Tengo el alma dividida, Marta. Ahora mismo me siento una cabrona y una traidora por estar aquí, el día de mi boda, pensando en un hombre que no es mi marido. Pero por un momento me he imaginado a Pablo destrozado, porque él sabía que me casaba hoy. He sentido que me ahogaba ahí dentro, que tenía que salir a dedicarle unos minutos... que se lo debía.

—Bien. ¿Quieres que busque un sitio tranquilo donde podamos sentarnos un rato lejos del bullicio? Puedo decir que estás cansada o mareada... Aquí hace frío a pesar el techo cubierto.

—No, si sospecha que me encuentro mal, Ángel querrá que nos vayamos... y en este momento no deseo irme con él a la habitación. Todavía no. Vamos dentro, ya pasó.

Aspiró una nueva bocanada de aire y, dando media vuelta, se encaminó hacia el salón de celebraciones seguida de Marta.

No terminó de recomponerse. Aduciendo cansancio, se sentó en la mesa y permaneció allí un rato hasta que el baile fue decayendo poco a poco, a medida que avanzaba la madrugada. Después, Ángel y ella se retiraron a la habitación de hotel que tenían reservada para esa noche.

Durante el trayecto, apenas intercambiaron unas palabras. Miriam, que no había probado el alcohol debido a su embarazo, condujo en silencio hasta su destino, y una vez en la preciosa *suite* se dispuso a comenzar su nueva vida de casada, dejando atrás cualquier otro sentimiento.

Sobre una mesa auxiliar había una botella de cava y unas copas además de una bandeja de bombones.

—Es una pena, pero es cava con alcohol... vas a tener que brindar solo.

—Mejor no la abro. De todas formas, ya he bebido bastante esta noche.

Miriam le miró. No parecía borracho, aunque sí se había dado cuenta de que cada vez que le miraba le veía con un vaso en la mano, algo bastante inusual. Ángel no era muy bebedor, alguna cerveza, un poco de vino en las comidas y alguna copa en las escasas veces que salían de noche.

Le vio quitarse la chaqueta, la corbata hacía ya tiempo que había desaparecido en un bolsillo, y la camisa a continuación. Se situó delante de él para que le desabrochara el vestido, lleno de minúsculos botones en la espalda.

—¿Me ayudas, por favor?

—Claro.

Sintió cómo poco a poco el vestido iba abriéndose y esperó que él hiciera algún comentario, o algún gesto, pero Ángel se limitó a cumplir lo que le había pedido y a continuación entró en el baño, sin hacer nada más por seguir desnudándola.

Nunca lo hacía, se solían desvestir cada uno por su lado, pero esa era su noche de bodas y Miriam había esperado algo especial.

Terminó sola de quitarse las medias y los zapatos y en ropa interior esperó a que él saliera. Se deshizo el peinado para matar el tiempo, demasiado largo, que Ángel estuvo en el baño.

Al fin fue su turno. Él salió con una toalla alrededor de la cintura y el pelo húmedo.

Miriam le dio un ligero beso en los labios y susurró mientras entraba a su vez al baño:

—En seguida salgo.

Se desmaquilló con cuidado, se cepilló el pelo y se puso el camisón semitransparente que Marta le había regalado para la ocasión. A continuación, salió y se dirigió a la cama donde Ángel la esperaba. Él hurgó en su mirada.

—Si estás cansada, lo dejamos. Tenemos mucho tiempo por delante y, a fin de cuentas, el matrimonio ya está más que consumado.

Ella sonrió.

—No, estoy bien.

Cuando se tendió a su lado, Ángel la rodeó con los brazos y empezó a besarla. No la desnudó, el bonito camisón se quedó donde estaba. Metió las manos bajo la falda y la levantó, alzándola sobre las caderas y empezó a acariciarla sin mucho entusiasmo.

Los dedos de Ángel masajearon el clítoris de forma rítmica sin producirle demasiado placer, pero fue suficiente para que se humedeciera. Sin pronunciar una sola palabra, la penetró y se movió rápido hasta correrse, en unas pocas embestidas. Ni siquiera se dio cuenta de que ella no había alcanzado el orgasmo. Se desplomó a su lado y se quedó dormido casi de inmediato.

Miriam le miró y se dijo que no había sido una noche de bodas memorable. Pero no importaba, tampoco era la primera vez que hacían el amor. Tenían toda la vida por delante.

Se giró en la cama y se durmió a su vez, dejando la mente en blanco y dispuesta a comenzar su vida de casada.

El día amaneció frío y ventoso, aunque un sol radiante luciera en el cielo. Pero para él ese sol no existía; no iluminaba, ni calentaba su alma helada.

Durante días, y en especial toda la noche anterior, había permanecido ante el ordenador esperando escuchar el zumbido de entrada de un mensaje, o una llamada al móvil que le dijera que Miriam se lo

había pensado mejor y no iba a seguir adelante con la boda. Pero ninguna de las dos cosas se había producido. Eran las diez de la mañana del veintiséis de diciembre y ella se iba a casar a las doce; era una persona sensata, si fuera a cambiar de opinión ya lo hubiera hecho, y no esperaría a última hora. Y si lo hubiera hecho, si hubiera decidido, aunque solo fuera retrasar la boda, estaba seguro de que él sería el primero en saberlo.

Respiró hondo y se dijo que ya no había vuelta atrás, Miriam sería definitivamente de otro hombre en unas pocas horas y él la habría perdido para siempre.

Incapaz de hacer nada, ni trabajar ni distraerse, se vistió y cogió el coche sin rumbo fijo. Su consciente o su subconsciente lo llevó hasta Ayamonte, a la playa donde la vio por primera vez.

Estaba desierta en la fría mañana de diciembre, y él se sentó exactamente donde lo hacía aquel verano de años atrás y contempló el mar buscando la serenidad que necesitaba para calmar su dolor; pero el mar en esta ocasión no le trajo el alivio que buscada. El dolor que sentía en el pecho era tan profundo que ni siquiera conseguía llorar. Un nudo duro y terrible que le oprimía por dentro. Alguien le había dicho una vez que el corazón era un músculo y que no dolía, pero esa persona estaba equivocada. Dolía y mucho, con un dolor físico y real, no emocional.

Durante la noche anterior había pensado mucho en Miriam, en qué lo había atraído de ella en aquella playa atestada aquel verano, una chica jovencísima mientras que él era ya un hombre de veintisiete años. Su forma de comportarse, quizás, esa serenidad con la que la veía conversar con su amiga, una mujer preciosa también. Pero él solo había tenido ojos para ella durante toda la mañana, y también a la siguiente. Un par de noches después la había vuelto a encontrar en la caseta de feria del pueblo en fiestas y le había sucedido lo mismo, había acaparado su atención durante toda la velada y en esta ocasión ella sí se había dado perfecta cuenta de su muda observación, porque también desviaba la vista hacia él de vez en cuando. Ese intercambio de miradas hizo que al día siguiente se encaminara a la playa con la esperanza de encontrarla otra vez, y allí estaba.

Así había empezado todo, y en ese momento estaba a punto de terminar. La iba a perder sin haberla tenido, sin posibilidades ya de tenerla. Nunca la vería amanecer a su lado, no conocería el tacto de su piel ni el sabor de su boca más allá de un beso robado en una cafetería. Sería otro el que tuviera todo eso, el que le cogería la mano durante el parto, el que compartiría las mañanas de domingo y las tardes de sofá. Él solo sería un recuerdo, agradable quizás, un buen amigo, «el hombre de la playa» como solían llamarle Marta y ella durante aquel verano que cambió su vida para siempre.

No entendía qué había visto en Miriam para enamorarse de esa forma, una chica diez años menor, a la que apenas había visto unas pocas veces, una relación que se había mantenido por *email* y por teléfono la mayor parte del tiempo. Pero estaba enamorado como nunca pensó, y el dolor que sentía aquella mañana lo probaba.

Aquel dolor lacerante que le oprimía el alma mientras sentía que se le escapaba lo que más quería, mientras él estaba sentado impotente en aquella playa helada, sin poder hacer nada para impedirlo. Porque no podía torcer la voluntad de ella ni forzarla a quererle. Porque en el corazón no se manda y él no podía obligar al de Miriam a amarle por mucho que unas semanas atrás le hubiera besado como se besa a un hombre y no a un amigo.

La angustia le impedía respirar con normalidad, la humedad de la arena se filtraba en su ropa y el viento desordenaba su pelo haciendo que le cayera sobre la cara, pero él no sentía nada de eso, solo dolor y la sensación demoledora de que su vida se estaba acabando en aquel momento. Que después de Miriam ya no habría nada más que vacío.

Lo más curioso era que no sentía celos, ni siquiera la idea de que estaba embarazada de otro hombre se los producía. Desde que se habían vuelto a encontrar ella no le había ocultado que tenía novio, incluso lo había conocido, un hombre serio y poco comunicativo. Había tenido la esperanza de que se enamorase de él y acabara con aquel noviazgo que no parecía ofrecerle demasiado. Porque si así fuera habría acudido a Ángel para que la consolara cuando desapareció el barco de su hermano, pero le había buscado a él. Fue entonces cuando empezó a pensar que los sentimientos de Miriam empezaban a asemejarse a los suyos.

Pero no era así. Debía creer que no era así, porque sería mucho más fácil si pensaba que ella no estaba enamorada de él y no que también le quería y se casaba sin amor, por el hijo que estaba esperando. Eso no podría soportarlo.

El viento arreció levantando rachas de arena que se le metieron en los ojos. Con mano trémula cogió el móvil tratando de comprobar si tenía alguna llamada que no hubiera escuchado, pero la pantalla permanecía con la imagen de siempre, sin ningún icono adicional. Solo el terrible reloj anunciando que era la una de la tarde. Miriam ya sería una mujer casada, y habría desaparecido de su vida para siempre. Alargó la mano y cogió un puñado de arena que dejó deslizar lentamente entre los dedos. Eso había sido ella en su vida, un puñado de arena que, por segunda vez, no había podido retener y se le había escapado, esta vez para siempre.

Y ahora sí, un sollozo ahogado le subió por el pecho y, ocultando la cara entre las manos, estalló en llanto, un llanto desgarrado que limpió la angustia y dejó solo la pena.

Cuando se hubo calmado, después de mucho rato, se levantó con dificultad. La pierna lesionada protestó por la postura y también por la humedad, aquella noche dolería como el demonio. Un sufrimiento más que añadir al que ya sentía y que le acompañaría durante mucho tiempo.

Cojeando visiblemente se alejó en dirección al coche dispuesto a enfrentarse a una vida sin ella. Porque algo muy dentro le decía que nunca volvería a ver a Miriam Figueroa.

Capítulo 14

Después de la boda se marcharon a un sencillo viaje de novios, una semana en las Islas Canarias disfrutando de un clima invernal mucho más benigno que el reinante en la península. Ángel no era muy aficionado a viajar y Miriam no quiso someterlo a un país extranjero y hábitos de comida diferentes. Él también aducía que en el estado de ella no quería alejarse de España por si surgía alguna complicación en el embarazo.

Fue una experiencia extraña, ni siquiera parecida a lo que Miriam esperaba de un viaje de novios, lleno de amor y pasión. La pasión brilló por su ausencia. Durante el día se apuntaban a excursiones programadas, paseaban por la playa o alquilaban un coche para visitar los alrededores como dos colegas bien avenidos. Tras la cena, Ángel aducía cansancio y se echaba a dormir tras un beso de buenas noches dado formalmente en la mejilla.

Ella, tendida a su lado en la cama, imaginaba mil excusas para que él no hubiera vuelto a tocarla después de la noche de bodas. Se decía que debido a la lejanía de su residencia habitual no quería arriesgarse a un problema en el embarazo, y que todo cambiaría cuando estuvieran en casa.

Pero no fue así. Al regresar, él continuó sin realizar el menor intento por hacer el amor, y Miriam contemplaba en el espejo los cambios que experimentaba su cuerpo y a ellos achacaba la falta de interés de su marido. A muchos hombres les sucedía, que dejaban de sentir atracción sexual hacia sus mujeres embarazadas. Todo sería diferente cuando naciera la criatura.

Una mañana coincidió con Marta en el juzgado. Apenas se habían visto desde la boda, y su amiga señaló el vientre que ya se apreciaba abultado bajo la ropa.

—Como crece mi sobrino o sobrina.

—Ayer me hice una ecografía y me dijeron que parece una niña, pero que no es seguro. Se verá mejor en la próxima, así que no he dicho nada todavía.

—Lógico. Todos saldrían corriendo a comprar patucos rosas.

—Mi suegra, seguro.

—Tienes buen aspecto —comentó Marta.

—Me encuentro bien, no tengo molestias ni náuseas.

—¿Y prisa? ¿Tienes que ir a ponerle la comida a tu maridito o alguna de las cosas que hacen las mujeres casadas?

—No, Ángel no viene a almorzar. Suele hacerlo en el trabajo.

—Entonces, vamos a comer nosotras. Hace un siglo que no hablamos con tranquilidad.

—De acuerdo, aviso a mis padres para que no me esperen.

Tras avisar a Susana de que comería con Marta, ambas amigas salieron del juzgado y se dirigieron a un restaurante cercano.

Miriam pidió una ensalada para compartir y un filete de pescado a la plancha, mientras que Marta se

decantó por unos espaguetis carbonara.

—¿Comida sana? —preguntó esta última—. ¿Algún problema con el embarazo y te han puesto a dieta?

—No, pero no quiero poner más peso del necesario.

—Pero mujer, apenas has engordado, solo se te nota un poco abultada la tripa. Si te miro de espaldas ni pensaría que estás embarazada. ¿De cuánto estás? ¿Cinco meses?

—Sí.

—Pues estás estupenda. Y guapísima.

Miriam sacudió la cabeza.

—¿Qué ocurre? ¿No te ves guapísima?

—No lo sé.

Marta inclinó la cabeza y buscó la mirada de Miriam.

—A ver, ¿qué está pasando?

—Tampoco lo sé, pero Ángel ha cambiado desde que nos casamos.

—¿En qué sentido ha cambiado?

—Está un poco frío y muy serio.

—Tienes que reconocer que nunca ha sido unas castañuelas.

—Ya lo sé, pero lo de ahora es diferente. Apenas hablamos cuando llego a casa, y después de un polvo deprimente la noche de bodas, no ha vuelto a tocarme. Creo que los cambios provocados por el embarazo en mi cuerpo han hecho que deje de resultarle atractiva.

—¿En serio? ¿Y tú no le has preguntado si es así?

—No. Porque es amable, y se preocupa de que coma y ese tipo de cosas. Me cuida.

—Caray, pero no te hace el amor.

—Ni el amor ni nada. No me besa, ni me abraza... apenas tenemos contacto físico, ni siquiera fuera de la cama. He estado leyendo que algunos hombres sienten rechazo hacia sus mujeres embarazadas; luego al término de la gestación se les pasa.

—Pero de todas formas es una faena. ¡Casarse para esto!

—Puedo sobrevivir unos meses sin sexo. Ahora lo importante es la criatura.

—Y la madre —dijo Marta resuelta al ver que el camarero se acercaba a la mesa con la ensalada—. Por favor, traiga otro plato de espaguetis.

Cortó brusca la protesta que adivinaba en su amiga.

—Te los vas a comer, Miriam. Te encantan los espaguetis de este restaurante y no pienso permitir que te los pierdas porque el gilipuetas de tu marido te esté minando la autoestima. Estás preciosa, y dentro de tu peso, así que vas a comer con normalidad. Si Ángel tiene un problema con eso, que lo resuelva él. Prométeme que vas a olvidar eso de hacer dieta estricta, salvo que te lo recomiende el médico.

Miriam dudó unos segundos; luego dijo resuelta.

—Te lo prometo.

—Pues entonces, ataca los espaguetis.

—¿Y Sergio? ¿Qué sabes de él? —preguntó deseosa de cambiar de tema.

—Están navegando por las costas de Noruega. Hace un par de días hablamos un rato. Ya parece que voy superando el miedo cada vez que se va.

—Sí, a nosotros nos ocurre lo mismo. De todas formas, Noruega no parece muy peligrosa.

—No, él dice que es muy bonita.

—Yo tengo muchas ganas de conocerla.

—¿Por qué no has ido en el viaje de novios?

—A Ángel no le gusta mucho viajar; al menos Canarias es un sitio cercano y con buena temperatura.

¡No quiero imaginar el frío que debe hacer en Noruega en estas fechas!

—Bueno, cuando el crío...

—O cría.

—Sí. Cuando sea un poco mayor se lo dejamos a su papi, que no le gusta viajar, y nos vamos las dos a Noruega.

—Te tomo la palabra.

Marta veía cómo su amiga comía con deleite el plato de espaguetis y sacudió la cabeza. Esperaba que entrase en razón con la comida, y también que Ángel cambiase de actitud. Por un momento dudó si preguntarle si había sabido algo de Pablo Solís, pero prefirió no remover recuerdos, si su matrimonio no era lo que había esperado.

Después del almuerzo, se despidieron para regresar a sus respectivos trabajos.

Capítulo 15

El embarazo siguió desarrollándose con normalidad. Pasadas unas leves y esporádicas náuseas al principio, ningún otro malestar importunó a Miriam durante el tiempo de gestación.

La siguiente ecografía confirmó que se trataba de una niña, lo que provocó, como Marta había supuesto, una serie de excursiones a tiendas por parte de toda la familia para comprar ropa de color rosa, con la excepción de Hugo que encargó por Internet una camiseta de calaveras de tamaño minúsculo.

La elección de nombre no supuso ningún problema, tanto a Ángel como a ella les gustaba la versión española de su nombre, María. Miriam se había sentido aliviada, temía que él quisiera llamarla como su madre, pero por fortuna ni siquiera lo había planteado.

El último mes de gestación fue realmente incómodo. María se movía todo el tiempo tratando de encontrar un espacio que no tenía, clavando puños y talones y Miriam apenas conseguía dormir. Se levantaba y paseaba por la casa tratando de calmar sus molestias mientras Ángel dormía a pierna suelta.

Se sentía sola llevando su embarazo, no había vivido ninguna de las escenas que siempre imaginó típicas de las parejas que esperaban un hijo. Ángel no paseaba las manos por su vientre buscando los contornos de su hija, ni para sentir las patadas. De hecho, parecía evitar cualquier tipo de contacto físico con ella por nimio que fuera.

Miriam se refugió en la niña, en la ilusión que le producía su llegada y trataba de ignorar la indiferencia de su marido. Junto con Marta y Susana había recorrido tiendas especializadas, y adquirido todo lo necesario para decorar la habitación, así como la ropa y accesorios que su hija necesitaría cuando viniera al mundo. Después llegaba a casa y se lo mostraba a un Ángel distraído que se limitaba a decir «muy bonito», y regresaba a su ordenador.

Cuando a media tarde de un precioso día de mayo empezó a sentir las primeras contracciones, se apresuró a llamar a su madre.

—Mamá, creo que estoy de parto —dijo con serenidad—. Tengo contracciones muy leves, pero son diferentes a las que he estado padeciendo estos días atrás.

Susana, que hacía ya días que venía observando cómo el vientre de su hija bajaba y cambiaba de forma, esperaba la llamada en cualquier momento.

—Vamos para allá —dijo presurosa.

—Estupendo. Ángel está a punto de llegar del trabajo, pero en estos momentos te necesito a ti.

—En seguida estamos ahí, cariño. Camina por el piso lo que puedas, eso ayudará a la dilatación.

—Vale.

Media hora más tarde, tanto Ángel como Fran y Susana se encontraban sentados en el sofá mientras ella paseaba arriba y abajo por el salón, deteniéndose cada vez que una nueva contracción la acometía. A medianoche, decidieron acudir al hospital.

María llegó al mundo a las tres de la mañana, con poco ruido. En un parto normal, aliviado por la

anestesia epidural y con Ángel apretando su mano, Miriam dio a luz a una preciosa niña de tres kilos, ligera pelusilla rubia y ojos castaños, que lanzó un profundo alarido al respirar por primera vez.

Verla, sentirla cuando se la colocaron sobre el pecho la inundó de una felicidad intensa y desconocida hasta entonces. Alzó los ojos hacia el feliz padre y le vio mirar a la niña embelesado. Pensó entonces que todo iría bien, que casarse había valido la pena.

Ángel se inclinó sobre ella, sudorosa y exhausta, y la besó en la frente, el primer contacto físico en meses.

—Lo has hecho muy bien —le dijo mientras acariciaba a María con cara de padre orgulloso.

—Gracias.

—Ahora debe salir —dijo la matrona—. Sus chicas se reunirán con usted en unas horas.

Aquella tarde, la habitación de la clínica estaba llena de visitas. Susana, sentada en un cómodo sillón con María en brazos, miraba a su nieta con ojos emocionados, mientras la madre de Ángel gruñía sin cesar:

—A los niños no se les puede coger tanto en brazos; se acostumbran y luego se malcrían.

—Dudo mucho que un niño se malcríe por sentir el amor de su familia, Manuela —comentó Miriam cansada de la continua verborrea de su suegra, criticando todo lo que hacían—. A nosotros nos tenían en brazos a menudo y no pienso que estemos malcriados.

La mujer hizo una mueca de escepticismo y no contestó.

Susana hizo un esfuerzo y ofreció:

—¿Quieres tenerla tú un rato?

—No, gracias. Sigo pensando que no es bueno para un recién nacido ir de mano en mano.

—Yo sí, Susana —intervino Marta—. Si me la dejas, vamos a hacernos una foto para el tito Sergio.

Cogió a la niña con cuidado, temerosa de hacerle daño y Fran les hizo una foto con el móvil. En aquel momento y tras unos golpes de aviso, la puerta se abrió y entró Hugo, seguido de Inés.

—Mira, tito, qué bonita soy... —dijo Marta girándose y enseñándole a la pequeña.

Este se acercó, se inclinó y rozó con el índice la mejilla sonrosada.

—Sí que es preciosa... Miriam, gran trabajo.

—Mi hijo también ha puesto su parte.

—Nadie lo duda, señora, pero la «parte» de su hijo ha sido menos trabajosa que la de mi hermana.

Todos aguantaron una risita.

—Anda, ven a darle un beso a tu hermana —dijo Miriam para evitar que siguiera provocando a su suegra.

—¿Cómo te encuentras, preciosa? Tienes un aspecto estupendo —preguntó obedeciendo y dándole un sonoro beso.

—Estoy muy bien, Hugo. No ha sido demasiado terrible.

También Inés se acercó a la niña. Marta se la colocó en los brazos, consciente de cuánto le gustaban

los críos.

Manuela apretó los labios de nuevo.

—Voy a tomar un café —dijo cogiendo el bolso con gesto hosco.

—Te acompaño —se ofreció Ángel—. ¿A alguien le apetece?

—No, gracias —rechazó Susana.

Madre e hijo salieron de la habitación y todos suspiraron aliviados.

—Vas a tener que ponerte firme, Miriam —aconsejó su padre mirando la puerta cerrada—, o esa señora manipulará la educación de tu hija.

—¡Que lo intente! No pienso educar a María según sus directrices y me importa un bledo si me tengo que enfrentar a ella e incluso a Ángel. Mi hija no va a ser retrógrada, ni racista ni educada en la inferioridad de la mujer. Y mucho menos sin arrumacos y caricias.

—¡Esa es mi Miriam! —aprobó Hugo dándole un achuchón—. Mi valiente hermanita.

La pequeña empezó a llorar y buscó de forma inconsciente el pecho de Inés con la boca abierta.

—Creo que tu pequeña busca algo que yo no puedo darle.

—Dámela, tiene hambre.

Miriam la cogió, y empezó a desabrocharse el camisón.

—¿Quieres que salgamos? —preguntó su hermano.

—¿Nunca has visto un pecho de mujer, Hugo?

Este emitió una risita.

—Más de uno, para mortificación de Inés.

—En ese caso, no verás nada nuevo. El mío es igual al del resto de las féminas.

—Lo decía por si a ti te molestaba mi presencia y la de papá.

—Ni por asomo.

Sacó el pecho que la pequeña empezó a succionar al momento.

—Cuando vuelva «doña palo metido por el culo» se va a escandalizar.

—Me importa un bledo. Así le queda claro desde el principio cómo van a ser las cosas.

—Pero nosotros sí nos vamos —anunció Susana—. Iremos a casa a ducharnos y a reposar un rato.

Regresaré esta noche para quedarme con vosotras, por si la señorita no quiere dormir, que tú puedas descansar.

—Gracias, mamá.

—No se las des, está deseando tener a la niña para ella sola —Rio Fran.

Se despidieron y salieron de la habitación.

Inés miraba embelesada la pequeña boquita chupando con avidez.

—¿Qué se siente, Miriam? —preguntó—. ¿Es igual que cuando lo hace Ángel?

Miriam trató de recordar si su marido alguna vez le había succionado los pezones, pero no estaba segura. Si lo hizo, debía hacer mucho tiempo.

—No, Inés, no es lo mismo —respondió sin querer admitir en público que no lo sabía—. Cuando un

niño come, te da paz.

Hugo intervino y, rodeándole los hombros con el brazo, le dio un beso bajo la oreja.

—Luego, si quieres te hago una demostración práctica —ofreció.

—Pero tú no me das paz.

—Por supuesto que no. Yo te doy guerra —añadió con un guiño pícaro.

María seguía comiendo, ajena a la expectación que generaba. Poco después se cansó y se quedó dormida. La acostaron en la cuna y Hugo e Inés se despidieron para abrir el bar.

—Vete haciendo a la idea de que estoy buscando en Internet un casco de bebé rosa para llevármela de paseo —amenazó mientras besaba a su hermana.

—Por encima de mi cadáver —respondió Inés.

—La jefa ha hablado. Tendré que buscar otra cosa para hacer rabiar a tu suegra.

En medio de risas se marcharon.

Marta se quedó hasta que llegó Susana. Ángel había declarado que estaba hecho polvo y le había cedido gustoso el honor de cuidar de madre e hija durante esa primera noche, algo que Miriam agradeció. Quería, necesitaba a su madre a su lado con su experiencia y su cariño, más que a ese hombre ecuánime y frío que era su marido. Ver los ojos emocionados de Susana cuando miraba a la niña, recordando sin duda el nacimiento de sus hermanos y el suyo propio, la hacía sentirse más cerca de ella que nunca.

Después de regresar de la cafetería, y tras permanecer un rato en la habitación, también Ángel y su madre se marcharon. Al fin Miriam se permitió cerrar los ojos y descansar.

Capítulo 16

Tras un día en el hospital Miriam regresó a casa con su hija en brazos.

Su vida cambió de forma drástica, los días dejaron de tener veinticuatro horas, de las cuales ocho se dedicaban al descanso. María ocupaba todo su tiempo y también todo su amor. Entendía ahora lo que su madre le dijo sobre el tipo de sentimientos que provoca un hijo, tan diferente a cualquier otro y mucho más intenso. Daría la vida sin pensarlo por aquel trocito de ella que la miraba y parecía reconocerla cuando se acercaba a su cuna.

Poco a poco se fue acostumbrando a la nueva rutina de su vida, a no dormir más que de forma intermitente, a despertarse ante el menor movimiento de la pequeña y a vivir rodeada de biberones y pañales.

Ángel, como un hombre moderno, participaba de los cuidados de su hija, con la única excepción de amamantarla. Se levantaba a veces durante la noche para cambiarla, la dormía y la llevaba de paseo.

Pero su actitud hacia Miriam no cambió. Tras el posparto ella había esperado que la indiferencia de su marido acabase, pero no fue así. Los meses pasaban sin que él hubiera hecho ni siquiera el intento de besarla y al fin se había decidido a comprar un camisón sexi y a tomar la iniciativa, cansada de esperar, noche tras noche, un acercamiento que no se producía.

El intento, que había acabado en desastre y humillación, trajo a Miriam la certeza de que en su matrimonio había un grave problema, y había provocado que esta desenterrase de su mente al hombre que había relegado al fondo de su memoria al casarse.

A la mañana siguiente al nefasto intento de Miriam de seducir a Ángel, este se levantó como cada día para marcharse al trabajo. Su mirada rehuyó la de ella durante el desayuno, pero esta no iba a mencionar nada de lo ocurrido la noche anterior, le resultaba demasiado humillante. Tenían pendiente una conversación, pero no media hora antes de marcharse al trabajo.

Después de terminar rápidamente su café, él se levantó y ofreció:

—Puedo llevar yo a la niña a la guardería esta mañana, así dispones de un poco más de tiempo.

—De acuerdo. Aprovecharé para comprar unas cosas de camino al bufete.

Ángel cogió a su hija en brazos y salió de la habitación para terminar de vestirla, antes de llevarla a la guardería. Miriam los miró, era un gran padre, de los que se implicaban en el cuidado de los hijos y adoraba a María, eso no podía negarlo.

Se quedó un rato sentada a la mesa de la cocina, y mientras se tomaba despacio el café, su mente volvió a los pensamientos de la noche anterior, y a Pablo. Al enorme vacío que él había dejado en su vida, y del que no se había querido dar cuenta antes, y también al beso que le había dado la última vez

que se vieron, antes de su boda. Un beso cargado de amor y pasión que había removido hasta la última fibra de su cuerpo y que había relegado al olvido, escondiéndolo en el fondo de su mente.

De pronto sintió que la necesidad de hablar con él, de escuchar su voz, se le hizo casi insoportable. Hasta la noche anterior no se había dado cuenta de cuánto echaba de menos sus charlas, sus correos, la impaciencia de llegar a casa para tener noticias suyas, y por primera vez se preguntó si no habría cometido un gran error al casarse.

Aún conservaba el número de Pablo en el móvil, si le llamaba estaba segura de que respondería, pero se dijo que no tenía derecho a perturbarlo. Después de que le confesara sus sentimientos, y a pesar de eso ella eligiera seguir adelante con la boda, habían decidido cortar toda comunicación y poner fin a su amistad.

Entonces lo había creído lo más conveniente para ambos, no quería hacerle daño ni alentarle en un amor que no tenía futuro. Pero aquella mañana, después de una terrible noche de insomnio en que se había permitido traerle de nuevo a su mente, se preguntó qué habría pasado si en vez de casarse hubiera esperado un poco y tratado de averiguar qué había detrás de aquel beso que le había hecho sentir cosas que nunca experimentó antes. No con Ángel.

En aquel momento, estaba segura de que habría llegado a enamorarse de aquel hombre reposado al que hasta entonces había visto como un amigo sin más, pero que, con su declaración, y sobre todo con su beso, había abierto las puertas a otro tipo de sentimientos que podrían haber aflorado si ella lo hubiera permitido.

De una cosa estaba segura, y era que no habría pasado la noche anterior acostada junto a un hombre vuelto de espaldas, humillada e insatisfecha, sino envuelta en un abrazo cálido y lleno de amor.

Se obligó a no pensar en eso, a no imaginar siquiera lo que sería su vida si le hubiera dado la oportunidad a Pablo de entrar en ella.

Se levantó de la mesa del desayuno y se permitió arreglarse sin prisas y maquillarse a fondo para tapar los estragos que la noche anterior había causado en su aspecto.

Estaba decidida a no intentar de nuevo seducir a Ángel, ni volver a sentir la humillación de su rechazo. Por eso, cuando una semana más tarde llegó a la cama después de dormir a María y se encontró a su marido despierto, se sorprendió. Hacía mucho tiempo que no se daba esa circunstancia, y no supo qué pensar.

Se desnudó y se puso el pijama mientras él la observaba con atención. Apenas se tendió a su lado, se giró y la rodeó con los brazos, para empezar a besarla de forma mecánica.

Miriam trató de apartar de su mente otro beso, lleno de pasión, y puso todo su empeño en devolver el que su marido le estaba dando, pero no le resultó fácil. No había pasión en aquella boca que cubría la suya ni en las manos que se introdujeron bajo el pijama para recorrerle el vientre. Se apretó contra Ángel dispuesta a poner de su parte todo lo que pudiera para que aquella fuera una noche memorable, el fin de una etapa y el verdadero comienzo de su matrimonio.

Pero apenas terminaron de besarse y a pesar de que ella comenzó a acariciarle el pecho dispuesta a jugar un poco, él le bajó en un solo movimiento el pantalón de pijama y las braguitas y se colocó sobre ella. Le abrió las piernas con las rodillas y sin más prolegómenos ni mediar palabra, la penetró.

Al principio sintió un poco de molestia, no estaba preparada y hacía mucho tiempo que había tenido relaciones sexuales por última vez, pero se adaptó en seguida. Ángel se movió deprisa, y por mucho que lo intentó, Miriam no consiguió que ralentizara los movimientos. Todo terminó en unos pocos minutos y en seguida salió de ella y se tendió en la cama, jadeante. Miriam se quedó mirando al techo, insatisfecha y decepcionada. Después él se levantó para ir al baño a lavarse y al regresar la besó en la mejilla y, tras murmurar un escueto «buenas noches», se volvió hacia la pared y se echó a dormir.

Cerró los ojos mientras un sinfín de sentimientos encontrados bullían en su interior. La frustración, el deseo no satisfecho y sobre todo la decepción, hicieron una vez más que sus pensamientos vagaran hacia Pablo sin poder evitarlo. Se preguntó dónde estaría, si se acordaba de ella, si era infeliz. Su cara llena de angustia y dolor el último día que se encontraron fue lo último que recordó antes de dormirse.

Durante días no pudo dejar de pensar en él. La decepción que había supuesto para Miriam la breve y fría relación sexual que había mantenido con Ángel hizo que Pablo Solís volviera a sus pensamientos y no sentía ningún remordimiento por ello.

Las ganas de saber de su vida, de escuchar su voz iban ganando terreno a la decisión de mantener las distancias, hasta que una tarde se sintió incapaz de resistirse más y pulsó la tecla donde tenía memorizado su número.

Dos días antes había intentado hablar con su madre del desastre que era su matrimonio en la intimidad, a pesar de que todos vieran una familia feliz y una pareja bien avenida, pero en el último momento había desistido. ¿Qué podría decirle? ¿Que Ángel había cambiado desde el día de su boda? ¿Que solo habían hecho el amor dos veces en un año? ¿Que la última vez había sido tan frío y decepcionante que a ella ya ni le apetecía repetirlo? ¿Que había otro hombre que empezaba a poblar sus noches de insomnio y que cada vez recurría más a su recuerdo para aliviar su frustración? ¿Que estaba empezando a soñar con sus manos y con su boca que la había hecho temblar una vez?

Sabía lo que Susana le iba a decir: que se separara, pero la niña quería tanto a su padre y era tan pequeña... Aparte de la sensación de fracaso que sentía ella por no haber sido capaz de sacar adelante su matrimonio. Estaba segura de que contaría con el apoyo de sus padres y del resto de la familia, aunque sabía que querían mucho a Ángel; le conocían desde que era un adolescente y le consideraban casi un hijo. No como a Marta, pero sí como un miembro más de la familia.

Su mente estaba dividida entre el deseo de tener noticias de Pablo y la lealtad hacia Ángel; al final ganó el deseo y alargó el brazo hacia el móvil. Estaba sola en su piso, María estaba resfriada y no había ido al trabajo, quedándose en casa para cuidarla. Buscó el número de Pablo, un número que no había pulsado desde hacía más de un año.

El timbre sonó cuatro veces, y ya iba a cortar la llamada cuando escuchó una voz de mujer al otro lado.

—¿Diga?

Por un momento pensó que había marcado un número erróneo.

—Perdón... creo que me he equivocado.

—No, no te has equivocado —respondió la mujer con voz dura.

—¿Cómo dice?

—¿Con quién quieres hablar?

Había animadversión en su voz, un toque áspero que a Miriam le puso un nudo en el estómago.

—Estaba intentando llamar a Pablo Solís, el arquitecto.

—Es mi marido.

Miriam sintió que el suelo se hundía bajo sus pies. El vértigo se apoderó de ella y por unos instantes se sintió mareada.

—¿Le llamas por motivos de trabajo?

—No, soy una amiga.

—Miriam, ¿verdad?

—Sí. Solo quería saludarle.

—Y yo voy a pedirte un favor. Déjale en paz, no vuelvas a molestarle. Estamos felizmente casados, ha pasado página y tus llamadas no son bien recibidas.

Miriam sintió como si un trozo de hielo le inundara el pecho.

—No se preocupe, señora... —dijo con voz queda—; no volveré a molestar. Disculpe.

Abatida cortó la llamada y a continuación borró el contacto para evitar la tentación de telefonarle de nuevo. Pablo se había casado y había pasado página. Deseó con el alma que fuera feliz, todo lo feliz que ella no era.

Sin poder evitarlo se dirigió al despacho, donde, en un cajón y bajo llave, guardaba el libro que él le regalara la última vez que se vieron. Pasó con suavidad los dedos por la cubierta, abrió la portada y releyó una vez más las palabras que se sabía de memoria. Después lo volvió a guardar, aunque escondiéndolo bajo un fajo de documentos para no verlo en cuanto abriera el cajón.

Mientras volvía a echar la llave, se dijo que debía cambiar de actitud, dejar de recordar a un hombre que pertenecía a un pasado que no volvería, y que tenía un matrimonio que salvar, aunque solo fuera por el bien de su hija. Ya no debía pensar más en Pablo ni en lo que podría haber sido si aquella última tarde en la cafetería ella no hubiera estado tan decidida a casarse. Pablo Solís era un capítulo cerrado y debía asumirlo.

Ángel llegó temprano aquella tarde y la encontró pálida y abatida. Le dio un beso rápido en la mejilla y la contempló con detenimiento.

—¿Cómo está María?

—Se ha dormido un rato. Todavía tiene un poco de fiebre.

—¿Has descansado tú? Se te ve agotada.

—No, apenas he dormido.

—Échate un rato, yo me ocupo de ella si se despierta.

—No te preocupes, estoy bien.

—No lo estás; acuéstate.

No siguió protestando, no tenía fuerzas. La conversación telefónica con la mujer de Pablo la tenía muy tocada emocionalmente. Había supuesto un gran esfuerzo para ella decidirse a dar el paso de llamarle, había luchado contra ello y no le resultó fácil tomar la decisión. La voz desabrida de aquella mujer, su mujer, la hizo sentir muy mal, como si fuera una buscona que tratara de romper una pareja cuando ella solo pretendía escuchar su voz.

—No me apetece acostarme —volvió a decir—. Si te quedas con ella voy a salir a dar un paseo, necesito tomar un poco el aire.

—Ve tranquila.

Hacía frío aquella tarde de noviembre, un viento helado se colaba por los huecos del abrigo, pero Miriam necesitaba sentir en la piel los elementos, el viento cortante y desapacible para sentirse viva. Porque estaba muerta por dentro. Con veinticinco años recién cumplidos se sentía cansada y era infeliz, atrapada en una vida monótona y falta de ilusiones, y la leve esperanza que aún la mantenía en pie acababa de morir unas horas antes.

Por un instante pensó en el dolor que Pablo debió sentir al saber que se casaba, que la perdía para siempre, sin siquiera haberla tenido. Algo muy parecido a lo que ella estaba sintiendo en aquel momento. No podía reprocharle que hubiera rehecho su vida, y buscado en otros brazos lo que ella por cobardía no había sabido darle.

Dejó escapar unas lágrimas de frustración y continuó caminando mientras le aguantaron las piernas. Después, viendo que estaba a punto de oscurecer, volvió a casa.

María se había despertado, era la hora de su baño y de darle la cena y, aparcando todo tipo de sentimientos, se convirtió de nuevo en madre.

Capítulo 17

Pablo salió del cuarto de baño con rapidez, cuando le pareció escuchar el sonido de su teléfono móvil que había dejado en el salón.

Había llegado a casa muy sucio de cal y yeso, procedente de la obra que había supervisado por la mañana y, mientras Begoña ponía la mesa, había entrado a darse una ducha, que necesitaba sin demora.

Aún con el pelo húmedo, asomó la cabeza y se dirigió a la mesa de centro donde había dejado el teléfono, pero el aparato no mostraba ninguna llamada perdida.

—Bego, ¿me ha llamado alguien? Me ha parecido escuchar el móvil.

La mujer, que colocaba los cubiertos, respondió sin mirarle y dedicando toda su atención a su tarea.

—Yo no he oído nada.

—Lo habré imaginado.

Comenzó a ayudar con la mesa, mientras Begoña le observaba con atención. Sus celos se habían disparado después de la conversación con Miriam, que se había encargado de eliminar sin que dejara rastro.

—¿Esperas alguna llamada? —preguntó cautelosa.

—Sí, el proveedor de las encimeras de cocina me tiene que avisar cuando tenga listos los pedidos para el bloque que estamos construyendo. Me prometió que llamaría hoy sin falta, pero ya ha pasado la mañana y no lo ha hecho.

—Seguro que lo hace esta tarde —dijo clavando en él una mirada llena de suspicacia.

—¿Qué ocurre? ¿Tengo aún yeso en el pelo?

—No.

—¿Entonces, por qué me miras así?

—Por nada. Comamos.

Se sentaron a la mesa, pero la llamada que había recibido un rato antes había conseguido quitarle el apetito a Begoña. Sabía quién era Miriam, por supuesto, Pablo le había hablado de ella al principio de conocerse. La mujer de la que estaba enamorado, probablemente en la que aún pensaba cuando se quedaba ensimismado mirando la pantalla de la televisión sin verla. A la que había creído vencer, y que había vuelto a aparecer de la nada hacía apenas una hora. Pero no iba a entrar de nuevo en la vida de Pablo, él era suyo ahora y por nada del mundo iba a permitir que la tal Miriam perturbara la felicidad que compartían.

Llevaba mucho tiempo enamorada de Pablo, y había jugado sus cartas cuando lo vio hecho polvo porque la mujer que quería se había casado con otro. Había estado ahí para consolarle, para coger su mano, escuchar sus silencios y besar su boca, necesitada de besos.

Una noche habían hecho el amor sobre el sofá después de ver una película y beber unas copas. Una mirada, un beso y una cosa había llevado a la otra. El hombre, solitario y destrozado, había caído en sus

brazos como un niño hambriento. Después, no hizo falta decir nada, la relación fue cosa hecha, y Miriam Figueroa pasó a formar parte del pasado. Y ahí se iba a quedar, porque no pensaba permitir que destruyese lo que tenían Pablo y ella.

—¿Qué te ocurre, Bego? Estás muy seria —La mirada atenta de Pablo le indicó que su cara estaba reflejando sus pensamientos

—Me duele un poco la cabeza, solo eso. Me echaré un rato ahora cuando bajes al estudio. Porque vas a bajar, ¿no?

—No, creo que me acercaré a la empresa de las encimeras, a ver qué ocurre.

Begoña sintió el fantasma de los celos adueñarse de ella. Aquella mañana le había comentado que pasaría la tarde trabajando en unos planos en el estudio y ahora cambiaba de opinión. ¿Se debería a la llamada de aquella mujer? ¿La esperaba? ¿Acaso no era la primera vez que telefoneaba? Tendría que aguardar a la noche, cuando él se durmiera para poder coger el móvil y rastrear si tenía alguna llamada anterior de ella. O el correo electrónico, como se habían comunicado en el pasado. Pero una cosa tenía clara, y era que Miriam Figueroa no iba a quitarle a Pablo ahora que era suyo.

Después de la comida, Pablo recogió la mesa y tras meterlo todo en el lavaplatos, se acercó a Begoña para despedirse con un beso en la mejilla. Ella giró la cabeza y le besó ávidamente en la boca. Él la contempló con fijeza.

—Si no me hubieras dicho que te duele la cabeza, pensaría que estás proponiéndome que no trabaje esta tarde... —dijo socarrón.

—Puedo echarme la siesta luego. El dolor de cabeza no va a empeorar por hacer el amor.

—Sí empeorará... duerme un rato ahora y lo dejamos para la noche, cuando estés mejor.

Volvió a besarla con suavidad en los labios, y se marchó.

Capítulo 18

Después de llamar a Pablo, Miriam se propuso no pensar más en él. Para bien o para mal se había equivocado al seguir adelante con la boda, y decidió asumirlo y mentalizarse para tener un compañero de piso en vez de un marido. Si Pablo no se hubiera casado se habría planteado una separación, pero la noticia de su matrimonio le había minado las pocas fuerzas que le quedaban. Se dedicó en cuerpo y alma a su hija y a su trabajo, disfrutando de las alegrías que ambos le proporcionaban. No volvió a intentar seducir a Ángel ni a esperar nada de él que fuera más allá del afecto. Su matrimonio estaba muerto sin que hubiera estado nunca vivo.

María era una cría preciosa que tenía encandilada a toda la familia. Era alegre y vivaracha y crecía sana y feliz, lo que hacía que para su madre todo valiera la pena.

Echaba de menos a Marta, que se había mudado a Cádiz cuando Sergio consiguió un destino en tierra, y ambos estaban preparando su boda con mucha ilusión.

A pesar de que había dejado de creer en el matrimonio, ayudó a su amiga en todo lo que pudo: compras, menús, invitaciones..., y puso de acuerdo a sus hermanos para regalarles entre todos el viaje de novios que Marta siempre había soñado.

Cuando llegó el día, acudió a la ceremonia para contemplar emocionada cómo se casaban su hermano y su amiga. Con su hija en brazos, veía la escena bajo un velo turbio de lágrimas y no pudo evitar recordar de nuevo su boda. No se casó por elección, los acontecimientos y su embarazo impusieron una prisa de la que ahora se arrepentía. Si en vez de casarse se hubieran ido a vivir juntos Ángel y ella, con toda probabilidad esa boda no se hubiera celebrado.

Miró a los novios y rezó para que su vida de casados no supusiera una decepción como estaba siendo la suya. Su relación con Ángel era apacible y tranquila, él era un buen hombre y un padre fantástico, pero distaba mucho de lo que ella esperaba de un matrimonio y de una vida de pareja. Las relaciones sexuales eran esporádicas y cada vez más frías, tanto que ni le apetecían ya. No pudo evitar pensar en lo que habría pasado si hubiera elegido otro camino y a ese hombre que se cruzó en su vida en un determinado momento. Pero de nada servía lamentarse, había hecho su elección y le había perdido. Ahora tenía a María y a Ángel, y debía seguir luchando con uñas y dientes para que su matrimonio funcionara. Aunque se sentía cansada de hacerlo, de ser la única que intentaba sacar adelante un matrimonio que hacía aguas por todos lados. Cada vez con más frecuencia tenía ganas de tirar la toalla.

Fran, sentado junto a ella, le cogió a la niña de los brazos y le tendió un pañuelo de papel para que se enjugara las lágrimas que velaban sus ojos.

Lo hizo con cuidado, para no estropear el maquillaje, y siguió contemplando la boda. La mirada emocionada y de absoluta adoración que Sergio le dirigía a la que se estaba convirtiendo en su mujer, le hizo sentir aún más lo fría que era su relación de pareja. Jamás Ángel la había mirado así.

La ceremonia terminó y los novios se besaron. Sergio rodeó la espalda de Marta con los brazos y se apoderó de su boca con una pasión que la hizo sonreír, porque estaba claro que durante el tiempo que

duró ese beso, el mundo entero había desaparecido para los novios.

También el beso que Pablo Solís le dio la última vez que se vieron era de ese tipo, de los que borran el mundo alrededor. Y ella lo había ignorado. Había apartado a ese hombre de su vida, al único que le removi6 el alma al besarla.

Sintió las lágrimas correr de nuevo por su cara, pero esta vez no lloraba de emoción por la boda, sino por ella misma y por la triste realidad de su existencia.

Miró a su izquierda, donde se sentaba Ángel, y lo contempló observando a los contrayentes con expresión imperturbable. Era la única persona presente que no se había emocionado ni reaccionado a ese beso cargado de pasión que se desarrollaba frente a ellos. Hugo y Manuel silbaban tratando de abochornar a los novios, Inés lloraba a moco tendido, como ella misma, y sus padres trataban también de esconder una lágrima inoportuna y emocionada. Buscó a Javier con la mirada, temerosa de su reacción, y lo vio sonreír, con una sonrisa enigmática que la desconcertó. Había temido verle triste, pero no era así.

Después, cuando los novios lograron separarse, todos se dirigieron a un restaurante donde se celebraría el almuerzo y posterior baile. Como en su propia boda. Todo igual, y tan diferente a la vez.

Se sobrepuso a la emoción y al cúmulo de sensaciones que los recuerdos le habían provocado. Comió con apetito y bailó con todos, excepto con su marido. Este permanecía sentado a la mesa con María en el regazo, dándole de comer y hablándole sin cesar.

Ya anocheía cuando Ángel le hizo una seña con la mano. En aquel momento bailaba con Javier.

—Disculpa —pidió soltándose de su abrazo—. Ángel me llama.

Ambos se acercaron a la mesa.

—¿Qué ocurre?

—La niña está cansada, Miriam.

Esta contempló a su hija, cuyos ojitos se empezaban a cerrar. La cogió de los brazos de su padre y le dio un beso.

—¿Mi niña está cansadita? Ya nos vamos, cielo.

—No hace falta que te marches, yo me la llevaré a casa y la acostaré. Sigue tú disfrutando de la boda de tu hermano —ofreció Ángel.

—No te preocupes, no me importa.

—No, en serio, quédate. Yo me ocupo de ella.

—Gracias.

Miriam se despidió de su hija con un abrazo y contempló cómo su marido se la llevaba a casa. Javier miró a su hermana en silencio.

—¿Qué ocurre, Miriam? ¿No confías en que la cuide bien?

—No es eso. Él suele acostarla muchas noches, aunque yo esté en casa. Ángel cuida de la niña perfectamente, es un padre estupendo.

—¿Entonces?

—Nada.

Él le levantó la cara con la mano y hurgó en sus ojos, en el fondo de los cuales vislumbró una sombra.

Miriam desvió la mirada.

—Te conozco, pequeña; soy Javi, tu hermano mayor, ¿recuerdas? El que siempre te defendió y te cuidó. ¿Qué ocurre?

—No ocurre nada, es solo...

—¿Qué?

Miriam sacudió la cabeza y miró hacia la pista. Fran y Susana bailaban mejilla contra mejilla como dos adolescentes enamorados, los novios se besaban sin parar. Hugo apretaba a Inés contra su cuerpo, tan cerca que casi no se podían mover y le susurraba algo al oído.

—Que los Figueroa han puesto en mi vida muy alto el listón del amor y yo... bueno, Ángel es diferente. No es muy expresivo ni me persigue por la casa para darme un achuchón como hace papá con mamá, ¿recuerdas?

—Sí, claro que lo recuerdo. ¿No eres feliz, Miriam?

—No es que no sea feliz... tengo una hija maravillosa y mi marido es un buen hombre y me quiere, solo que es un poco frío a la hora de demostrarlo. He estado rodeada de Figueroas pasionales y cariñosos toda mi vida y echo de menos eso en mi matrimonio, nada más.

—¡Ven aquí! —dijo estrechándola con fuerza. Miriam se dejó abrazar como cuando eran pequeños. Javi era su hermano favorito, y sintió un nudo en la garganta cuando se refugió en sus brazos. Siempre supo que le iba a resultar muy difícil encontrar lo que veía en su casa, esa clase de amor que compartían sus padres. Pero se repitió una vez más que no todas las parejas eran iguales.

—Vamos a seguir bailando, Javi. Te echo de menos —dijo para cambiar de tema. Lo último que deseaba era cargar a Javier con sus problemas conyugales. Ya debía tener bastante con presenciar la boda de la mujer que amaba con otro hombre, aunque este fuera su hermano.

—Yo también os echo mucho de menos a vosotros, nena. A todos.

Se integraron en la pista y Miriam se olvidó de todo disfrutando de su hermano, al que tardaría meses en ver de nuevo.

Javier apenas se separó de ella en toda la noche. Una y otra vez rellenó su vaso y trató de compensar su ausencia de todo un año. Al final, cuando ya la celebración tocaba a su fin, se ofreció a llevarla a su casa.

Miriam estaba un poco bebida, ella que siempre era la sobriedad en persona, aquella noche no había rechazado ninguna de las copas que Javier le ofreció. Él la había animado a beber, deseoso de ahondar en la infelicidad de su hermana, manteniéndose sobrio para poder conducir.

Cuando el coche empezó a circular por las calles desiertas, Miriam se dio cuenta de su estado de semiembriaguez.

—Creo que me he pasado con los *gin-tonic*. No he debido beber tanto.

—No pasa nada. Para eso estoy yo aquí, para asegurarme de que llegas a casa sana y salva.

—Gracias.

—¿Tendrás problemas con Ángel si te ve llegar bebida? —Había cautela en la voz de Javier. Estaba decidido a llegar hasta el fondo de la tristeza de su hermana.

—¿Problemas? —Rio Miriam con una carcajada áspera—. Podría llegar como una cuba, andando a gatas y él ni se daría cuenta. Y mucho menos le importaría.

Él sacudió la cabeza ante la amargura con que estaban dichas esas palabras.

En poco rato llegaron ante el portal de Miriam. Esta alzó la vista hacia la ventana de su dormitorio y suspiró al ver la luz apagada. Alargó la mano para abrir la portezuela, pero su hermano la detuvo sujetándole el brazo.

—Aún no... vamos a hablar un rato.

Ella se giró y clavó la vista en Javier. La expresión preocupada y la mirada inquisidora le dijo que no iba a poder continuar esquivando sus preguntas.

—¿De qué quieres hablar?

—De la tristeza que veo en tus ojos.

—Ya te he dicho antes que no es nada. La boda me ha puesto tierna.

—Y yo te recuerdo que soy Javi. El que siempre adivina cuando algo te ocurre.

Miriam recordó las incontables veces que llegaba del colegio con algún problema y su hermano siempre conseguía que se lo contara. Su carácter introvertido se desvanecía antes las preguntas de su hermano mayor.

—No es tristeza.

—¿Qué es entonces?

—Resignación.

—Eso es incluso peor, Miriam.

Ella ya no pudo más. Hay un dicho que afirma que los niños y los borrachos siempre dicen la verdad, y Miriam se dejó llevar por el alcohol ingerido, y abrió su alma en aquel coche a oscuras en mitad de la madrugada.

—Tienes razón, no soy feliz. Mi matrimonio ha sido un gran error, nunca debí casarme con Ángel.

—Pero estabas enamorada, ¿no?

—No lo sé. De lo que sí estoy segura es de que él no. Después de la noche de bodas no volvió a tocarme en más de un año.

—Eso es mucho tiempo.

—Noche tras noche me metía en la cama y me encontraba con un hombre que fingía dormir para no hacerme el amor. Al principio pensaba que la culpa era por mi embarazo, que mi cuerpo deformado no le resultaba atractivo.

—Una mujer embarazada resulta muy atractiva, Miriam —dijo con una sonrisa enigmática.

Por un momento ella olvidó su discurso y le preguntó:

—¿Quién te ha dicho eso?

—Nadie, pero lo sé. Sigue con lo tuyo, no cambies de tema.

Ella asintió. Una vez que había comenzado a hablar, necesitaba sacar de dentro todo lo que le estaba haciendo daño.

—Cuando nació María comprendí que no era el embarazo, puesto que seguía sin tocarme. No sabía ya qué hacer ni qué pensar.

—¿No se te ha ocurrido pensar que puede ser gay y se ha casado contigo para disimular esa condición? Ya sabes lo rígidos y tradicionales que son sus padres.

—No lo sé, Javier. La verdad es que no se me había ocurrido esa posibilidad, siempre me atribuí la culpa: a mi aspecto, al embarazo... a mil cosas.

—¿Antes de casaros también era así?

—No. Aunque no nos acostábamos juntos con mucha frecuencia, yo lo achacaba a que vivíamos en casa de nuestros padres y había pocas ocasiones de hacerlo. Pero cuando se presentaban, las aprovechábamos. Antes nunca, desde que comenzamos a tener relaciones sexuales, habían pasado tantos meses sin hacerlo. Pero no es solo en el aspecto sexual donde falla mi matrimonio —admitió con voz rota. Un torrente de lágrimas acudió a sus ojos y comenzó a caer por su cara, imparable—. Tengo compañero de piso, no un marido. Es cortés, amable, comparte las tareas de la casa, los gastos, el cuidado de María. Se levanta de noche si la niña llora para que yo siga durmiendo, pero jamás me dice una palabra cariñosa, no me da un beso ni en la mejilla salvo de forma excepcional. Nunca me pregunta por mi día, o cómo me encuentro... no es ni siquiera mi amigo.

—¿No has hablado con él del tema?

—No.

—¿Por qué? Te mereces al menos una explicación, Miriam.

—Muchas veces me he propuesto hacerlo —respondió entre sollozos—, preguntarle abiertamente, pero imagino que me da miedo la respuesta.

—¿Qué te da miedo? ¿Qué puede decirte que no sepas ya? ¿Que no te quiere? Cariño, eso te lo está diciendo cada día con su actitud. Eres una mujer preciosa, si te quisiera no compartiría tu cama sin ponerte una mano encima, te lo aseguro. Sé que estás enamorada y te duele perderle, pero ¿realmente le tienes? ¿No es mejor romper una relación que te está haciendo tanto daño?

Miriam buscó en su bolso hasta encontrar un paquete de pañuelos y se secó las lágrimas que salían a raudales, junto con su confesión. Con esas palabras que a veces se ocultaba incluso a ella misma.

—Lamento ser tan cruel, Miriam, pero tú eres una mujer fuerte y valiente. Debes afrontar la verdad, y tomar las riendas de tu vida. Habla con Ángel, averigua el motivo de su comportamiento, y si no hay forma de solucionarlo, séparate. Eres joven y preciosa, no malgastes tu vida junto a un hombre que ni te merece ni te da lo que necesitas. El desamor se supera, cariño. Te lo aseguro, solo es cuestión de tiempo.

—¿Y me lo dices tú? —preguntó ya más serena, hurgando en los ojos de su hermano.

—Sí, te lo digo yo, que lo he superado.

—¿De verdad?

—De verdad. Hoy he asistido a la boda de mi hermano y una amiga, nada más que eso. Te aseguro que algún día dejarás de estar enamorada de Ángel de la misma forma que yo ya no lo estoy de Marta.

Miriam sacudió la cabeza.

—Yo no estoy enamorada de él; ya no. Estos tres años han acabado con ese sentimiento.

—Razón de más para poner fin a esa relación, que no es tal. Rompe la burbuja y busca la felicidad en otra parte, seguro que ahí fuera hay otro hombre esperando por ti.

Miriam negó con la cabeza.

—No lo hay —suspiró.

—Claro que sí, solo que aún no lo has conocido.

—Ah, te refieres en sentido abstracto.

—Por supuesto. ¿A qué te referías tú?

—A nada. Creí que hablabas de alguien concreto, y no, no hay nadie concreto esperando por mí.

—Esa persona aparecerá, solo tienes que darle tiempo.

Viendo a su hermana más serena, Javier giró las llaves del coche, haciendo funcionar el motor. Pisó el acelerador y arrancó con un movimiento suave.

—¿Qué haces? ¿Dónde vas?

—A casa.

—Mi casa está ahí detrás.

—No, Miriam. Ese es el lugar donde vives con Ángel, pero tu casa, al igual que la mía, está en Espartinas.

Ella se mordió el labio. Javier decía la verdad, nunca había considerado ese piso ni su casa ni su hogar.

—¿De verdad quieres dormir aquí esta noche?

—No, tienes razón; llévame a casa. Mañana será otro día, y afrontaré mi vida.

—¿Lo prometes?

—Sí, Javi, te lo prometo.

Él sonrió y continuó conduciendo hasta Espartinas. Estaba seguro de que Miriam cumpliría su promesa, y si no lo hacía, él no la dejaría en paz hasta que lo hiciera. Por muchos kilómetros que los separasen, iba a estar ahí apoyándola y animándola hasta conseguir que los bonitos ojos pardos de Miriam recobrasen la luz y la alegría.

Capítulo 19

El día siguiente, después de la boda de Sergio y Marta, Miriam se despertó tarde y en su antigua habitación, con una ligera resaca. Miró el móvil esperando encontrar una llamada o un mensaje de su marido preocupado por su ausencia, pero no había nada.

Bajó a desayunar y se encontró a su padre y a Javier sentados antes sendas tazas de café. Los besó y se sirvió a su vez.

—Buenos días.

—Es estupendo tenerte de nuevo pasando una noche en casa —le dijo Fran.

—Sí, ha sido como volver a los viejos tiempos. ¿Me das un paracetamol? Tengo un poco de resaca.

—Claro —dijo su padre levantándose para buscarlo. Ella se volvió hacia su hermano.

—Javi —preguntó—. ¿Tú avisaste anoche a Ángel de que dormiría aquí?

—No, se me pasó. ¿Y tú?

Ella negó con la cabeza.

—Tampoco.

—¿No te ha dejado ningún mensaje ni te ha llamado?

—No.

—Se habrá imaginado que estás aquí —intervino Fran—. Es lo más lógico.

Ella asintió ante la mirada triste de su hermano.

—Seguro que es eso.

Después de desayunar, Javier la acompañó a su casa. Apenas estuvieron a solas en el coche, Miriam se disculpó:

—Lamento lo de anoche. No debí soltarte todas mis *neuras*, pero había bebido más de la cuenta.

—Yo me alegro de que lo hicieras. Y lo que me contaste no son *neuras*, sino problemas muy serios.

Ella guardó silencio.

—¡No irás a decirme que te has echado atrás de la decisión de abordar el problema!

—No, voy a hacerlo. Hablaré con Ángel, y si no hay forma de solucionarlo le diré que quiero separarme. Anoche después de ver la felicidad de Marta y Sergio decidí que no quiero en mi vida el tipo de matrimonio que tengo. Mejor sola que eso.

Javier giró la cabeza y sonrió a su hermana.

—No estarás sola mucho tiempo, nena. Eres una mujer estupenda, además de preciosa. Estoy seguro de que encontrarás a alguien que sepa apreciarte en todo lo que vales.

—¡Tú qué vas a decir, eres mi hermano!

—Precisamente porque soy tu hermano y te conozco, puedo hablar con conocimiento de causa.

—Gracias, Javi. Y hablando de ti, ¿es cierto lo que me dijiste anoche de que has olvidado a Marta?

—No la he olvidado, pero ya no estoy enamorado de ella.

—¿Estás seguro?

Él soltó una carcajada.

—Muy seguro, porque estoy enamorado de otra.

—¿En serio?

Él asintió.

—¿Y ella te corresponde?

—Creo que sí, salvo que lo haya estropeado todo por idiota.

—Ay, Javi, no me digas eso. ¿Quién es? ¿Una compañera de trabajo?

—Ya te hablaré de ella más adelante si logro solucionar el estúpido error que he cometido. De momento me reservo la información.

—De acuerdo.

—Ahí está tu casa. ¿Quieres que suba contigo?

—No es necesario. Gracias, Javi.

Él se giró y la abrazó con fuerza.

—Ya te llamo y me cuentas cómo ha ido todo.

—Sí.

Bajó del coche dispuesta a enfrentar su vida.

Cuando subió, Ángel estaba con María sentada en su regazo.

—Mira, ya ha llegado mamá.

Se sintió enfadada.

—No he venido a dormir casa —dijo con rabia.

—Ya me he dado cuenta.

—Sé que debí avisarte, pero era muy tarde.

—No pasa nada, no te preocupes por eso.

—¿Ni siquiera te has preguntado dónde estaba?

—He imaginado que con tus padres o tus hermanos.

—¿Y si no hubiera sido así? ¿Si me hubiera ocurrido algo?

—Conozco a tu familia, jamás te habrían dejado venir sola de madrugada y sin coche.

—Ya.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfadada?

—No, no estoy enfadada —dijo, pero sí lo estaba.

Se acercó a María y le tendió los brazos.

—Dale un abracito a mami.

La niña se colgó de su cuello y se apretó contra ella. Mientras la abrazaba, trató de no mirar a Ángel. Tenía que enfrentar su situación, pero no con su hija delante ni sintiéndose tan enfadada como estaba en aquel momento. El tema era demasiado importante y debía encararlo con el ánimo más calmado y la

mente fría.

Tardó una semana en encontrarse con el aplomo necesario para afrontar el problema. La boda de Marta, la conversación con Javier y su propia insatisfacción le hicieron comprender que ya estaba bien de buscar excusas y que tenía que exigir respuestas. Estaba cansada de intentar salvar un matrimonio que no la llevaba a ningún sitio.

Aquella noche, cuando llevaba a María a la cama, miró a Ángel levantarse del sofá para irse a dormir y le pidió:

—No te acuestes aún, quisiera hablar contigo.

Él no contestó, sino que se sentó de nuevo y empezó a cambiar de canal la televisión buscando algo que ver. Cuando al fin Miriam se reunió con él, un rato más tarde le hizo sitio a su lado en el sofá y le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Nada, al menos nada nuevo. Quiero hablar de nuestro matrimonio.

—¿Qué le pasa a nuestro matrimonio?

Miriam lo miró a los ojos, que bajó tratando de evitar los de ella.

—Que no lo es. Ángel, somos compañeros de piso y poco más. No es esa la idea que yo siempre me hice de una convivencia en pareja.

—Quieres más sexo.

—Por supuesto que lo quiero, un polvo cada seis o siete meses no me parece ni suficiente ni normal, pero no es solo eso. ¿Qué ocurre? Tú no eres el mismo de antes de casarnos, no me besas, no me tocas...

Él seguía con la vista baja.

—¿Ya no me deseas? Antes de la boda teníamos sexo con cierta regularidad, quizás no demasiada, pero eso era justificable porque estábamos en casa de nuestros padres. Ahora vivimos juntos, dormimos en la misma cama noche tras noche y siempre te encuentro dormido o fingiendo estarlo cuando me acuesto.

—No ocurre nada, es solo que no soy un hombre muy apasionado ni necesito sexo cada día.

—Pero ¿seis meses? Y tampoco es que sea un polvo maravilloso cuando sucede.

—No sé hacerlo de otra manera.

—¿Por qué no me miras para decírmelo?

Él guardó silencio.

—¿Ángel? Llevo mucho tiempo deseando y temiendo tener esta conversación, y ahora que ha comenzado, no me voy a conformar con explicaciones vagas y sin sentido. Quiero la verdad.

—Está bien... —Suspiró—. Es verdad, no te deseo. Ya no estoy enamorado de ti, Miriam.

Ella sintió algo difícil de explicar. No era dolor, ni pena. Quizás decepción y tristeza por haber estado intentando salvar algo que no podía salvarse. Ante una afirmación tan contundente poco se podía hacer.

—¿Desde cuándo? Porque esto se remonta al día de la boda.

—Desde un poco antes. Cuando realicé las prácticas conocí a una chica y nos enamoramos.

Miriam sacudió la cabeza, incrédula. ¿Hacía más de tres años?

—Pensaba cortar contigo, pero te quedaste embarazada. No me pareció correcto dejarte en esas circunstancias.

Miriam sintió la rabia correrle por las venas. Tenía un carácter tranquilo y reposado, pero en aquel momento la furia Figueroa bullía en su interior a punto de explotar.

—¿No te pareció correcto?! ¿Pero sí te lo pareció mentir y presionar para que me casara contigo y condenarme a este simulacro de matrimonio? Sabías que yo era reacia a la boda, que quería esperar un poco más.

—Pensé que era lo que debía hacer. Había una criatura en camino y debíamos darle un hogar.

—Esto no es un hogar, es solo un techo. Nunca le hubiera faltado ni casa ni amor, aunque no nos hubiésemos casado.

—¿En casa de tus padres?

—O en la mía y la tuya por separado. Pero esto es... un sinsentido.

—Me pareció lo mejor.

Miriam respiró hondo antes de preguntar:

—¿Y tu relación con esa chica? ¿Ha seguido? ¿Aún estáis juntos?

—No. Ella se enfadó mucho cuando me casé y no quiso saber nada más de mí. Dejó la empresa.

Miriam también estaba enfadada. Mucho. Si Ángel no se hubiera empeñado en casarse, probablemente todos serían más felices en aquel momento. No negó su propia culpa, también ella podría haber sido más firme en su postura de esperar... Podría haberle dado una oportunidad a Pablo, una oportunidad que ya no tendría.

Tragó saliva sintiéndose estafada.

—Miriam... ¿Esta conversación va a cambiar algo?

Le miró furiosa.

—Por supuesto que va a cambiar algo. ¿No pensarás seguir así eternamente? Tengo veintiséis años y necesito mucho más de lo que tú me das.

—No tomes ninguna decisión de la que te puedas arrepentir más adelante, estás muy alterada ahora. Piensa en María.

—María va a estar bien, y lo siento, pero ahora solo puedo pensar en mí. Por primera vez en mucho tiempo, solo en mí.

—Sea lo que sea lo que vayas a hacer, consúltalo con la almohada.

—No creo que haya mucho que consultar, tengo claro lo que quiero y también lo que no. No pienso malgastar mi vida con alguien que no me quiere. Llevo mucho tiempo poniendo excusas a tu actitud, tratando de justificarla y también esperando un cambio que ahora sé no se va a producir. Que ya no estés enamorado de mí ni me desees, es lo único que puede hacer que no quiera seguir con esto. Voy a dormir en el cuarto de la niña, Ángel. No quiero ver tu espalda en mi cama nunca más.

Entró en el dormitorio conyugal y cogiendo el pijama se metió en la habitación de su hija, dispuesta a

pasar la noche en la cama con la pequeña.

Antes de entrar, y con el pomo en la mano, se volvió hacia su marido y le preguntó:

—Necesito preguntarte algo más. ¿Ha habido otras?

Él desvió la vista.

—Responde por favor.

—¿Para qué quieres saberlo? Si ya has decidido acabar con esto, ¿qué más te da?

—Entiendo —dijo entrando y cerrando la puerta a su espalda.

Sintió el murmullo de la televisión a través de la puerta cerrada durante mucho tiempo. Esa noche Ángel, al parecer, no tenía sueño ni prisa por acostarse. La decepción, el rechazo, la sensación de haber hecho el imbécil durante tres años hizo que unas lágrimas silenciosas recorrieran su cara. Con el brazo rodeando al cuerpecito dormido de su hija sintió el deseo de ser una niña otra vez y acurrucarse en el regazo de su madre, o de Javi, contarles sus penas y dejarse consolar.

No era dolor lo que sentía, tampoco estaba ya enamorada de Ángel; su frialdad, su despego, habían acabado con los sentimientos que un día tuviera por él. Se dijo que ella tampoco estaba libre de culpa, que noche tras noche había recordado el beso de Pablo, pero al menos al principio había intentado salvar la relación, hacer que funcionara. Pero tres años era mucho tiempo para estar sola, sin una palabra de amor, sin una caricia.

No durmió apenas aquella noche, su cabeza se negaba a dejar de hacer planes sobre el futuro, indecisa. Solo una cosa tenía clara, y era que iba a poner fin a aquella farsa, se iba a divorciar de Ángel tanto si él quería como si no. Esperaba que se lo pusiera fácil, que lo hicieran de mutuo acuerdo, pero si no era así, lucharía. Era joven, tenía toda la vida por delante y no pensaba desperdiciarla en aquella relación inexistente. Ya era tarde para ella y para Pablo, pero encontraría a otra persona que la hiciera sentir viva, atractiva... mujer.

El maquillaje no logró disimular del todo las huellas de la mala noche. Se levantó temprano y se marchó al bufete antes de la hora dejando una nota a Ángel para que llevase él la niña a la guardería.

Necesitaba hablar con su madre cuanto antes. Se sentía pequeña y vulnerable aquella mañana. Quería su abrazo y su consejo, y también su apoyo, aunque sabía de antemano que contaba con él. Era maravilloso tener una familia como la suya siempre; pero en momentos difíciles, mucho más.

Cuando la sintió llegar, salió de su despacho con un café cargado en la mano. Fran tenía juicio esa mañana y Miriam lo agradeció. Quería hablar con su madre de mujer a mujer. Esta adivinó sus ojeras bajo el maquillaje y también sus ojos hinchados por la falta de sueño.

—¿María ha dado mala noche?

—No —dijo mirándola fijamente—. ¿Puedes pasar? Me gustaría hablar contigo.

—Claro.

Susana se sirvió también un café y se sentó en el borde de la mesa, mientras Miriam lo hacía en el sillón.

—Voy a separarme de Ángel —anunció escueta.

Su madre escrutó en sus ojos y asintió.

—No pareces sorprendida.

—No lo estoy. Me preguntaba cuánto tiempo más ibas a aguantar.

—¿Tú sabías que las cosas iban mal entre Ángel y yo?

—No sé hasta qué punto iban mal, pero es más que evidente que no sois una pareja como las otras.

Jamás he visto entre vosotros un beso, un achuchón o una mirada cómplice. Siempre formales y correctos. No digo que todos los hombres tengan que ser como tu padre, siempre buscando un rincón para pellizcarme el trasero, o darme un beso, pero lo vuestro no era normal.

—Ya. Porque no somos una pareja. Durante tres años he intentado mantener viva una llama que estaba extinguida desde antes de casarnos. Ángel se enamoró de otra y pensaba dejarme, pero me quedé embarazada y, según palabras textuales, no le pareció correcto hacerlo en esas circunstancias. Insistió en que nos casáramos, pero no puso nada de su parte para que el matrimonio funcionara. Llevo tres años preguntándome por qué no me toca... Me sobran dedos de las manos para contar las veces que hemos hecho el amor durante este tiempo.

No pudo evitar que las lágrimas volvieran a acudir a sus ojos y Susana se acercó a ella para abrazarla con fuerza.

—Como una imbécil he estado tratando de justificar su conducta con el embarazo, con cansancio, o no querer despertar a la niña... comprándome ropa sexi para provocarle... tratando de salvar algo que no existía. Me siento tan ridícula, mamá...

—Lo siento mucho, cariño —La apretó aún más contra sí—. ¿Por qué has tardado tanto en ponerle punto final?

—Lo pensé hace un año, porque empecé a recordar a alguien... alguien con quién pude tener una historia si no me hubiera casado. Pensé que quizás aún estaba a tiempo, pero no era así. Él se casó a su vez, no sé si por despecho, espero que no; un matrimonio sin amor es algo muy duro de sobrellevar. Muy duro, mamá... mucho.

Susana continuó abrazándola mientras se deshacía en lágrimas y sacaba todo el dolor, la rabia y la frustración que había acumulado en esos tres años. Cuando se calmó, la madre dio paso a la práctica abogada y preguntó:

—¿Vas a pedir el divorcio?

—Sí.

—¿Has hablado con Ángel ya?

—Anoche.

—¿Y qué dice al respecto?

—Que piense en María, que no decida nada de forma precipitada. No lo haré, por supuesto que no, pero tampoco voy a seguir con él. Se acabó. Soy consciente de que ahora mismo estoy hecha trizas, pero sé que pronto solo encontraré alivio y liberación.

—Ángel tiene razón, hay que pensar en la niña. Ella no debe sufrir esto más de lo necesario. Tenéis que llegar a un acuerdo sobre la custodia, Miriam. Amistoso, a ser posible.

—Ha sido un marido desastroso, pero un buen padre. Si quiere la custodia compartida, se la daré, siempre y cuando no se vaya a vivir con su madre y sea ella quien la eduque. No quiero a Manuela y sus anticuados principios morales demasiado cerca de mi hija.

—Habla con él y trata de llegar a un acuerdo. Y si no es así, lucharemos si es necesario.

—No creo que lo ponga difícil. Por fortuna firmamos separación de bienes antes de casarnos y el piso es alquilado. Respecto a cosas materiales, no hay nada que repartir. Y yo no quiero seguir viviendo en aquel piso, cada día me resulta más opresivo.

—Puedes venirte a casa, si quieres.

—¿No te importa? Será temporal, mientras encuentro algo adecuado para María y para mí. No quiero buscar una vivienda de forma precipitada.

—Estaremos encantados de teneros allí el tiempo que quieras.

—Gracias, mamá. Eres la mejor.

—No, cariño; solo soy tu madre.

Miriam, ya calmada, volvió a abrazar a Susana, sintiendo la satisfacción de pertenecer a una familia que siempre arropaba a sus miembros y estaba ahí para todo lo bueno, y sobre todo para lo malo.

—Vamos a trabajar un poco —dijo más serena.

—Puedes tomarte el día, si quieres.

—No; tendría que volver a casa y necesito unas horas de distancia antes de volver a hablar con Ángel. Esperaré a papá para contárselo a él también.

Aquella tarde cuando llegó a casa, Ángel la miró con ojos interrogantes. No hizo falta que preguntase nada, porque Miriam estaba decidida y él lo supo nada más verla.

—Has tomado una decisión.

—Sí. Quiero que nos divorciemos.

—¿Estás segura?

Ella se sentó a su lado. María estaba haciendo su siesta de media tarde, por lo que podían hablar sin problemas.

—Sí, muy segura.

—Quizás deberíamos probar a estar un tiempo separados antes de hacer algo definitivo... por la niña.

—No, Ángel. Ninguno de los dos está ya enamorado, y yo me siento muy sola, atrapada en una relación que no va a ninguna parte. María no va a sufrir si nosotros lo hacemos bien. Somos civilizados y no hay dramas pasionales por medio, al menos no por mi parte.

Mirando a su marido sentado tranquilamente en el sofá mientras hablaban de separar sus vidas, pensó que Ángel era cualquier cosa menos pasional.

—Tampoco por la mía.

—Podemos compartir la custodia, si quieres. Pero solo si no te vas a volver a casa de tu madre. No me gusta la mentalidad que tiene y no quiero que ella crie a mi hija con sus ideas anticuadas y

retrógradas.

—No creo que vuelva a casa, me alquilaré algo.

—Puedes quedarte aquí, si quieres. Yo prefiero empezar de cero, en otro lugar.

—De acuerdo. Y respecto a María... solicita tú la custodia... a mí me resultará complicado cuidar de ella con mis horarios de trabajo. Los tuyos son más flexibles y tus padres pueden echarte una mano si se pone enferma o hay algún problema. Yo me la llevaré los fines de semana, si te parece bien.

—Me parece perfecto.

—Respecto a la cuestión económica, hicimos separación de bienes.

—Sí, eso no será ningún problema. Si estás de acuerdo iré redactando un convenio regulador, aunque si prefieres contratar a otro abogado...

—No hace falta; sé que no vas a joderme la vida.

—Gracias.

—Deberá presentarlo otro abogado en mi nombre. ¿Te parece que lo haga mi madre?

—Sí, por mí no hay problema.

Miriam entró en su dormitorio a cambiarse de ropa. Le asombraba la frialdad de Ángel. Ella, a pesar de estar firmemente decidida se sentía triste y apesadumbrada. No había querido casarse, pero una vez dado el paso había intentado por todos los medios sacar adelante su matrimonio, pero no había bastado.

Sintiendo que la garganta se le volvía a oprimir con un nudo de lágrimas, entró en el baño.

La idea de que no la quisieran escocía, aunque ella también hubiera perdido sus sentimientos por Ángel a lo largo de esos tres años, que ahora se le antojaban interminables. A pesar de que era una mujer tranquila y poco impulsiva, ahora sentía la necesidad de divorciarse cuanto antes, de cerrar una etapa de su vida y empezar otra. Al día siguiente comenzaría con los trámites para volver a ser una mujer libre.

Capítulo 20

Apenas unos pocos días después de su conversación con Ángel, Miriam se trasladó con María a la casa de sus padres. Puesto que era un lugar habitual para ella, la niña no hizo preguntas cuando le dijeron que pasarían una temporada con los abuelos. Se sentía contenta de estar con ellos a todas horas y no solo de visita. Si preguntaba por su padre, le decían que estaba trabajando. Este se acercaba con frecuencia a verla un rato y el viernes por la tarde se la llevó a pasar el fin de semana con él.

—¿Mami no viene? —preguntó cuando esta no subió al coche con ellos.

—No, cariño. Yo tengo que quedarme con la abuela y ayudarla con unas cosas. Pásalo muy bien con papá.

—Vale.

Sin más, con la naturalidad propia de los niños, aceptó la situación.

Miriam la vio marchar con expresión seria. Susana, detrás de ella le apoyó una mano en el hombro.

—Va a estar bien.

—Ya lo sé. Ángel la cuida perfectamente.

Ambas entraron en la casa.

—Espero que esto no le afecte. De momento no ha preguntado por qué nos hemos venido a vivir aquí, pero tarde o temprano lo hará.

—O no. Solo tiene tres años, a esa edad se aceptan las cosas sin hacer demasiadas preguntas, sobre todo si ni su padre ni tú desaparecéis de su entorno. De momento no le digas nada y si pregunta ya le respondes algo que pueda entender.

—Sí, eso haré.

—¿Y tú, cómo te sientes?

—Por una parte, liberada. Y también rara de que María no duerma aquí esta noche.

—Te acostumbrarás. Tu madre y yo —intervino Fran—, las primeras veces que os ibais a pasar unos días al pueblo con los abuelos, lo pasábamos fatal. Pero acabamos por acostumbrarnos. ¿Quieres que vayamos a cenar fuera para que te distraigas un poco?

—No, papá, gracias. Estoy cansada y la verdad es que me apetece tirarme en el sofá y ver una película.

—Eso está hecho. Te vamos a mimar esta noche, ¿verdad, Susana?

—Claro que sí.

—Sois geniales.

Pasó la tarde en el sofá, como había deseado y después de una cena tranquila, se retiró a su habitación. Comprobó la diferencia horaria con Estados Unidos y se decidió a llamar a Javier para comunicarle su nueva situación. Este respondió enseguida.

—Hola, cariño... ¿cómo va todo?

El tono inquieto de su hermano la empujó a no andarse por las ramas.

—Lo he hecho, Javi. He dejado a Ángel.

—¿No hubo forma de arreglarlo?

—No, me dijo que ya no me quiere ni me desea. Difícilmente se puede arreglar eso. Pero, aunque hubiera sido posible, yo ya no deseo hacerlo. Una vez que he decidido afrontar la situación, no tengo ganas de poner parches a lo nuestro. Lo mejor es que cada uno siga por su lado, no hay nada que salvar.

—Opino lo mismo. ¿Cómo se lo ha tomado él?

—Con ecuanimidad, como todo. Me he trasladado con María a Espartinas mientras busco un piso para nosotras, no quiero hacerlo de forma precipitada.

Javier sonrió.

—Entonces estarás bien. No hay nada mejor para curar las heridas que dejarse mimar por mamá y papá. Me gustaría estar ahí para achucharte yo también, pero en estos momentos no me es posible.

—No te preocupes, estoy bien. Un poco rara por volver a casa, pero se me pasará.

—Seguro que sí. ¿Y María?

—Encantada de la vida. Tiene a los abuelos pendientes de ella a todas horas. Mamá le lee cuentos, papá la ayuda a hacer puzles. Este fin de semana se ha ido con Ángel, es lo que hemos acordado en el convenio de divorcio. Lo estamos haciendo de forma civilizada y de momento la niña no parece acusar el cambio.

—Me alegro mucho, Miriam. Estaba muy preocupado.

—Lo sé, por eso te llamo. También para darte las gracias, nunca hubiera dado el paso de no haber sido por ti.

—Claro que lo hubieras dado. Quizá hubieras tardado un poco más, pero la situación era insostenible.

—Es posible. ¿Y tú? ¿Solucionaste tus asuntos amorosos?

Javier soltó una carcajada.

—En ello estoy. Tengo que hacerlo bien.

—¿Eso lo dice el hombre o el científico?

—Los dos.

—De acuerdo, hazlo a tu manera, pero a veces una mujer lo que necesita es que la besen hasta hacerle perder el sentido. Nada más.

—Tomo nota.

—Te voy a dejar, estoy muy cansada y necesito dormir.

—Buenas noches, peque. Y deja que te mimen, no te resistas.

—¡Como si pudiera! Buenas noches, Javi. Cuando soluciones tus asuntos, dímelo. Yo también he estado muy preocupada por ti todo este tiempo.

—Ese tiempo ya pasó; ahora todo irá bien para los dos.

—Sí, estoy segura.

—Un beso muy fuerte, nena.

—Otro para ti.

Después de colgar, se puso a leer un rato en la cama, sin temor a molestar a nadie con la luz encendida. No se dio cuenta de que se dormía y el libro caía de sus manos sobre el pecho.

Pablo apareció en sus sueños, sin que lo hubiera convocado. Su cara, su cuerpo macizo y su mirada penetrante. Al despertar no recordaba nada más que eso, ni sobre qué había tratado el sueño ni el entorno donde se había desarrollado. Solo él. Se despertó agitada y sin poder evitarlo se levantó y conectó el ordenador para comprobar si el sueño había sido algo premonitorio y tenía un mensaje suyo, pero no era así. La bandeja de entrada solo mostraba correos de trabajo y propaganda comercial.

Cuando volvió a la cama, decepcionada, se dijo que quizás debería tratar de ver a Pablo una vez más para cerrar una puerta de su pasado que no terminaba de encajar del todo, que para ella solo estaba entornada.

Le costó conciliar el sueño, indecisa, y con el corazón dividido entre las ganas de verle otra vez, y la promesa que le había hecho a su mujer de no volver a molestarle.

La mañana le trajo la fuerza de voluntad que necesitaba para no hacerlo.

María regresó contenta de su fin de semana con su padre. Cuando la abrazó le dijo que él le había explicado que ahora iba a tener dos casas, una con papá y otra con mamá, y dos cuartos. Y añadió que estaba contenta de tener dos cuartos. Miriam suspiró y agradeció a Ángel que se hubiera ocupado de explicarle a la niña la situación.

Eso la decidió a empezar a buscar un piso para María y para ella.

Miró en inmobiliarias, y acompañada de Susana recorrió pisos vacíos hasta que encontró lo que deseaba. Se decidió por uno que no estaba lejos del bufete, y cercano también a una guardería y a un colegio. Si iba a invertir en una vivienda, que fuera de forma definitiva. María, y también ella, necesitaban estabilidad para su vida.

Mientras recorría el piso con sus padres, observó que las ventanas eran antiguas y dejaban filtrar un poco del aire invernal. Habría que cambiarlas antes de que se mudasen, y una idea se empezó a abrir paso en su mente. Si había que hacer reformas, eso podría darle la excusa que necesitaba para ponerse en contacto con Pablo de nuevo, sin ponerse demasiado en evidencia.

El cambio de ventanas no necesitaba de la supervisión de un arquitecto, pero quizás suprimir una de las habitaciones, que en principio no necesitaba, sí.

Se decidió por el piso y comenzó los trámites para la compra.

Una mañana, Manuel se presentó en el despacho sin previo aviso.

—¡Hola! —saludó Susana a su sobrino—. No sabía que estabas en Sevilla.

Él la abrazó con fuerza.

—Llegué anoche en visita «sorpresa». ¿No escuchaste los gritos de alegría de mi madre? —bromeó

—. Me ha contado lo de Miriam y he venido a ver cómo está. Y a ofrecerle mis «servicios».

Desde pequeña había sido la niña mimada no solo de sus hermanos sino también de sus primos.

—A ver, Manuel, ¿qué servicios? Que eres muy bruto...

—Partirle las piernas al capullo con el que se casó. Si le ha puesto una mano encima de mala manera, lo voy a colgar por salva sea la parte de la bandera del Giradillo.

—No es el caso, Ángel no la ha maltratado, al menos físicamente.

—De todas formas, voy a asegurarme. ¿Está en su despacho?

—Sí.

Golpeó con suavidad la puerta y a continuación la entreabrió, asomando la cabeza por la rendija.

—¿Se puede?

—¡Manuel! ¿Qué haces aquí?

Este estrechó a su prima con fuerza, esa fuerza que le costaba controlar cuando abrazaba a alguien delicado.

—He venido a ver a mi prima favorita.

—Soy tu única prima.

—Pero si tuviera más, serías mi favorita, seguro.

—Qué zalamero eres. Las mujeres deben volverse locas contigo.

—No me quejo, pero no he venido aquí para hablar de mis posibles mujeres, sino de ti. ¿Qué pasó?

¿Por qué te has separado? A mí dime la verdad, si no se la has contado a tu familia. Yo sé cómo dar un escarmiento sin meterme en problemas —dijo guiñando un ojo.

Miriam sonrió.

—No hay que escarmentar a nadie, mi matrimonio no funcionaba y le hemos puesto fin. Nada más.

—¿No te ha maltratado de alguna forma?

—Solo a mi ego, pero se está recuperando a pasos agigantados. Tranquilo, Manuel, lo tengo todo controlado. El proceso de divorcio está en marcha, de mutuo acuerdo y de buen rollo.

—En ese caso, me quedo más tranquilo. Aunque te confieso que me hubiera gustado darle un par de collejas a ese imbécil que no ha sabido hacerte feliz.

Miriam miró las grandes y fuertes manos de su primo, que con el entrenamiento añadido debían de ser un arma letal.

—Horror me da pensar en lo que una colleja de esas manos puede hacer en una persona. Y más en Ángel, que es tan... blanducho.

—Puedo mandarlo fuera de la habitación, como mínimo —Rio—. Pero si se está comportando, yo lo haré también.

—Gracias. Me emociona que hayas venido.

—Ya te he dicho que eres mi prima favorita. Y ahora que está todo claro, ¿crees que tus jefes, esos de ahí fuera, te dejarán salir a tomar un café con un militar peligroso y hambriento? No he desayunado

todavía.

—Seguro que sí. Mi contrato dice que tengo media hora de desayuno, y si no lo respetan les puedo denunciar. Soy abogada.

—Vamos entonces.

Capítulo 21

Miriam agarró con fuerza la correa del bolso que colgaba de su hombro. Tenía los nudillos blancos por la tensión y las piernas de gelatina por los nervios mientras cruzaba la calle hacia el estudio de Pablo.

Desde que había decidido comprar el piso, su mente no había dejado de fantasear con la idea de buscarle y pedirle que se hiciera cargo de las reformas, aunque no se engañaba. Era una simple excusa para verle.

No pretendía interferir en su vida, solo deseaba averiguar sus propios sentimientos, y también si él era feliz en su matrimonio. Sabía que de no hacerlo estaría el resto de su vida preguntándose qué habría sido de él y qué sentía ella.

Le pidió a su madre que cuidara a María durante unas horas, y condujo hasta Huelva dispuesta a enfrentarse a su pasado, para poder dar carpetazo a algo que llevaba latente mucho tiempo.

Una vocecita en su interior le decía que debía haber llamado antes, que no debería presentarse sin avisar después de tres años, aunque tuviera la excusa de unas reformas que no necesitaba, pero que estaba dispuesta a hacer para que Pablo entrara de nuevo en su vida, aunque fuera solo de forma profesional. Pero la sola idea de que él no quisiera verla, de que le sugiriese otro estudio de arquitectura le resultaba aterradora. Necesitaba tenerlo frente a frente, tenía que averiguar qué sentía, tras mucho tiempo de verle como hombre en sus sueños y en su imaginación, algo que no le había sucedido durante el tiempo que duró su amistad. No sabía si ese cambio, que comenzó con un beso, se debía solo a la infelicidad de su matrimonio, a los recuerdos de la calidez de sus correos intercambiados y a la seguridad y confianza que siempre había sentido con él. Pero estaba dispuesta a averiguarlo, y eso solo podía hacerlo si le veía de nuevo. Aunque estuviera casado.

Con nerviosismo y sintiendo que el aire apenas entraba en sus pulmones, pulsó el timbre del estudio, situado en la planta baja de la vivienda. Aguardó nerviosa temiendo escuchar la voz de una mujer, pero fue la ronca y bien timbrada de Pablo la que respondió al portero electrónico.

—¿Sí?

Acercando la boca al micrófono, respondió:

—Pablo, soy Miriam... Miriam Figueroa —dijo con la boca seca.

Al instante la cancela se abrió. La empujó con cuidado y se encontró con él en la puerta del estudio, situada a la derecha de las escaleras que conducían a la vivienda. Vestía pantalón de traje, una camisa celeste con las mangas dobladas hasta el codo y una corbata negra aflojada sobre el cuello desabrochado de la misma. Tenía las gafas puestas, y desde detrás de los cristales, sus ojos oscuros la miraban intrigados. El corazón le empezó a latir con fuerza al observar la respiración algo agitada de él.

—Hola... —saludó nerviosa.

—Hola, Miriam —La voz de Pablo sonó acariciadora en sus oídos.

Por un momento la tensión flotó entre ambos, perdidos cada uno en la mirada del otro. Ella aguantaba

las ganas de echarse en sus brazos y él no podía apartar los ojos de su rostro, sin poder creerse que estuviera allí. Tres largos años sin verse, sin saber nada el uno del otro, no habían cambiado los sentimientos de Pablo y Miriam lo supo con aquella mirada. Tragó saliva antes de hablar, temerosa de que las palabras no le salieran. Temerosa también de ver a una mujer aparecer en lo alto de la escalera.

—Necesito... unas reformas en mi casa, y no conozco a nadie más capacitado que tú para hacerlas — dijo para justificar su visita.

Él asintió y bajó la vista, haciéndose a un lado para permitirle entrar al estudio. Miriam pasó a pocos centímetros de él sin rozarle, pero sintiendo su presencia y su calor a su lado. Le mostró el sillón para que se sentase y él lo hizo tras el escritorio, poniendo esa distancia entre ambos. Los ojos de Miriam se fueron hacia la mano que apoyaba sobre la mesa en busca de un anillo que no encontró, ni siquiera la marca de que hubiera estado ahí alguna vez, como le sucedía a ella. También se había quitado la alianza en el mismo instante en que presentó en el juzgado la solicitud de divorcio, pero una ligera marca blanca ocupaba su lugar.

—Te veo bien —dijo Pablo volviendo a clavar en ella esa mirada intensa que le hacía temblar las rodillas.

Miriam negó con la cabeza.

—No lo estoy —dijo con sencillez.

Él se inclinó sobre la mesa, apoyando los brazos en la superficie de madera para acortar la distancia y preguntó:

—¿Qué te ocurre? Si puedo ayudarte en algo, ya sabes que siempre puedes contar conmigo.

—Me estoy divorciando. Estoy a la espera de que el procurador nos cite para ratificar el convenio regulador, será cuestión de unos días. Lo estamos haciendo de mutuo acuerdo, sin dramas ni peleas pero, aun así, no es una situación agradable. No deja de ser un fracaso y yo... me he dejado la piel tratando de que funcionara, pero no ha podido ser. He comprado un piso, y necesita algunas reformas... por eso me he atrevido a molestarte. No conozco a nadie más que pueda hacerlo y tenga mi confianza.

—¿Qué pasó? —preguntó, ignorando la alusión a su trabajo—. ¿Quién ha tenido la culpa?

—No hay culpa —respondió sin querer hablar de esos tres años de infelicidad junto a un hombre que no la quería, que se casó con ella porque lo creyó lo más correcto cuando se quedó embarazada—, simplemente no funcionó desde el principio. Nunca debimos casarnos.

—Lo lamento.

Miriam se encogió de hombros.

—Son cosas que pasan, errores que se cometen. Por fortuna ahora no hay que cargar con ellos toda la vida y el divorcio te permite enmendarlos.

—Sí, así es. ¿Y la niña? ¿Cómo queda ella con la separación?

—¿Cómo sabes que tuve una niña? No hemos hablado desde aquella tarde... en la cafetería.

—He seguido consultando a tu padre en alguna ocasión, él me habló de su nieta, que lo tiene enamorado.

Miriam sonrió. Sabía la adoración de Fran por su hija.

—Yo tengo la custodia de María, y Ángel se la lleva los fines de semana, cuando no trabaja. Tiene horarios complicados y ambos estamos de acuerdo en que no queremos a su madre interfiriendo en la educación de nuestra hija, cosa que sucederá si debe ocuparse de ella mientras Ángel trabaja.

—Entonces las cosas entre vosotros están bien... a pesar el divorcio.

—Todo lo bien que pueden estar, sí. Tenemos una hija en común y no queremos que la separación le afecte más de lo necesario. A él no le gustó que yo quisiera divorciarme, pero lo terminó aceptando.

—Entonces fuiste tú...

—Sí, yo di el paso.

Los ojos de Pablo brillaron con intensidad.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Porque no era feliz. Ángel no supo darme lo que yo necesitaba, lo que yo esperaba de un matrimonio.

—¿Y por qué has tardado tanto tiempo en hacerlo? Tres años pueden hacerse muy largos cuando no se es feliz.

Miriam se mordió el labio. No podía decirle que porque él se había casado.

—Tenía que asegurarme de que hacía todo lo posible para salvar mi matrimonio, una vez que decidí contraerlo. Pero el día de la boda de mi hermano Sergio, los vi a él y a Marta tan felices después de convivir un tiempo juntos, se miraban como Ángel nunca me miró a mí, y también Hugo, otro de mis hermanos bailaba con Inés como si no hubiera nadie más en el mundo. Yo nunca me sentí así... al menos no con Ángel. Y decidí que era joven y que tenía derecho a disfrutar de lo que veía a mi alrededor: del amor, de la pasión y de la devoción de un hombre, todo lo que no tenía en mi vida.

Pablo alargó la mano y acarició el dorso de la de Miriam. Ella sintió un cosquilleo deslizarse por su espalda y respiró hondo.

—Lamento que hayas pasado por todo eso sola...

—Soy bastante introvertida y me cuesta hablar de mis problemas.

—Conmigo no lo eras. Tus *emails* estaban llenos de sentimientos, de la auténtica Miriam.

—Sí, contigo no me costaba hablar de mí misma... y al parecer sigue siendo así. Llevo aquí un buen rato contándote mi vida y aún no te he preguntado cómo te va a ti. ¿Eres feliz en tu matrimonio?

Pablo abrió mucho los ojos.

—No estoy casado —dijo.

Ahora fue Miriam quien se sorprendió.

—¿No? Pero ella dijo...

—¿Ella? ¿Quién?

—Te llamé un día... después de una situación especialmente mala... respondió una mujer a tu móvil, me preguntó quién era y al decirle mi nombre me respondió que eras su marido y que te dejara en paz. Y lo hice.

—Begoña —dijo en un susurró. A continuación, se levantó de la silla y rodeó la mesa hasta colocarse junto a Miriam, apoyándose contra el borde—. Después de tu boda, comprendí que nunca ibas a ser para

mí, que te había perdido y que tenía que seguir con mi vida. Yo estaba reformando la casa de su madre, no ocultaba su interés por mí, y me dejé querer. Incluso vivimos juntos unos meses, pero no funcionó. Antes de empezar nada con ella le hablé de ti, de lo que yo sentía y de que te habías casado y me ofreció consuelo. Empezamos una relación que duró un tiempo, pero luego se volvió celosa y posesiva; rastreaba mis llamadas, incluso me interrogaba acerca de mis silencios y mis pensamientos, y tuve que cortar. Nunca me casé con ella.

—Utilizó la palabra marido, eso lo recuerdo bien.

—Pues no lo era, nunca lo fui.

Se hizo un silencio hondo y pesado. La habitación pareció encogerse y se miraron a los ojos durante mucho tiempo.

—Volvemos a estar como al principio... —susurró Pablo con voz ronca y las manos apoyadas contra el borde de la mesa, para evitar la tentación de tocarla.

—No —respondió Miriam sin apartar la mirada de los ojos oscuros que la observaban con intensidad—. Ahora hay entre nosotros un beso que al principio no había. Un beso que no he podido olvidar...

Pablo tragó saliva con dificultad.

—Yo te sigo queriendo... —dijo.

—Yo no sé lo que siento por ti, aunque me gustaría averiguarlo. No eres un amigo sin más, de eso estoy segura. Pero estoy cerrando una relación complicada que me ha hecho muy infeliz y no me gustaría precipitarme. Necesito tiempo, Pablo.

—Todo el que quieras... —dijo alargando las manos hacia ella y haciendo que se levantara. Después le cogió la cara entre las palmas y la besó.

Cogida por sorpresa, como la vez anterior, al principio no supo reaccionar a su boca. A los labios que rozaban los suyos despacio, acariciándolos, ni a la lengua que se introdujo entre ellos en cuanto le fue posible. Pero cuando le sintió acariciar todos los rincones, una oleada de pasión se apoderó de ella y respondió al beso. Alargó los brazos, le rodeó el cuello y ladeó la cara para acceder mejor a la boca de él. Pablo dejó de contenerse y continuó besándola con el deseo acumulado durante tres largos años, lastimándole los labios y clavando las manos en sus mejillas para que no se separase. La besó una y otra vez, con un ligero intervalo para respirar antes de comenzar de nuevo, hasta que calmó el hambre de ella contenido desde hacía mucho tiempo.

Luego, se miraron con un brillo intenso en los ojos, y la respiración entrecortada.

—Para refrescarte la memoria —susurró.

Miriam sonrió.

—Sigo necesitando tiempo.

—Lo sé, y lo tendrás. Pero tenía que besarte... llevo demasiado tiempo deseándolo... de hecho creía que nunca más iba a hacerlo. No he podido contenerme, pero te prometo que de ahora en adelante lo haré. Comenzaremos de cero, si es lo que quieres.

—No es eso lo que quiero, sino seguir donde lo dejamos hace tres años. Y puedes seguir refrescándome la memoria de vez en cuando... soy olvidadiza —dijo con un brillo divertido en los ojos

y una sonrisa enorme.

—Cuenta con ello.

Le acarició la mejilla con el pulgar, ligeramente enrojecida por la presión de sus dedos.

—Lo siento, si te he hecho daño... pero la sola idea de que te apartaras de mí...

—No pasa nada... me ha encantado que me besaras así, con tanta pasión, con tanta devoción... No es algo a lo que esté acostumbrada.

—Te acostumbrarás, te lo prometo.

El timbre de la puerta les hizo separarse.

—Estoy esperando a unos clientes... No sé cuánto me llevará atenderles. Si quieres subir a mi casa y esperar allí a que termine...

—No, gracias, Pablo. Debo marcharme; he dejado a María con mi madre y quisiera estar allí antes de la hora de la cena.

—Como quieras... Te llamo esta noche.

—De acuerdo.

Él se inclinó y le rozó los labios, para a continuación acercarse a la puerta y abrir.

—Hasta luego.

Miriam caminó hacia el coche que tenía aparcado dos calles más adelante sintiéndose más feliz de lo que había sido en mucho tiempo. Todavía vibraba con los besos compartidos, con los sentimientos que Pablo le había mostrado y cerró los ojos rogando por que saliera bien. Por que pudiera enamorarse de aquel hombre que le removía hasta el alma cuando la besaba.

Condujo hasta Sevilla presa de una euforia que no podía ni quería contener. Cuando llegó a Espartinas encontró a su madre y a María haciendo unos puzles. Susana la miró y detectó el cambio operado en ella desde su salida unas horas atrás.

—María, cariño, ¿por qué no vas a buscar al abuelo y le dices que haga un puzle contigo? —dijo besando a la niña en el pelo—. La abuela y yo tenemos trabajo en la cocina.

—Sí, mami.

En cuanto salió de la habitación, Susana la invitó a sentarse en el sofá, a su lado.

—Intuyo que quieres hablar conmigo...

Miriam sonrió.

—Chica lista... ¿No me preguntas dónde he estado? Llevo fuera de casa toda la tarde y solo te dije al salir que debía resolver unos asuntos.

—Que a juzgar por tu aspecto deduzco has resuelto bien.

—Muy bien. ¿Tanto se me nota?

—Sí, cariño. Traes un brillo en la mirada que hace mucho tiempo no te veía, además de una sonrisa radiante.

—He ido a Huelva, a ver a Pablo.

—Pablo Solís.

—Sí. No pareces sorprendida.

—Un poco sí lo estoy, pero no conozco a ningún otro Pablo que viva allí. Sé que hubo un tiempo en que os veíais cuando él venía a Sevilla, pero pensaba que se trataba de una relación de amistad y no demasiado profunda.

—Fue muy profunda, aunque no pasó de amistad. Al menos, no mientras duró. Intercambiamos larguísimaos correos durante más de año y medio y nos llamábamos por teléfono con frecuencia. Para mí era un amigo sin más... hasta que le dije que iba a casarme. Unos días antes de la boda vino a verme y me dijo que estaba enamorado de mí. En ese momento empecé a verle como hombre, sobre todo porque me besó y me hizo sentir cosas que jamás había sentido antes. Fui una cobarde y no quise detener la boda para averiguar qué sentía por él. Estaba tan convencida de amar a Ángel... y aquel beso me dejó tan confundida, que no supe qué hacer. Decidí seguir adelante con los planes y Pablo y yo rompimos todo contacto. Puse todo de mi parte para que mi matrimonio funcionara, te lo juro.

—No me cabe ninguna duda, cariño.

—Pero la soledad y la frustración le trajeron de nuevo a mi mente. Echaba de menos sus largos escritos, sus llamadas, su amistad. Un día, llena de desesperanza y convencida de que mi relación con Ángel no funcionaba, le llamé, y me respondió una mujer que dijo ser su esposa. De modo que acepté que había perdido mi oportunidad y volví a intentar salvar mi matrimonio con más ahínco que antes.

—No se puede salvar una relación cuando es solo una parte la que lo intenta.

—Lo sé. Ayer decidí ir a verle con la tonta excusa de hacer unas reformas en el piso que he comprado. Solo para verle, para saber de él. Esperaba encontrarle casado, feliz... pero necesitaba saber qué sentía yo. Durante los dos últimos años he pensado en él, en lo que podría haber sido si yo hubiera esperado y no me hubiese casado con tanta precipitación.

—¿Y...?

Miriam esbozó una sonrisa más radiante aún.

—No está casado. Aquella mujer me mintió porque estaba celosa de mí. Mantuvieron una relación que ha terminado ya.

—¿Y eso significa...?

—Que Pablo y yo vamos a retomar las cosas donde las dejamos y averiguar qué pasa. Quería que lo supieras porque con toda seguridad le verás por aquí de vez en cuando.

—Será bienvenido.

—Gracias, mamá. Vamos a ir despacio, yo todavía estoy afectada por el divorcio y no quiero precipitarme. Pero estoy decidida a darle una oportunidad, a no dejar pasar este tren sin averiguar a dónde me lleva.

—Me alegro muchísimo, Miriam. Pero solo el ver de nuevo esa sonrisa en tu cara y ese brillo en tu mirada, me dice que vale la pena intentarlo.

—De momento solo se lo voy a decir a Marta... y a vosotros, claro.

—Somos una tumba.

—Gracias, mamá —dijo abrazándola—. Es hora de darle la cena a María.

—Vamos a la cocina.

Dos horas más tarde, y después de haber cenado y acostado a la niña, Miriam se sentó ante el ordenador como cada noche y abrió el correo. Pablo había prometido llamarla, y se dispuso a ocupar el tiempo mientras esperaba.

Su sonrisa se amplió al encontrar un correo suyo enviado aquella tarde, hora y media después de que se despidieran. Con el corazón golpeando furioso en el pecho, lo abrió.

«Mi preciosa y queridísima Miriam:

Sé que he prometido llamarte esta noche, y lo haré, pero no he podido resistir la tentación de escribirte ahora, la espera se me hace demasiado larga.

Lo sucedido esta tarde ha sido tan inesperado, que todavía no acabo de creérmelo. Ni te imaginas lo que sentí al escuchar tu voz al otro lado del portero electrónico, apenas a unos metros de mí. Dijiste tu apellido como si yo no fuera a reconocerte, como si te hubiera olvidado. Ni por un momento. Lo intenté durante mi relación con Begoña, pero no lo conseguí. Empecé a salir con ella por despecho, no voy a negártelo, y no me siento orgulloso. Ahora todo acabó, y la vida, bendita sea, te vuelve a poner de nuevo en mi camino.

Sé que has sufrido estos tres años, pero te mentiría si te dijera que lo siento. Yo solo puedo alegrarme por ello porque eso te ha traído de nuevo a mí. Ten la seguridad de que haré lo que esté en mi mano para borrar esos malos momentos de tu vida, la tristeza de tus ojos y el dolor de tu corazón.

Estoy aquí, Miriam, y he venido para quedarme. Soy consciente de que aún tú debes averiguar lo que sientes por mí, y aunque decidas que es solo amistad, yo no voy a volver a salir de tu vida, seguiré ahí, aunque sea como un amigo, sin más. Estos años sin tus correos, sin verte ni escuchar tu voz han sido un auténtico infierno. Tanto que he inventado alguna duda legal para llamar a tu padre porque él siempre me daba algún indicio de tu vida. Por él supe que nació María, que te estás convirtiendo en una abogada de éxito, algo que nunca dudé, y que en general te iba bien. De haber sabido que no era así, te hubiera llamado mucho antes.

Te quiero, Miriam. El verte esta tarde ha hecho aflorar todo lo que llevo callando desde que te conozco, y no quiero seguir ocultándolo, sientas tú lo que sientas por mí. Prométeme que eso no va a ser un impedimento en nuestra relación, sea del tipo que sea. Aunque yo voy a seguir refrescándote la memoria para conseguir que te enamores de mí; recuerda que me has dado permiso.

Te llamo en un rato.

Te quiero,

Pablo».

Miriam se sentía eufórica después de leer el correo. Miró el reloj y comprobó que eran las once y media, una hora perfecta para una conversación nocturna, de modo que cogió el móvil y le llamó ella. Aunque en su momento borró el contacto para evitar la tentación de llamarle, el número permanecía en su memoria.

—Buenas noches —saludó cuando Pablo respondió al segundo timbrazo—. Acabo de leer tu correo.

—No me he podido resistir. Lo he echado tanto de menos...

—Me has emocionado... No se me había ocurrido que pudieras escribirme. He perdido la costumbre de abrir el correo al llegar a casa... durante este tiempo, todos los mensajes podían esperar.

—Los míos también pueden.

—Lo sé, pero yo quiero leerlos en seguida. Otra cosa es a la hora de responderte, para eso siempre he necesitado la paz y tranquilidad que me transmite la noche.

—Yo también.

—Prometo responderte en cuanto acabemos de hablar.

—Esperaré despierto hasta recibirlo.

—Puede tardar... soy lenta escribiendo.

—Merecerá la pena. Lamento que tuvieras que marcharte de una forma tan repentina; cuando apareciste olvidé que tenía concertada una cita.

—Sé que debí llamar antes, pero... quería verte. A pesar de que pensaba que estarías casado, necesitaba verte.

—Para encargarme una reforma.

—Es cierto que estoy en trámites de comprar un piso, pero la reforma no es imprescindible. Necesitaba una excusa para aparecer de nuevo en tu vida.

Por un momento se hizo el silencio entre los dos.

—¿Y si hubiera estado casado?

—Te habría encargado las obras... y después hubiera desaparecido de nuevo. No soy de las que destrozan matrimonios, Pablo.

—Por fortuna los dos somos libres.

—Sí. A mí me faltan aún unos trámites del juzgado.

—No estoy hablando de papeles, me basta con que lo esté tu corazón.

Miriam sentía las cálidas palabras de Pablo colarse muy dentro de ella.

—Nunca pensé que fueras capaz de decir esas cosas... no te imaginaba tan romántico.

—Porque tenías novio, y yo respetaba eso. Callaba todo lo que de verdad quería decirte, solo lo dejé salir cuando me contaste que te casabas y tuve la certeza de que te perdería. Tardé dos días en decidir si hablarte de mis sentimientos o limitarme a felicitarte por tu boda y continuar siendo tu amigo. Pero me dije, aún a riesgo de perturbarte, que si no aprovechaba aquella ocasión, no tendría otra.

—Ahora la tienes.

—Sí, y estoy muy feliz por ello.

—Yo también.

—Me gustaría ir a verte esta semana, y echarle un vistazo a las reformas que pretendes hacer. Es posible que sí sean, si no necesarias, al menos convenientes. Como ves, yo también sé buscar excusas para verte.

—Me encantará hablar contigo de las obras.

—Tengo libre la tarde del jueves, ¿cómo te viene a ti?

—Perfecto, puedo tomarme libre la tarde que quiera.

—Hasta el jueves, entonces.

—Hasta el jueves, Pablo.

Cuando cortó la comunicación, Pablo permaneció un rato mirando el teléfono, como si allí pudiera atrapar la imagen de Miriam, aunque no hacía falta. En ningún momento esta se había borrado de su mente. Su sonrisa franca, sus espectaculares ojos pardos y su precioso cuerpo, seguían tan vivos en su memoria como la mañana en que se despidieron. También sus labios, y el sabor de ese beso del pasado que había revivido aquella tarde.

Miriam... Pronunció su nombre bajito, acariciándolo con la voz, tal como había soñado tantas veces preferirlo en la intimidad. Miriam... Su Miriam. El amor de su vida había vuelto a él y esta vez no iba a dejarla escapar. Iba a darle lo que ningún otro hombre le había dado: amor, pasión, su cuerpo y su alma. Haría que se enamorase de él tanto como él lo estaba de ella.

Acariciando esos sueños, se durmió, con la esperanza de que un día ella se durmiese a su lado.

Capítulo 22

Desde la misma noche de su reencuentro los correos electrónicos se habían reanudado entre ambos, cada vez más largos, cada vez más íntimos. Pablo no ocultaba sus sentimientos y Miriam se sentía ilusionada y feliz como una jovencita, esperando impaciente a que María se durmiese para escaparse a su habitación y leer el anhelado mensaje. Cada vez, al terminarlo, se preguntaba cómo había podido estar tres años sin ellos.

Aquel miércoles, la noche anterior a su encuentro con Pablo, no esperaba ningún correo, por lo que se sintió agradablemente sorprendida cuando encontró uno en el buzón de entrada.

«Hola, preciosa:

Sé que falta poco para verte otra vez, y aquí, a mis treinta y seis años..., ¿querrás creerte que estoy contando las horas? Como si fuera un adolescente.

Esta semana he llegado a casa cada día con la esperanza de saber de ti, y no me has defraudado, siempre tenía un correo tuyo para alegrarme la noche. A pesar de que me encanta llamarte y escuchar tu voz, esos emails me llegan al alma porque sé que te vuelcas en ellos, y son los que me permitieron conocerte y enamorarme de ti.

Aún me cuesta creer que hayas vuelto a mi vida, después de estos años de soledad. ¿Te he contado ya cuánto te eché de menos durante ese tiempo? Sí, seguro que sí, pero por mucho que te lo diga no podrás hacerte una idea de lo que suponía para mí abrir el correo y no tener noticias tuyas.

Sé que yo te lo pedí, cortar todo tipo de comunicación, pensando que así podría olvidarte. ¡Qué ingenuo! Jamás lo conseguí. Tu recuerdo ha seguido conmigo durante todo este tiempo, atesorado como una de las mejores cosas que me ha brindado la vida, aunque pensara que te había perdido.

Y el mayor regalo ha sido volverte a recuperar. Mañana iré a verte y es un día especial, algo así como nuestra primera cita, ¿verdad? Estoy impaciente por volver a ver tu cara, escuchar tu voz. Ya faltan solo unas horas y espero que tú estés tan impaciente como yo.

Soñaré contigo esta noche, amor mío.

Te quiero,

Pablo».

Miriam sonreía feliz cuando terminó de leer. Pinchó en responder y comenzó a escribir a su vez.

«Hola, Pablo:

También yo estoy contando las horas para verte, no tengas dudas de eso ni de lo mucho que te he echado de menos estos años, porque no he dejado de pensar en ti. No me siento orgullosa de ello, intenté relegarte al pasado, pero no lo conseguí. En mi disculpa debo decir que siempre lo hacía en momentos duros y difíciles. ¡Ha habido tantos en los que hubiera querido apoyarme en tu hombro y dejar que me consolaras, como hiciste cuando mi hermano Sergio desapareció! Casi he gastado la cubierta de tu libro de tanto acariciarla, y me sé de memoria la dedicatoria que escribiste en él.

El día que creí que te habías casado fue uno de los más duros de mi vida. Me puse en tu piel aquel día en la cafetería, cuando yo te anuncié mi boda y supiste que me ibas a perder. Tu mirada desesperada me ha acompañado durante estos años, sin que pudiera evitarlo. También tu beso.

Sé que debí hacer caso a lo que me hiciste sentir aquel día, pero estaba tan convencida de amar a Ángel, que no quise cambiar los planes y darte una oportunidad. No me arrepiento, de los errores se aprende y este tiempo de desamor y soledad me hace apreciar más todo lo bueno que puedas traer a mi vida. La ilusión que ya has traído.

Yo también me siento como una adolescente que aguarda su primera cita.

Espero con impaciencia verte mañana.

Miriam».

Después de enviar el mensaje, se acostó pensando en que Pablo y ella se verían al día siguiente con la excusa de las reformas de su futura vivienda.

Tal como habían quedado, Pablo se desplazó hasta Sevilla para reunirse con Miriam, con el fin de evaluar las posibles reformas a realizar en su piso. Habían decidido encontrarse en la cafetería donde se vieron por última vez antes de la boda de ella, como si esos tres años no hubieran transcurrido.

Al pasar por el salón para despedirse de su madre, esta la miró complacida.

—Estás guapísima, cariño.

—¿Se nota mucho que me he arreglado con esmero?

Susana lanzó una carcajada.

—Un poco. Pero es lo normal, tienes una cita.

—En teoría vamos a ver un piso vacío para cambiarle las ventanas y eliminar un dormitorio.

—Esa es la teoría, pero ambas sabemos que en la «práctica» las cosas son muy diferentes.

Miriam lanzó una risita.

—Sí, lo son. Me voy o llegaré tarde. Estaré aquí para la hora del baño de María.

—Si te retrasas, aún recuerdo cómo se baña un crío.

—Estaré a tiempo; no quiero que lo que pueda tener con Pablo interfiera en mis obligaciones como madre.

—Deja de sentirte culpable por vivir, Miriam. Disfruta, la niña estará bien atendida en tu ausencia.

—No tengo la menor duda de eso.

—Pues no tengas prisa.

Tras despedirse de ambas con un beso, salió de la casa y se dirigió a la cafetería donde debía reunirse con Pablo.

Hacía tres años que no pasaba por allí, de forma inconsciente la había estado evitando, pero tras echar un vistazo al interior comprobó que todo estaba tal como lo recordaba: la barra, la mesa apartada donde se habían sentado..., y los recuerdos afloraron sin que pudiera evitarlos.

A los pocos minutos de aguardar en la puerta apareció Pablo. Vestía un pantalón vaquero, jersey de

cuello vuelto y cazadora. Traía el pelo algo revuelto, como si el viento lo hubiera alborotado, y un mechón le caía sobre la frente. Miriam sintió algo intenso agitarse en su interior mientras le veía acercarse, con paso decidido, hacia ella. En aquel momento la cojera era imperceptible.

—Hola —saludó inclinándose a besarla en la mejilla. Miriam era una mujer alta, pero él le sacaba media cabeza—. ¿Hace mucho que esperas?

—No, acabo de llegar. ¿Quieres tomar algo?

—¿La casa tiene electricidad?

—Creo que todavía no, al menos yo no la he contratado.

—En ese caso es mejor ir a verla en primer lugar —aconsejó—. Luego podemos tomar algo, sin prisas.

—Vamos, entonces. Usaremos mi coche, está un poco lejos para ir andando.

Pablo la siguió hasta la calle paralela donde Miriam había aparcado y se acomodó en el asiento del copiloto. Una extraña tensión se había apoderado de ellos, que Pablo rompió preguntando sobre la vivienda que iban a ver.

—¿Qué tenías pensado hacerle al piso?

—Me gustaría aislarlo con ventanas de doble cristal y quizás eliminar uno de los dormitorios para hacer más grandes los otros dos. Hay cuatro habitaciones, además del salón, pero María y yo no necesitamos tanto espacio. Con un dormitorio para cada una y un despacho para mí es suficiente.

—¿No te interesa una habitación de invitados?

Miriam apartó por un momento la vista del intenso tráfico y le miró, tratando de averiguar si había segundas intenciones en su pregunta.

—No se me había ocurrido que pudiera tener invitados. Cuando algún familiar viene a Sevilla siempre se aloja en casa de mis padres. Pero quizás tengas razón, una habitación más siempre puede ser útil.

Por un momento Miriam se imaginó a Pablo durmiendo en esa habitación adicional y sintió que el estómago se le encogía con un sentimiento de excitación.

Él pareció adivinarle el pensamiento.

—Siempre puedes verte obligada a alojar a algún amigo.

—Sí, eso es verdad. Creo que no tocaré la habitación. Lo que sí necesito es un despacho, para trabajar desde casa en caso de que algún día no pueda acudir al bufete. María se acatarra con facilidad y a veces debo quedarme en casa con ella, pero gracias a Internet puedo continuar trabajando desde casa.

—Es una suerte ser tu propio jefe.

—Lo es, sobre todo cuando tienes niños pequeños.

—Me gustaría conocer a tu hija.

—Más adelante. En este momento hay demasiados cambios en su vida, Pablo.

—¿Cómo lleva el divorcio? —preguntó con interés.

—Bien. Es muy pequeña, solo tiene tres años recién cumplidos, y no entiende de separaciones. No ha extrañado que ya no vivimos juntos. Cuando pregunta por papá, llamo a Ángel y se acerca a verla un rato después del trabajo. También está con él la mayoría de los fines de semana.

—Entonces la relación entre vosotros sigue siendo cordial.

—Sí, nunca ha dejado de serlo. No ha habido ningún drama en nuestra separación, simplemente él no me daba lo que yo necesito de una pareja, lo que estoy acostumbrada a ver en mi familia. Mis padres se adoran, a pesar de los años que llevan juntos.

—Cada pareja es diferente, Miriam, no esperes repetir la relación de tus padres.

—Lo sé y no lo pretendo. Mis hermanos son diferentes a mis padres y su relación con sus respectivas chicas también, pero en todos veo algo en común... a todos se les iluminan los ojos cuando se miran. Yo nunca he visto eso en la mirada de Ángel y, si lo he visto, hace ya tanto tiempo que ni me acuerdo.

Pablo alargó la mano y acarició la que Miriam reposaba sobre el volante. El pulgar se deslizó sobre el dorso y alcanzó la muñeca. Una sensación cálida se apoderó de ella y cuando se detuvieron en el siguiente semáforo, giró la cara y le miró. Se encontró los ojos oscuros clavados en ella con fijeza. Como la miraba en la playa muchos años atrás. Como ella quería ser mirada. La respiración se le agitó y un ligero suspiro salió de su boca. Tuvo la certeza de que, si no hubiera estado conduciendo, Pablo la estaría besando en aquel momento.

El semáforo cambió y Miriam arrancó de nuevo. La mano de él volvió a su regazo.

—La otra tarde en mi estudio me dijiste que te habías decidido a llamarme después de una experiencia mala. ¿Puedo preguntar qué pasó?

Miriam tragó saliva. Era algo tan íntimo y había sido tan humillante para ella que por un momento dudó si contárselo; pero luego pensó que debía sacárselo de dentro, que Pablo tenía derecho a saber qué había motivado que se decidiera a poner fin al distanciamiento que ambos habían acordado cuando ella se casó.

Habían llegado y Miriam detuvo el coche en la plaza del aparcamiento subterráneo que le correspondía. No le miró cuando empezó a hablar, sino que mantuvo la vista clavada en el frente, en la pared blanca que tenía delante.

—Ángel apenas me ha tocado en todo este tiempo. Dejó de hacerlo tras la noche de bodas y durante meses dormía o se hacía el dormido cuando yo entraba en la cama. Al principio pensaba que mi cuerpo hinchado y deforme por el embarazo era el culpable de su actitud, pero esta no cambió cuando di a luz y recobré mi figura habitual. Una noche, cuando ya María tenía unos meses decidí tomar la iniciativa y me compré un camisón sexi... Iba dispuesta a todo, pero no funcionó. Me ignoró incluso cuando traté de despertarle... aunque yo sabía que no dormía. Esa noche volviste a mi mente... Me permití a mí misma abrir el compartimento de mis recuerdos donde te había recluido, sin sentir que traicionaba a Ángel. Varios días más tarde fue él quien propició que mantuviéramos relaciones. Yo creí que al fin las cosas se iban a solucionar, pero... fue todo tan frío, tan aséptico... me sentí como un mendigo al que arrojan una limosna que apenas es suficiente para comprar un trozo de pan. Para mí, las cosas en vez de solucionarse empeoraron mucho esa noche. Al día siguiente te llamé decidida a recobrar al menos al amigo. Pero me hicieron creer que te habías casado y con mucha amabilidad me sugirieron que no volviese a telefonar.

La voz le tembló por los recuerdos y de pronto sintió los dedos de Pablo agarrar su barbilla para hacerle girar la cabeza. Esperaba encontrar una mirada intensa, de lástima quizás, pero en lugar de eso se encontró con la boca de él sobre la suya.

La besó con ternura al principio, rozado apenas su lengua con la de él, ligeros toques suaves y sensuales para ir profundizando el beso a medida que ella respondía. Al final acabaron devorándose la boca uno al otro con una pasión de la que ninguno era consciente.

Cuando se separaron, los dos estaban sin aliento.

—Jamás me habían besado como tú lo haces... —dijo Miriam jadeante.

—Quizás porque nadie ha sentido por ti lo que yo siento.

—Pablo, yo...

—Sé que tú no lo tienes claro, que necesitas tiempo, pero yo no voy a seguir ocultando mi amor por ti.

Ya lo hice demasiado tiempo por respeto a la relación que mantenías, pero esa relación ya no existe y yo voy a expresarte una y otra vez lo que me haces sentir. Con palabras... y con besos —añadió con una sonrisa divertida—, porque me has dado permiso para ello. Y mientras no lo retires, voy a seguir besándote siempre que se presente la ocasión.

Miriam sonrió feliz.

—Sigues teniéndolo... el permiso, quiero decir. Respecto a mi relación... pronto seré una mujer libre, ya tengo fecha para ratificar el divorcio.

—¿Ratificar el divorcio? ¿De qué se trata?

—Presentada la demanda y el convenio regulador con las condiciones estipuladas por cada parte, debemos acudir al juzgado citados por el procurador para leer y ratificar nuestra decisión de poner fin al matrimonio. Una vez hecho, en poco tiempo el juez suele dictar la sentencia y yo seré una mujer libre. Hemos sido convocados el viernes de la semana que viene, así que solo es cuestión de poco tiempo que el divorcio sea efectivo.

—¿Es importante para ti que lo sea? ¿Quieres que deje de besarte hasta entonces? —preguntó con el ceño fruncido, pero dispuesto a acatar su deseo, si ella se lo pedía.

Miriam negó con la cabeza. De repente, los besos de Pablo le resultaron vitales y no quería renunciar a ellos.

—Es solo un papel. Yo ya me siento más que divorciada.

—Me alegro —dijo con una sonrisa—. Ahora será mejor que veamos esas reformas, o nos quedaremos sin luz.

Bajaron del vehículo y se adentraron en el ascensor que los llevó hasta la tercera planta.

El piso era espacioso y lleno de claridad. Pablo no tuvo ningún inconveniente en imaginarse a Miriam viviendo allí, observando su silueta recortada contra la ventana.

—Te va.

Ella se giró hacia él.

—¿Qué es lo que me va?

—El piso. Es amplio, sencillo, sin recovecos. Claro y luminoso, como tú.

A pesar de considerarse una mujer hecha y derecha, no pudo evitar sonrojarse ante el cumplido. Si le hubiera dicho que era una belleza, no se habría sentido más halagada.

Para cambiar de tema, se dirigió a las ventanas y tocó el marco con la yema de los dedos.

—¿Qué opinas de ellas?

—Pienso como tú, que deberías cambiarlas. Un buen aislamiento es importante tanto por la temperatura como por el ruido. ¿Cuál es la habitación que quieres eliminar?

Miriam abrió una de las puertas.

—Esta... aunque ya no lo tengo tan claro. Quizás sí necesito una habitación de invitados —Sonrió.

—Tú decides. Me gustaría ver la cocina.

Entraron en una habitación cuadrada y no demasiado grande, parcialmente amueblada.

—¿Vas a conservar esto?

—De momento, esa era la idea. Más adelante quizás la cambie.

—Hacer reformas en una casa habitada no es muy aconsejable y menos si hay niños. Si vas a cambiarla, hazlo ahora.

—Estoy bien con mis padres, pero me gustaría mudarme lo más pronto posible. No quiero que María se habitúe demasiado antes de volver a trastocarle su mundo.

—Puedo hacer las dos reformas a la vez, no te alargará demasiado el tiempo de espera. Pero estos muebles —dijo apoyándose en la encimera— no te van a aguantar demasiado. Si es por el dinero, puedo prestártelo.

Miriam negó con la cabeza.

—El dinero no es problema, y si lo fuera acudiría a mis padres.

—Bien, entonces tomaré medidas y te presentaré varios proyectos. Conozco una empresa de diseño de cocinas y nos hará un buen precio.

Miriam se sintió feliz al escuchar ese «nos» que los incluía a ambos.

Metro en mano, le vio tomar medidas de la cocina y de las ventanas y anotarlas en un cuaderno. Después, y ya casi a oscuras, salieron de la vivienda.

—¿Tienes prisa? —preguntó Pablo mientras se dirigían hacia el coche.

—Quisiera estar en casa para la cena de María, pero aún dispongo de un rato.

—¿Tomamos algo?

—Me encantaría.

Regresaron a la cafetería, en cuyos alrededores Pablo había dejado su coche, y se acomodaron en una mesa.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó Pablo mientras le daba un sorbo a su café.

—No había vuelto desde la última vez que estuve contigo. De hecho, ni siquiera he pasado por la puerta. Ya te he dicho que he tratado de enterrar tu recuerdo durante este tiempo.

Él miró a su alrededor.

—No ha cambiado nada.

—Te equivocas, ha cambiado todo.

—Hablabas de la cafetería.

—Ah. Estos locales clásicos no acostumbran a reformar la decoración. Aunque no suelen tener mucho

público, a mí me gustan precisamente por eso, porque puedes hablar con tranquilidad.

—Sí, es cierto.

—¿Te ha gustado mi piso, entonces?

—Sí. Como ya te he dicho, va con tu forma de ser.

—Lo he escogido porque está cerca del bufete y además tiene guardería y colegio en los alrededores.

Cuando se tienen niños eso es primordial si no quieres pasarte el día en el coche.

—Sí, lo supongo.

—Pablo... —Miriam decidió abordar un tema que había empezado a rondarle por la mente un par de días atrás—. Tengo una hija. ¿Supone eso un problema para ti?

—¿Te he dado a entender alguna vez que lo fuera? Cuando hace tres años me dijiste que ibas a casarte porque estabas embarazada, yo te ofrecí criar a tu hija como si fuera mía. Solo como si fuera, porque por fortuna tiene a su padre y yo nunca voy a intentar ocupar su puesto. Pero ten por seguro que, si llegamos a mantener la relación que yo deseo, voy a querer a tu hija, a cuidarla y a entender el lugar primordial que ella ocupa en tu vida.

La mirada de Miriam brilló emocionada.

—Para mí el bienestar de mi hija es lo primero.

—Lo sé, y te aseguro que yo no voy a intentar cambiar eso.

Alargó la mano sobre la mesa y acarició la de ella. El leve cosquilleo que se extendió por el brazo de Miriam la hizo desear más, pero el reloj avanzaba inexorable. Las casi tres horas que llevaba en compañía de Pablo se le habían pasado en un suspiro.

—Gracias —miró el reloj y susurró—. Ahora tengo que irme o no llegaré a tiempo para bañarla y darle la cena. No quiero que nada interfiera en sus rutinas, y puesto que no está conmigo durante los fines de semana, procuro dedicarle todo el tiempo posible el resto de los días.

—Por supuesto —dijo Pablo apurando su café.

—Ha sido estupendo pasar este rato contigo. ¿Cuándo volvemos a vernos?

—¿Te parece bien a principios de la semana próxima? Intentaré tener algunos presupuestos para tu reforma.

—De acuerdo.

—Se me va a hacer larga la espera. Pero este fin de semana debo ir a Ayamonte a ver a mis padres, hay celebración familiar; en caso contrario vendría a pasar un rato contigo.

—No te preocupes... nos vemos la semana que viene.

Pablo levantó la mano, que no había soltado la de Miriam, y se la llevó a los labios, reteniéndola allí. El leve roce llenó de júbilo el corazón de ella, sus miradas se encontraron y se dijeron muchas cosas en esos breves segundos.

—Intentaré que sea el lunes. ¿Podrás?

—Sí.

—Hasta el lunes, entonces —dijo soltándola y levantándose de la mesa. Miriam le imitó y, tras pagar las consumiciones, salieron de la cafetería y se dirigieron a sus respectivos vehículos.

Capítulo 23

Pablo relejó una vez más el email que Miriam acababa de mandarle.

«Hola, Pablo:

Solo responder brevemente a tu correo porque mañana debo estar muy temprano en el juzgado. Como ya te expliqué, el procurador nos ha citado a Ángel y a mí para ratificar el divorcio a primera hora. Mi madre se ha ofrecido a venir conmigo, pero he rechazado su oferta, porque siento que esto es algo que debo hacer sola.

No sé cómo me siento al respecto, un poco extraña quizás por cerrar definitivamente una etapa de mi vida que ha durado mucho tiempo, y que abarca toda mi relación con Ángel; pero, por otra parte, tengo el corazón ligero por lo que la vida me brinda en el futuro. ¡No me entiendo ni yo misma, de modo que no espero que lo hagas tú! Solo quería contártelo, porque hablar contigo siempre calma mis dudas y me da ánimos para afrontar cualquier cosa.

Sé que lo que debo hacer mañana no será fácil, he visto más de una vez a clientes entrar enteros al juzgado y derrumbarse ante el documento que tiene que firmar. A mí no me va a suceder eso, por supuesto, porque soy yo quien lo ha querido, pero sí me va a resultar un poco triste poner fin a algo que ha formado parte de mi vida durante mucho tiempo.

No quiero que te sientas mal por mis palabras, no tienen que ver contigo y con lo que estamos empezando a tener. Lo nuestro me hace mucha ilusión, pero cuesta romper con el pasado, aunque no haya sido todo lo feliz que debiera.

Quizá no debería hablarte de esto, pero me resulta imposible no hacerlo. Me he acostumbrado tanto estas últimas semanas a volver a contarte todo lo que me sucede, a que siempre estés ahí, que no concibo pasar por esa experiencia sin decirte cómo me siento.

A partir de mañana, solo tú estarás en mi vida, pero esta noche me estoy permitiendo sentir un poco de nostalgia.

Y ya no continúo porque me estoy poniendo demasiado sentimental. Me voy a dormir que mañana será un día difícil.

Te llamo cuando salga del juzgado, y gracias por estar ahí.

Te quiere,

Miriam».

Permaneció un largo rato contemplando la pantalla. Claro que la entendía, poner fin a una etapa nunca es fácil y Miriam era una mujer sensible y tierna. Pensó en cuánto le gustaría estar con ella en aquel momento, acunarla en sus brazos y calmar a besos su pesar y su sentimiento de fracaso. Pero no era posible, debía tener paciencia y darle el tiempo que necesitaba para cerrar sus heridas y conseguir que se enamorase de él, de la misma forma total en que él lo estaba de ella.

Cada vez tenía más claro que acabaría por conseguirlo. Cuando le miraba, sus ojos reflejaban mucho

más que amistad; cuando la besaba, respondía a sus besos con un ardor que le hacía muy difícil contener las ganas de ir más allá. Pero no iba a precipitarse. Todo sucedería cuando tuviera que suceder, por mucho que él soñara cada noche con tenerla en sus brazos y en su cama, para amarla como se merecía. Para darle todo lo que aquel papanatas con el que se casó no había sabido darle.

También tenía claro que no iba a dejarla sola al día siguiente. Aunque no acudiera con ella al juzgado, iba estar ahí.

Sentada en la antesala del juzgado de familia, Miriam contemplaba la máquina expendedora de refrescos con expresión ausente. En breves minutos Ángel y ella entrarían a ratificar el divorcio, el último trámite antes de que el juez dictara la sentencia que los convertiría de nuevo en personas libres.

Miraba al que aún era su marido ante la ley sentado impassible junto a ella, a ese hombre que había formado parte de su vida durante años y del que estaba a punto de separar su camino para siempre.

No sabía qué sentía al respecto, no era pena ni dolor, pero sí un poco de tristeza por no haber conseguido sacar adelante su matrimonio, esa familia que habían creado y que había hecho aguas desde el comienzo. No bastaba una ceremonia ni una hija en común para crear una familia y ella lo sabía bien, porque creció en una de verdad y era algo muy diferente a lo que habían tenido Ángel y ella.

Él pareció leerle el pensamiento, porque preguntó pesaroso.

—Me culpas a mí por esto, ¿verdad?

Miriam suspiró.

—No quiero hablar de culpables; dejémoslo en que no funcionó.

—Pero piensas que yo no puse de mi parte todo lo que debía.

—Quizá no; y tal vez yo debí ser más firme y no casarme con tanta precipitación, sino habernos ido a vivir juntos antes de dar el paso, pero ya no tiene remedio. Ahora lo importante es que María no sufra más de lo necesario.

—Por mi parte no sufriré. Aunque nos separemos voy a estar ahí para ella.

—Lo sé —dijo, y confiaba en no equivocarse. Demasiadas veces había visto en el bufete a padres comprometerse y jurar lo mismo que ahora afirmaba Ángel, y a medida que pasaba el tiempo se desentendían de sus hijos tanto en lo económico como en lo afectivo.

La puerta del despacho se abrió y el procurador nombró a Miriam. Esta entró en una habitación espaciosa y tomó asiento en un extremo de la mesa que le indicaron. Sobre la misma estaba el convenio regulador que había redactado semanas atrás y que Susana, en calidad de su representante legal, presentara en el juzgado. Lo leyó y tras comprobar que se trataba del mismo, estampó su firma al final del documento. Esa rúbrica puso fin a tres años de matrimonio y cinco más de relación. Ocho años de su vida enterrados para siempre. La sensación de tristeza y de fracaso la golpeó con fuerza y tragó saliva para aliviar la tensión.

—¿Está bien? —preguntó con amabilidad el procurador.

—Sí, estoy bien; pero no es fácil esto.

—No, no lo es. Tómese su tiempo, si quiere pensarlo mejor...

—La decisión ya está tomada. He terminado, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, me marcho.

Salió con rapidez deseando alejarse de aquella sala opresiva cuanto antes.

—Es tu turno —dijo a Ángel que esperaba en la puerta del despacho—. Yo me voy, tengo prisa.

Se sentía incapaz de esperar allí a que él terminara, necesitaba salir y tomar el aire. Abandonó el edificio y se encaminó rápida al coche, estacionado en una calle lateral. Entró en el mismo y miró si tenía mensajes o llamadas perdidas en el móvil y, mientras lo comprobaba, unos ligeros golpes en el cristal hicieron que levantara la cabeza. Pablo la contemplaba al otro lado de la ventanilla. La opresión que sentía en el pecho se disolvió de inmediato. Abrió la portezuela y salió del vehículo.

—¿Qué haces aquí?

—Pensé que podrías necesitar un amigo, alguien con quien charlar, un hombro sobre el que llorar... lo que sea.

—No necesito un amigo, te necesito a ti.

—Pues aquí me tienes.

La rodeó con los brazos y Miriam enterró la cara en su hombro. El abrazo duró solo unos instantes, lo suficiente para sentirse reconfortada. Pero se separó rápido por si Ángel aparecía en la calle. No quería que los viera juntos, no cuando todavía no estaban divorciados. Por mucho que estuviera segura de que él no le había sido fiel, no iba a faltarle al respeto obligándole a ver cómo se abrazaba con otro hombre en medio de la calle, cuando apenas acababan de firmar el divorcio.

—Vámonos de aquí, a un sitio donde podamos hablar tranquilos.

Pablo giró alrededor del vehículo y entró por la parte del acompañante.

—¿Dónde has dejado el coche?

—En Cartuja; he venido en taxi hasta el juzgado para poder irme contigo.

Miriam arrancó con rapidez.

En cuestión de segundos todo había cambiado; la tristeza, el abatimiento y la sensación de fracaso habían desaparecido. La presencia de Pablo junto a ella le hablaba no de finales sino de comienzos. De alguien en quien apoyarse. Se dio cuenta de cuán sola había estado durante mucho tiempo, contando solo con su familia, sin una pareja que se preocupase por sus estados de ánimo, ni con quien compartir sus malos momentos o sus alegrías.

—¿Dónde vamos? —preguntó.

—Donde tú quieras... a desayunar si no lo has hecho aún.

—Solo he tomado un café, pero no tengo hambre... prefiero un sitio donde no haya mucha gente.

—Entonces, decide tú el lugar.

Enfiló la Avenida de la Palmera en dirección al Parque de María Luisa. Necesitaba espacio abierto y poca gente alrededor.

—¿Por qué no me has avisado de que vendrías?

—Porque intuía que me ibas a decir que no era necesario, pero yo sé lo que se siente con una ruptura. Hace un año que Begoña y yo lo dejamos, y aunque no estaba enamorado de ella, fue duro. Cerrar una

etapa siempre lo es. Quería que supieras que cuando algo termina, también hay algo que empieza.

—Lo sé.

Habían llegado. Bajaron del coche y se internaron por los senderos del parque. El olor de la mañana de invierno, de las plantas recién regadas les llenó de paz. Miriam se sentó en un banco de hierro en una zona poco transitada a cubierto de las miradas de los ocasionales paseantes y Pablo se acomodó a su lado.

—¿Cómo te sientes?

Ella se encogió de hombros.

—Rara. He tramitado varios divorcios desde que comencé a ejercer, pero nunca pensé que yo estaría en la otra parte. Siento una especie de vacío por dentro, como si todo esto le estuviera ocurriendo a otra persona.

—¿Y Ángel?

—No sé lo que siente, estaba allí impasible, como si no fuera parte implicada. ¿Sabes cómo le ha llamado siempre mi hermano Hugo? ¡«El sin sangre»!

—Hay que serlo para no saber apreciar a una mujer como tú. Pero él se lo pierde, Miriam. Tú te mereces a un hombre que te quiera, que te desee... que te haga vivir y no vegetar.

—Gracias, Pablo. Tus palabras me reconfortan muchísimo. Últimamente mi autoestima no estaba pasando por su mejor momento.

Él alargó los brazos y la rodeó con ellos. Miriam se refugió en el cálido hueco que él había formado para ella y permaneció allí, quieta y muda durante mucho rato. No había nada sexual en aquel abrazo, pero sí amor. Mucho amor. No la besó, ni la acarició, se limitó a tenerla abrazada durante todo el tiempo que ella quiso permanecer así. Luego, cuando se separaron, la miró a los ojos.

—¿Mejor?

—Mucho mejor.

—¿Te apetece dar un paseo? El parque está precioso a estas horas.

—Sí, pero antes voy a avisar a mis padres de que todo ha ido bien en el juzgado.

—Y que no pasarás por el bufete esta mañana. ¿Puedes hacerlo? ¿Te la puedes tomar libre?

—Sí, no tenía nada importante programado para hoy.

—Ya lo tienes.

Miriam cogió el móvil y llamó a Susana para comentarle lo sucedido y después se levantó del banco, seguida de Pablo. Este se colocó a su lado y la agarró de la mano.

Miriam sintió un cosquilleo; hacía años que no paseaba de la mano con nadie, solo muy al principio de su relación con Ángel lo habían hecho, y se estaba dando cuenta ahora que Pablo había entrado en su vida, de cuán falta de contacto físico había estado su relación anterior.

Los senderos del parque, apenas calentados por el sol de invierno, estaban poco concurridos aquella mañana de viernes, lo que les permitió crear un ambiente casi mágico. Ellos dos, solos y aislados del mundo, cogidos de la mano. No podía soñar un mejor comienzo para su vida después del paso que acababa de dar.

Apenas hablaron, se limitaron a caminar en silencio, disfrutando de la apacible mañana y de la mutua compañía.

Cerca ya del mediodía, Miriam acompañó a Pablo hasta Cartuja, donde había dejado su coche y se despidió de él con un beso ligero en los labios.

—Gracias. Has hecho mucho más llevadero un mal momento.

Él sacudió la cabeza.

—Gracias a ti por permitirme compartirlo contigo. ¿Cuándo nos volvemos a ver?

—¿Cuándo tienes que venir a inspeccionar las obras de mi piso?

—Pensaba hacerlo el lunes. Tengo algunos datos nuevos sobre el proyecto de la cocina, pero hoy no era el momento de traerlos.

—Entonces trataré de tener libre la tarde del lunes.

—Hasta entonces.

Miriam le vio entrar en el vehículo, arrancar y perderse en la calle. Una ligera sonrisa curvaba sus labios, consciente de que del vacío y la tristeza que había sentido aquella mañana no quedaba rastro. Ahora estaba llena de ilusión y esperanza, y contaría las horas hasta el lunes siguiente. Entró en su coche y se dirigió a la guardería para recoger a su hija.

Por la noche llamaría a Javier por Skype para contarle cómo había ido todo en el juzgado, pues él seguía muy de cerca el proceso de su divorcio. También pensaba hablarle de Pablo. De cómo había traído ilusión a su vida y lo feliz que se sentía cuando estaba con él. Y, por supuesto, trataría de sonsacarle algo más sobre su misteriosa chica, que la tenía de lo más intrigada.

Capítulo 24

Miriam esperaba con impaciencia un correo de Pablo aquella tarde, pero las horas transcurrían y la bandeja de entrada continuaba vacía. Cada día que pasaba sentía más la necesidad de tener noticias de él, de leer sus mensajes o escuchar su voz a través del teléfono. Al final, fue el móvil el que le trajo las noticias que esperaba.

—Hola.

La sonrisa se instaló en su cara de inmediato y su voz sonó cantarina al responder. La impaciencia, el cansancio del día, todo se evaporó de golpe.

—Hola, Pablo. ¿Cómo estás?

—Cansado para escribir, hoy prefiero oír tu voz.

—Me parece estupendo. ¿Un día duro?

—Trabajo de planos y ordenador más que nada, pero bastante complicado. Tengo la cabeza saturada de medidas y acotaciones. ¿Y el tuyo?

—Tranquilo en cuanto al trabajo se refiere, y bueno en el terreno personal. Ya ha llegado la notificación del juzgado comunicándome la sentencia de divorcio. Soy una mujer libre según la ley.

—¿Cómo te sientes?

—Pues como ayer. Hace tiempo que me siento divorciada, Pablo; la única diferencia es que ya es oficial. Ahora el siguiente paso es terminar las reformas del piso y mudarme allí con María cuanto antes. Estoy muy a gusto con mis padres, pero no quiero que la niña se acostumbre a estar con los abuelos a todas horas, o me costará mucho trabajo sacarla de Espartinas. Tampoco quiero cargarlos a ellos con la responsabilidad de criar a mi hija, ya tuvieron bastante con nosotros cuatro y ahora se merecen disfrutar de su mutua compañía en la intimidad.

—Las ventanas ya están listas para colocarlas, con toda seguridad la semana que viene estarán instaladas. La cocina está pendiente de que los fontaneros cambien las tuberías para acomodar el fregadero donde tú quieres. Yo calculo que en un par de semanas más estará terminado, pintado y listo para habitarlo.

—Será estupendo vivir en mi propio piso.

—¿María lleva bien los cambios de casa? Me refiero al hecho de irse con su padre los fines de semana.

—Le resulta divertido. Ángel siempre ha participado mucho en su cuidado, y de momento a ella no parece afectarle la situación.

—Eso está bien. Y hablando de fines de semana... quisiera proponerte algo.

El corazón de Miriam brincó por un momento.

—Dime.

—¿Te gustaría pasar el próximo conmigo, en Huelva?

Por un momento Miriam guardó silencio, y Pablo se apresuró a añadir:

—Tengo una habitación de huéspedes que puedes usar. No te estoy hablando en sentido sexual, se trata de pasar más tiempo juntos. Casi siempre nos vemos con prisas, o tú o yo debemos coger la carretera después de un rato. Las pocas horas que paso contigo se me hacen muy cortas, Miriam. Me gustaría llevarte a cenar, a pasear, a la playa... o cocinar para ti. Mimarte un poco. No hace falta que me respondas ahora, piénsatelo.

Miriam se sintió feliz ante la idea. La propuesta le apetecía mucho, pero no era del todo dueña de su tiempo.

—No tengo nada que pensar, pero aún debo confirmar con Ángel que no trabaja y se llevará a María este fin de semana. Si es así, acepto encantada; a mí también me apetece pasar más tiempo contigo.

—Bien, esperaré impaciente tu confirmación.

—En un par de días lo sabré.

—De acuerdo.

Continuaron charlando un buen rato más. La conversación fluía de forma natural y los minutos pasaban sin que se percatasen de ello. Al fin, se despidieron.

Cuando cortó la llamada, Miriam suspiró hondo. Aquel era un paso enorme entre ambos, iba mucho más allá de tomar unos cafés o dar un paseo después de comprobar las reformas. O de unos cuantos besos. Pasar juntos un fin de semana, aunque durmiese en la habitación de invitados, significaba aceptar la relación y su mente cautelosa le preguntó si sabía lo que estaba haciendo. Pero le apetecía mucho la idea de pasar más tiempo con él, amanecer en su casa, desayunar juntos y conocerle en su entorno.

Se metió en la cama y le costó mucho conciliar el sueño, fantaseando con ese fin de semana que se avecinaba, como si fuera una adolescente ante una excursión.

Por la mañana la perspectiva ya no le resultaba tan maravillosa. Sentía que se estaba precipitando a un vacío que no controlaba y se asustó. Los sentimientos que Pablo le inspiraba eran cada día más fuertes, pero su carácter cauteloso, unido al fracaso de su matrimonio, le hacían sentir pánico ante el paso que estaba a punto de dar.

Susana se percató del ceño fruncido de su hija durante el desayuno, pero no dijo nada en espera de encontrar un momento más propicio.

En cuanto Miriam llegó al bufete después de dejar a la niña en la guardería, y entró en el despacho que años atrás había ocupado Magdalena, Susana la siguió y le preguntó a bocajarro:

—¿Qué ocurre, Miriam? ¿Algún problema con Ángel por la sentencia de divorcio?

Esta sonrió.

—No se te escapa nada, ¿verdad?

Susana ocupó el sillón que había frente a su hija.

—Te he parido, siempre sé cuándo te pasa algo, aunque a veces por discreción, no lo diga. Te has pasado absorta todo el desayuno con el ceño Figueroa fruncido, y a ese ceño estoy muy habituada. Todos lo fruncís cuando estáis preocupados. Dime... ¿Qué pasa?

—No es Ángel, sino Pablo —admitió.

—Ah... ¿Problemas en el paraíso?

—No, nada de eso.

Miriam cogió un bolígrafo de la mesa y empezó a jugar con él.

—Ayer me llamó y me invitó a pasar el fin de semana con él en Huelva, en su casa. Y no sé qué hacer.

—¿No quieres ir?

—Anoche estaba decidida a aceptar, pero esta mañana no estoy tan segura. Creo que es demasiado pronto, aunque ha sugerido prepararme la habitación de invitados. Pero el hecho de pasar un fin de semana en su casa, aunque no nos acostemos juntos, significa dar un paso de gigante en esta relación, y me asusta.

—Comprendo. ¿Quieres un consejo? No tienes que seguirlo, pero si quieres mi opinión...

—Por favor, estoy hecha un mar de dudas.

—En primer lugar, y al margen de todas esas elucubraciones que tu cabecita ha estado haciendo, ¿quieres ir?

—Sí.

—Entonces, ve. Si duermes o no en la habitación de invitados lo decides en el momento, según lo que te apetezca. Si él ha sugerido esa posibilidad, no vas con ningún tipo de presión.

Alargó la mano y tomó la de su hija, esa hija seria y que todo se lo pensaba demasiado. Se parecía a ella, no había duda, pero ella en el momento más importante de su vida no actuó con la cabeza, sino con el corazón.

—¿Sabes una cosa? Tu padre y yo nos acostamos a la media hora de averiguar que nos gustábamos el uno al otro. Ni siquiera me lo pensé, aunque estaba convencida de que lo nuestro no duraría, porque pertenecíamos a mundos diferentes y su familia no me iba a aceptar. En cuestión de segundos decidí lanzarme de cabeza a una relación sin futuro, pero quise disfrutarla y vivirla con intensidad, durase lo que durase. Nunca me arrepentí, ni siquiera durante los tres años que estuvimos separados. Vive, Miriam. Por una vez deja de hacer las cosas que debes y haz las que quieres. Poco importa el tiempo que llevéis Pablo y tú: vive, ríe, ama y si toca llorar luego, llora. Pero coge lo que la vida te ofrece en este momento y disfrútalo.

Miriam miró a su madre que la observaba con una sonrisa.

—¿A ti te tocó llorar?

Susana clavó en su hija una mirada nostálgica, recordando la peor época de su vida.

—Mucho, pero en los peores momentos recurría a los recuerdos, a lo vivido, y me servía de consuelo. Siempre he pensado que no hay que arrepentirse de lo que se ha hecho, sino de lo que se ha dejado de hacer. Todo, lo bueno y lo malo que nos ocurre, son experiencias y nos hace aprender.

—Gracias, mamá. Eres maravillosa.

—Te quiero, nena, y quiero verte disfrutar de la vida y del amor. Eres joven y libre; haz lo que te pida el cuerpo y que te quiten lo bailado. Y, sobre todo, deja quieta esa mente tuya que no cesa de dar vueltas.

—Lo haré. Aceptaré la invitación si Ángel se lleva a María este fin de semana.

—Si no lo hace, tu padre y yo nos ocuparemos de ella.

—Ya hacéis bastante durante la semana, no quiero daros más obligaciones.

—Deja de decir tonterías. Podemos llevarla a comer por ahí, al cine, al parque o a merendar pasteles... sin que se entere su madre —comentó recordando una broma de cuando ellos eran pequeños. Susana era estricta con la alimentación, y no les permitía comer dulces de forma habitual, pero a veces cuando tenía que trabajar en algún caso los fines de semana, Fran se llevaba a los niños a alguna cafetería a merendar pasteles y ellos pensaban que era en secreto y que su madre no lo sabía. Una vez, Hugo traía la boca con restos de nata y Sergio intentaba avisarle para que la limpiase antes de que los descubriera. Tuvo que hacerse la tonta y darse la vuelta mientras sus hijos cuchicheaban, y al girarse de nuevo había desaparecido la prueba del delito.

—De acuerdo, aceptaré la invitación y si Ángel no puede, os doy permiso para llevarla a comer pasteles sin que yo lo sepa —dijo con una sonrisa.

El timbre del teléfono puso fin a la conversación y Susana salió del despacho para que su hija atendiera la llamada.

Capítulo 25

El sábado Miriam se levantó temprano. Ángel había recogido a su hija el viernes por la noche y la llevaría de vuelta el domingo antes de la cena, por lo que disponía del fin de semana libre casi en su totalidad.

Había preparado una pequeña maleta con lo necesario para un par de noches, poniendo solo ropa cómoda y abrigada para estar en la casa o dar un paseo. Dudó si incluir un camisón sexi, por si surgiera la ocasión de un encuentro íntimo, pero el recuerdo amargo de la última vez que intentó usar uno la hizo desistir. Si tenía que ocurrir algo entre Pablo y ella durante el fin de semana que fuera de forma natural, sin ninguna premeditación. Porque la verdad era que no estaba segura de si lo deseaba o no. Estaba asustada ante la idea de dar el paso, aunque reconocía que su madre tenía razón; debía dejar su mente quieta y limitarse a disfrutar del fin de semana que tanta ilusión le hacía, sin ningún tipo de predisposición.

Salió temprano porque Pablo le había prometido esperarla para desayunar, de modo que apenas amaneció, cogió el coche y enfiló la autovía hacia Huelva. Unos sesenta minutos de camino la separaban de la ciudad y a aquella hora temprana de un sábado, el tráfico era casi inexistente. A las nueve menos diez estaba ante la puerta de él preguntándose si no se había precipitado en su impaciencia por verle, porque la casa parecía oscura y silenciosa. Pero ni siquiera tuvo que llamar, porque Pablo la había estado observando desde la ventana mientras aparcaba y, cuando alzaba la mano hacia el timbre, la puerta se abrió y él la recibió con una radiante sonrisa en los labios.

—¡Buenos días! ¿Has tenido buen viaje? —preguntó quitándole la pequeña maleta y besándola en la mejilla.

—Sí, toda la carretera para mí sola. ¿Quién va a conducir a estas horas de la mañana y con tanto frío? Solo una loca como yo.

Pablo la miró con atención. Miriam hablaba más rápido de lo normal, denotando un ligero nerviosismo y comprendió lo que le ocurría, los temores y los celos. La conocía lo suficiente para saber cómo se sentía. Sonrió y trató de calmarla con algo cotidiano.

—Te compensaré con un buen desayuno. Pasa y ponte cómoda.

Miriam subió la escalera que llevaba a la vivienda y entró en el recibidor.

—Deja ahí el anorak —dijo mostrando un perchero— y te enseñaré tu habitación.

Iba a pasar directamente al desayuno, pero ante su evidente nerviosismo quería tranquilizarla respecto a sus intenciones para aquel fin de semana.

La precedió por un largo pasillo y abrió una de las puertas para mostrarle una habitación espaciosa y llena de luz, amueblada con una cama, una mesilla de noche y un armario pequeño. Una mesa camilla y un cómodo butacón, tapizado de la misma tela blanca de las cortinas y la colcha, creaban un rincón acogedor en un extremo de la estancia. El toque de color lo ponían un par de marinas colgadas de la pared y un jarrón con flores frescas sobre la mesa.

—Muy bonita. ¿La has decorado tú?

—Sí. No se usa mucho, pero quiero que mis invitados se sientan cómodos y bien acogidos.

—Y las flores, ¿son para mí?

Él se inclinó y le rozó la cabeza con los labios.

—¿Tú qué crees? Son para que te sientas bienvenida.

—Gracias.

—De nada. Deja la maleta y vamos a desayunar, seguro que estás muerta de hambre.

—Más que hambre, necesito tomar algo caliente.

Salieron de la estancia y regresaron al salón.

Un alegre fuego crepitaba frente al sofá caldeando la habitación. No había estado en ella desde la visita que había hecho años atrás, acompañada de Ángel, para conocer el estudio de arquitectura. No había cambiado mucho, quizás las cortinas y el mantel que cubría la mesa baja situada frente al sofá, pero los muebles eran los mismos, sólidos y oscuros.

Pablo salió hacia la cocina rehusando la ayuda de Miriam.

—Te echo una mano.

—Ya está todo casi listo, siéntate a calentarte, estás helada.

—No quiero que me trates como una visita de cumplido.

—No lo hago, solo quiero mimarte un poco. ¿Cuánto hace que no te ponen el desayuno por delante?

—Humm... ayer, mi madre.

—Un hombre.

—De eso sí hace bastante tiempo. Desde que estaba embarazada y enorme.

—Bien, entonces déjate mimar.

—De acuerdo.

Se recostó contra el sofá y todas las dudas que había sentido se disiparon de golpe. Estaba tan a gusto en compañía de Pablo que sus miedos no tenían sentido.

Poco después él regresó portando una bandeja con café recién hecho, tostadas, zumo y un bizcocho casero recubierto de azúcar.

Se sentó a su lado y comenzaron a hacer los honores al succulento desayuno.

El calor del fuego tiñó de rosa las mejillas de ambos, pero Miriam sentía además un calor interior que no estaba provocado por la chimenea sino por la mirada cálida de Pablo, clavada en ella mientras desayunaban.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —preguntó él mientras untaba una rebanada de pan con mantequilla.

—Lo que tú quieras, es mi fin de semana de no pensar. Dice mi madre que pienso demasiado y quizás tenga razón; de modo que he decidido poner la mente en blanco y disfrutar de dos días de vacaciones. Lo dejo todo en tus manos.

—En ese caso intentaré que te lo pases muy bien y quieras repetir.

—Si me das de desayunar siempre así, seguro que volveré. Este pan está delicioso. ¿Dónde lo

consigues?

—Hay una panadería artesana un par de calles más abajo y me he acercado en cuanto me levanté. Quería que hoy todo fuera perfecto.

—Lo es —dijo con una sonrisa.

—Pues si me das carta blanca, cuando terminemos de desayunar quisiera llevarte a la playa, al sitio donde nos conocimos hace ya muchos años. ¿Te gustaría? ¿O hace demasiado frío?

—Vengo abrigada y el frío no me importa. Me apetece un paseo por la playa, sí.

Apenas terminaron de desayunar y recogieron todo lo utilizado en el lavavajillas, salieron en el coche de Pablo hacia Ayamonte, para disfrutar de un paseo.

El sol empezaba a calentar y la helada del amanecer dio paso a una mañana soleada y agradable. Dejaron los abrigos en el maletero y bajaron hasta la arena.

—Fue aquí donde nos conocimos —dijo Pablo señalando un lugar preciso de la playa—. Aquí te sentabas con tu amiga.

—Marta. Ahora, además de mi amiga, es la mujer de mi hermano Sergio.

—El marino.

—Sí.

Pablo la miró con ojos evocadores. Sin lugar a duda, su mente estaba en el pasado, en aquel verano de hacía muchos años. Echaron a andar por la arena y Pablo la cogió de la mano. De nuevo sintió el cosquilleo del día del parque, mientras él continuaba hablando.

—Me fijé en ti desde el primer momento en que te vi. Tan bonita con aquel biquini de rayas anaranjadas y que enseñaba lo justo para despertar la imaginación de cualquier hombre, sin resultar provocativo.

—Nunca me ha gustado llamar la atención.

—Sin embargo, atrapaste la mía. No podía apartar la mirada de ti, a pesar de arriesgarme a que me recriminaras por ello.

—Siempre pensé que era a Marta a quien mirabas. Ella era ya una mujer preciosa y yo apenas acababa de dejar atrás la adolescencia. Ni siquiera salía con Ángel entonces, fue después de aquel verano, si no recuerdo mal.

—Nunca te vi como a una adolescente, no soy de esos hombres a los que les gustan las jovencitas. Tenías algo que me atrajo y no puedo explicarme qué, pero han pasado los años, y sigo sintiendo lo mismo.

—Pero solo mirabas, nunca te acercaste.

—No quería que pensaras que era un viejo verde. Solo me decidí a hablarte cuando te encontré sin Marta, y porque el verano llegaba a su fin.

Miriam lanzó una carcajada divertida.

—¿Viejo? Hace de esto nueve años ¿Qué edad tenías entonces?

—Veintisiete.

—Muy, muy viejo, la verdad. Me voy a tener que plantear si tener algo con un anciano decrepito,

como eres ahora...

—Deberías pensártelo. Son diez años de diferencia.

—Me lo plantearé cuando pase este fin de semana. Ya sabes que he decidido no pensar, solo divertirme. Pero me gustaría saber por qué te decidiste a hablarme cuando ya me marchaba.

—Quizá por eso. Porque ya no había tiempo para nada, y aquello se quedaría en una preciosa chica que vi en la playa y nada más.

—Entonces, ¿por qué buscaste a mi padre para que te ayudara a resolver tus problemas con la indemnización?

—Fue casualidad... o quizás no. Estaba en Ayamonte visitando a la familia y tomando un vino con los amigos. Surgió el tema de que necesitaba un abogado y alguien mencionó a tus padres. Yo sabía quién eras, aquel verano me ocupé de averiguar tu nombre y el de tu familia. De modo que decidí ponerme en contacto con ellos, y de paso averiguar qué había sido de ti. Como abogado, tu padre me pareció muy competente, y cuando le dije que te saludara de mi parte, me encontré con la enorme sorpresa de que te pusieras en contacto conmigo por email. Por cierto, ¿cómo lo conseguiste? ¿Te lo dio él?

—Te busqué en Internet, en tu página de arquitecto figura el correo electrónico y tu teléfono de trabajo.

—Te tomaste muchas molestias para localizarme.

—Sentía curiosidad. Cuando mi padre mencionó tu nombre no tenía ni idea de quién eras, y te busqué en Google. Cuando vi tu foto te reconocí de inmediato, y que después de tanto tiempo te acordaras de mí me resultó... tierno. Estuve dudando mucho rato si mandarte aquel correo, pero la curiosidad pudo más.

—Ni te imaginas la alegría que me dio recibirlo.

—¿No pensabas que te iba a contactar?

—Ni siquiera sabía si tu padre te iba a transmitir mis recuerdos.

—Pues lo hizo, y yo te escribí —Se volvió a mirarlo—. Y nunca me he arrepentido de ello.

Por unos minutos continuaron caminando en silencio. Después, Pablo habló de nuevo.

—¿Sabes cuándo fue la última vez que estuve aquí, en esta playa?

—¡No irás a decirme que aquel verano!

—No... el día de tu boda... mientras te casabas.

Ella respiró hondo. El viento le arremolinaba el pelo en torno a la cara y lo recogió detrás de la oreja. Pablo continuó:

—Hacía un frío de mil demonios, pero yo me senté en la arena húmeda, justo donde te vi por primera vez, y me despedí de ti. Me mentalicé para aceptar que nunca iba a volver a verte, que solo serías para mí una amiga, sin más, y a partir de ese momento ni siquiera eso. Solo un recuerdo del pasado, un gran amor... el primero, el que no se olvida.

—¿Nunca te habías enamorado antes? —preguntó Miriam incrédula—. Ya no eras un crío.

—Solo enamoramientos pasajeros. Amor, el que siento por ti.

Miriam sintió que la cabeza le daba vueltas y le costaba esfuerzo tragar. Las palabras de Pablo le habían llegado muy hondo.

—Fue duro asumir que te estabas casando con otro, que sería él quien disfrutaría de tu tiempo, de tus noches... que sería el padre de tus hijos.

—No puedo cambiar que Ángel sea el padre de María, pero mi tiempo y mi compañía, espero que sean para ti.

Pablo se detuvo un momento y la miró con intensidad a los ojos.

—¿Solo lo esperas? —preguntó cauteloso.

—Este fin de semana lo son, cada minuto y cada segundo.

Le soltó la mano y agarrándole la cara entre las palmas, la besó. El viento volvió a agitar el pelo de Miriam azotando las caras de ambos, pero no les importó. Se saborearon con lentitud, paladeando el sabor a café que aún les impregnaba la boca. Los cuerpos se acercaron uno al otro sin que pudieran evitarlo, buscando el calor y el contacto. Cuando al fin se separaron, y como en un acuerdo tácito, en vez de darse la mano se cogieron de la cintura, con los costados juntos, rozándose a cada paso que daban.

—También yo me acordé de ti el día de mi boda —dijo Miriam casi en un susurro—. Fue por la noche, en el restaurante, cuando ya se había iniciado el baile. Tuve que salir del salón para pensar en ello, para despedirme de ti. En aquel momento te dije adiós y te saqué de mis recuerdos. Traté de esconderte en un rincón perdido de mi memoria, de donde no saliste hasta mucho tiempo después. Intenté con todas mis fuerzas no pensar en lo que podía haber sido si hubiéramos tenido tiempo para averiguar qué había detrás de aquel beso que me diste en la cafetería.

—Yo te dejé muy claro lo que había detrás de él. Te confesé que estaba enamorado de ti.

—Ya lo sé; me refiero a mí. Hasta ese momento no me había planteado que fueras otra cosa que un amigo, sin más. Hasta que me besaste. Pero ya era muy tarde, estaba embarazada y no había tiempo para averiguar lo que sentía por ti.

Pablo la apretó más fuerte contra su costado.

—La vida nos brinda otra oportunidad.

—Sí —respondió apoyando la cabeza en su hombro.

Continuaron paseando en silencio un rato, disfrutando de la proximidad, del sol y del mar. De esa nueva ocasión que la vida les ofrecía. Después, se sentaron a almorzar el típico pescado frito y las coquinas especialidad de la zona onubense, en la terraza de un chiringuito situado a pie de playa. Uno de los pocos que se mantenían abiertos durante todo el año.

El sol hacía muy agradable la estancia al aire libre y la sobremesa se prolongó con un café y una charla amigable. Después, y antes de que empezara a caer la tarde y por consiguiente bajase la temperatura, regresaron a Huelva.

Cuando llegaron a la casa, la temperatura comenzaba a descender, pero la vivienda se mantenía tibia. Los rescoldos de la chimenea no tardaron en prender de nuevo cuando Pablo añadió un grueso tronco. Con ayuda de Miriam apartó la mesa y acercó el sofá al fuego para compartir una película, unas copas y un cuenco de palomitas. Comenzaron a ver la película, aunque Miriam no conseguía prestarle demasiada atención. El cuerpo de Pablo a su lado, los leves movimientos de su brazo para alcanzar el vaso o las palomitas, situadas en una mesa auxiliar junto al sofá, la mantenían tensa y a la espera de que en algún

momento se dirigiera hacia ella y la tocara, o la besara. Se moría de ganas de que la besara. Pero él mantenía clavada la vista en la pantalla y durante todo el rato que duró la película no la rozó siquiera. En un momento, casi al final, Miriam se recostó contra el hombro masculino y al instante sintió el brazo de él rodear los suyos. Una fuerte tensión sexual empezó a flotar en la habitación. La respiración de Pablo se hizo más pesada y a Miriam ya le fue casi imposible seguir el hilo de la película. Cuando los créditos recorrieron de abajo a arriba la pantalla, aguardó expectante, pero Pablo desvió la vista hacia las llamas y no hizo ningún movimiento. Por un instante temió que la historia se repitiera, el miedo al rechazo se instaló de nuevo en su mente y se puso rígida contra el costado de él, que continuaba inmóvil mirando el fuego. Con un nudo en el estómago decidió afrontar la situación.

—Pablo... —susurró con voz queda y no exenta de temor.

—¿Qué?

—Llevamos juntos muchas horas, desde esta mañana.

—Sí.

—Y solo me has besado una vez, en la playa.

Él clavó en ella una mirada cargada de intensidad.

—Sí, lo sé.

—¿Puedo preguntarte por qué? Cuando nos vemos sueles aprovechar cualquier momento propicio para hacerlo y llevamos toda la tarde aquí solos, sin que hayas hecho siquiera el intento.

Pablo exhaló un lento suspiro.

—No lo he hecho porque te prometí que dormirías en la habitación de invitados, y si te beso, aunque sea solo una vez, no voy a ser capaz de cumplirlo. Esto... —dijo señalando el fuego y el ambiente cálido de la habitación— está resultando mucho más difícil de lo que pensaba. No creo que pueda controlarme.

Miriam se volvió hacia él y encontró su mirada cargada de deseo, el tipo de mirada que nunca había visto en un hombre.

—No me prometiste nada, solo insinuaste que podía dormir en la habitación de invitados si lo deseaba, pero yo no me pronuncié al respecto, ¿verdad?

—Verdad —dijo esbozando una sonrisa divertida—. En ese caso te lo pregunto ahora: ¿quieres dormir en la habitación de invitados?

Miriam respondió mirándole a los ojos.

—A lo mejor lo que quiero es no dormir...

No terminó la frase, la boca de Pablo se posó sobre la suya ávida y posesiva, llena de pasión. Antes nunca la había besado así, con esa urgencia. La pilló desprevenida y al principio no pudo reaccionar, pero luego respondió a la boca y a la lengua que exigía. Sintió encenderse en ella un deseo que llevaba contenido mucho tiempo, quizás toda su vida. Pablo despertaba en ella sensaciones y sentimientos desconocidos. Alzó las manos hasta la nuca y se enredaron en el pelo, sujetándole la cabeza para que no dejara de besarla. Pero nada más lejos de las intenciones de él. La besó una y otra vez, sin tratar ya de contener lo que sentía, ni el amor ni el intenso deseo que Miriam le inspiraba.

Esta jadeó cuando la mano de Pablo se posó sobre sus pechos, tratando de abarcarlos a la vez,

rozando los pezones con el pulgar mientras iba de uno al otro, y apretó las piernas para calmar la excitación que la caricia le produjo.

En cuestión de segundos se encontró tendida en el sofá con el cuerpo fuerte y pesado de Pablo sobre ella. Movi6 las caderas provocando que la evidente erección rozase contra su sexo produciéndole oleadas de deseo que arrancaba gemidos de su garganta.

Literalmente se arrancaron la ropa, los jerséis salieron por la cabeza y acabaron arrojados al suelo sin ningún miramiento. Las manos, impacientes por sentir piel, lucharon contra cremalleras y botones y se deshicieron del resto de la ropa con rapidez asombrosa. Volvieron a tenderse en el sofá, ya completamente desnudos, cuerpo contra cuerpo, frotándose, sintiéndose, mientras las bocas volvían a buscarse con avidez.

Después, Pablo dejó de besarla y la protesta de Miriam quedó ahogada cuando los dientes de él apesaron uno de los pezones y sus dedos masajearon el otro. Apretó los labios para contener los gemidos y se alzó sobre las caderas apretándose aún más contra él, sintiéndose arder por dentro.

Pablo soltó el pezón por un instante y suplicó:

—No te contengas... expresa lo que sientes... gime, grita... déjalo salir. Quiero oírte.

El largo gemido le acompañó mientras volvía a dedicar su atención a esos pechos que le habían hecho soñar y morir de deseo durante años. Volvió a succionar con más fuerza, excitado como nunca lo había estado antes. Esa mujer serena y comedida por lo general se estaba convirtiendo en un volcán bajo sus caricias.

Tras un tiempo la boca de Pablo descendió, deteniéndose por un breve instante sobre el ombligo. Hundi6 la lengua en él, lo recorrió despacio, para continuar bajando en un lento recorrido con los labios abiertos sobre el vientre. El grito de Miriam resonó con fuerza cuando la boca de Pablo entró en contacto con su sexo. Él se detuvo temiendo algún tipo de reacción en contra, consciente de que hasta ese día no habían compartido más que unos cuantos besos, pero las caderas femeninas alzándose impacientes contra su boca, le dieron el permiso que necesitaba y hundi6 la lengua en ella sin miramientos.

Miriam se aferró al borde del sofá con ambas manos, puesto que el cuerpo de Pablo quedaba fuera de su alcance, y dejó que las sensaciones se apoderasen de ella mientras él lamía y succionaba con afán. Al fin la tensión se hizo insoportable en su interior y se liberó en un orgasmo devastador contra su boca.

Antes de que las convulsiones cesaran del todo, Pablo se incorporó. Miriam le contempló con la mirada aún vidriosa por el placer, moviéndose sobre ella, los ojos también turbios, el pelo revuelto y desordenado cayéndole sobre la frente, la respiración agitada.

Como en un sueño le vio colocarse un preservativo y a continuación empezó a penetrarla despacio, pero Miriam le salió al encuentro alzando las caderas hasta sentirlo completamente dentro. Las sensaciones volvieron a despertarse en su interior con cada movimiento de él, lento y acompasado. Comprendió el esfuerzo que estaba haciendo para ir despacio, y que ella no se lo estaba poniendo fácil, pero no podía evitarlo. Jamás en su vida había sentido algo semejante, ni un deseo tan intenso ni una pasión tan arrolladora. Se movió contra Pablo alzando las caderas, saliendo a su encuentro en cada envite y cuando el orgasmo la asaltó de nuevo, más intenso aún que el anterior, clavó las uñas con fuerza en su espalda. Al fin también él se dejó ir, explotando con una fuerte sacudida.

Miriam se dejó caer hacia atrás con los ojos cerrados y exclamó:

—¡Joder!

Una tenue risita la hizo abrirlos de nuevo y contempló a Pablo que la miraba divertido.

—¿Acabas de decir un taco?

Ella sonrió a su vez.

—Creo que sí.

—Jamás, en el tiempo que hace que te conozco, te he escuchado una sola palabra malsonante.

—Jamás, en el tiempo que hace que me conoces, me había quedado sin palabras para expresar lo que siento. Mis cuidados discursos y mis expresiones de chica bien educada no me sirven en este momento.

Pablo se dejó caer a su lado en el sofá, apretándose contra ella en el reducido espacio y le quitó un mechón de pelo húmedo de la cara.

—Hay muchos más tacos en el diccionario, intentaré que los aprendas todos... si me lo permites.

—Siempre fui una chica ávida de conocimientos —susurró estremeciéndose ante las posibilidades que las palabras de él le ofrecían.

Aún le latía el corazón con fuerza cuando los brazos de Pablo la rodearon de nuevo, colocándola sobre su pecho para sentirse más cómodo. Miriam aspiró el olor del sexo mezclado con el de ambos, una combinación explosiva que la excitó de nuevo. El vello del pecho le rozaba la cara y apartó su propio pelo para sentirlo más contra la mejilla, acariciándola con suavidad.

Él deslizó las manos por la espalda con extremada lentitud, deteniéndose en las nalgas y recorriéndolas despacio, mientras contemplaba el reflejo rojizo con que las llamas teñían el pelo de Miriam.

Después de un rato en silencio, durante el cual solo se sintieron y el único sonido era el latir de sus propios corazones volviendo a la normalidad, Pablo preguntó:

—¿De verdad pensabas hace un rato que no tenía ganas de besarte?

Miriam levantó un poco a cabeza, que tenía apoyada en su pecho, para responder.

—No sabía qué pensar. Vas a tener que acostumbrarte, mi autoestima como mujer no pasa por su mejor momento.

Él tiró de ella, deslizándola hacia arriba y le besó con delicadeza el lóbulo de la oreja.

—Espero que cuando salgas de aquí mañana por la tarde, la tengas por las nubes.

Ella susurró contra su hombro.

—Ha empezado a subir unos cuantos puntos hace un rato.

—Te quiero, Miriam —La voz sonó ronca y emocionada, intensa—. Eres el amor de mi vida. No soy ningún crío, tengo treinta y seis años y jamás he sentido por nadie lo que siento por ti. Sé que nuestra relación fue algo extraña desde el principio. Tuve que camuflar mi amor de amistad porque tú estabas con otra persona. Pero siempre esperé que te enamorasas de mí con el tiempo, porque yo tuve muy claro siempre de qué tipo eran mis sentimientos hacia ti. Te soñaba en mi cama por las noches, así, como estás ahora, recostada en mi cuerpo, con tu pelo rozando mi piel. Trataba de apartar la idea de que era otro hombre el que recibía los besos y las caricias que anhelaba para mí. Nunca desfallecí, creía de verdad

que algún día nuestra amistad se transformaría en amor también para ti. Pero tu embarazo lo precipitó todo.

Las manos de Pablo que no habían dejado de moverse con suavidad por la espalda y las caderas de Miriam se detuvieron y se tensaron al decir:

—Sentí que me moría cuando me dijiste que te casabas, que te iba a perder.

—No me has perdido, estoy aquí. Como siempre deseaste.

—Nunca he estado con mujeres solo por el sexo, y no soy un monje. Algunas de las mujeres que ha habido en mi vida, me han gustado, pero por ninguna he sentido este amor tan intenso, tan desgarrador que tú me inspiras.

—No me hables de otras mujeres, Pablo —protestó—. Me estoy dando cuenta de que soy celosa, algo que nunca creí. Esta noche ni tú ni yo tenemos un pasado ni otras personas en nuestra vida. Ahora solo estamos aquí Pablo y Miriam, juntos al fin.

—¿Eso de los celos significa que estás enamorada de mí? ¿Que ya tienes claros tus sentimientos y que esto no es solo «vamos a ver qué pasa»?

Miriam se incorporó y se sentó para poder mirarle a los ojos.

—Sí, me estoy enamorando de ti. A estas alturas ya deberías conocerme lo suficiente para saber que no me acuesto con mis amigos.

Él la miró con una intensidad que la llenó de regocijo.

—¿Tenemos una relación entonces?

—Yo diría que sí, salvo que seas de esos hombres tradicionales que quieren declararse.

—Soy un hombre moderno y me basta con que tú lo digas. Además, ya me he declarado dos veces, solo me faltaba la respuesta a esta última.

Alargó los brazos y la hizo caer sobre él, para volver a besarla.

La luz de la tarde declinó sin que se dieran cuenta, y cuando ya la noche cayó sobre la habitación iluminada solo por el fuego, Pablo propuso:

—¿Qué tal una ducha, algo de cena y después ponernos a eso que decías de no dormir?

—Me parece un plan estupendo.

Entraron juntos a la ducha, donde se enjabonaron uno al otro. Miriam pudo ver con claridad la cicatriz que cruzaba la pierna de Pablo desde el muslo hasta la rodilla, la que le provocaba una leve cojera al final del día.

La recorrió con los dedos, con suavidad, como si así pudiera aliviar el dolor que le producía. Después, se secaron uno al otro. Miriam disfrutó del erotismo que había en una ducha compartida, y de la sensualidad de deslizar una toalla por el cuerpo de otra persona.

Vestida solo con una bata prestada, regresó al salón. Le gustaba la idea de llevar una prenda de Pablo, aunque le quedara grande y se tuviera que doblar las mangas para verse las manos. Le producía una sensación de intimidad, de cosas compartidas que nunca había experimentado antes.

Juntos entraron en la cocina a preparar una ensalada y una succulenta tortilla de patatas, que comieron sentados de nuevo junto al fuego. Después se fueron a la cama, dispuestos a seguir explorando sus

cuerpos hasta que el cansancio pudiera con ellos. Algo que no sucedió casi hasta el amanecer.

Cuando se despertaron, los rayos de sol estaban ya muy altos. A Miriam le dolían todos los músculos. Jamás había tenido una noche de sexo como la que acababa de disfrutar, pero a pesar del agotamiento, se sentía genial. Amada, deseada y feliz. Los brazos de Pablo a su alrededor, su pecho contra su espalda y una nueva erección apretándose contra su trasero le levantaron la autoestima un poco más.

—¿Un buen desayuno? —preguntó una voz suave junto a su oreja—. ¿O un almuerzo temprano?

—Hummm, sí. Un desayuno como el de ayer, me muero de hambre.

Él se levantó de la cama despacio.

—Iré a buscar el pan.

—¿Preparo yo mientras el resto? ¿Me autorizas a entrar en tu cocina?

—Estás en mi vida, por supuesto que puedes entrar en mi cocina —dijo agarrándola por la cintura y dándole un beso de buenos días.

—Bien, entonces manos la obra.

—Después podemos dar un paseo por la ciudad.

—Me parece una idea excelente.

Miriam tomó posesión de la cocina. Cuando poco después Pablo regresó llevando una hogaza de pan tierno y crujiente ya tenía casi dispuesto un succulento desayuno. Lo tomaron con calma, disfrutando de cada bocado, del roce de manos y de las miradas compartidas.

A continuación, salieron a dar un largo paseo y tomaron un almuerzo ligero y tardío que puso fin a dos días maravillosos.

A media tarde, Pablo la acompañó hasta el coche, cargando la maleta, para despedirse de ella.

—¿Volverás el próximo fin de semana? —preguntó esperanzado.

—Si me invitas...

Pablo se apretó contra ella, aprisionándola contra la portezuela del coche y, rodeándola con los brazos, buscó su boca. La besó con intensidad para demostrarle lo difícil que se le estaba haciendo despedirse de ella y dar por finalizado el fin de semana más maravilloso de su vida.

Miriam le echó los brazos al cuello y se abrazó a él, sintiendo la erección que se apretaba contra su vientre, sin siquiera pensar que estaban en medio de la calle, a la vista de todos. Le besó a su vez, hasta quedar sin aliento.

Cuando se separaron, lo miró a los ojos.

—¿Es suficiente esta invitación, o debo mandarte una cartulina dorada? —preguntó Pablo con la respiración también jadeante.

—Suficiente. Volveré el sábado.

—Te esperaré con impaciencia.

Seguían con las miradas prendidas y los brazos entrelazados.

—Tengo que irme... —susurró Miriam.

Pablo asintió.

—Pero no quiero hacerlo. Se me va a hacer muy largo hasta que volvamos a vernos.

—También a mí.

Al final hizo un esfuerzo y consiguió desprender los brazos de la espalda de Miriam.

—María te espera. Debes estar allí cuando regrese del fin de semana con su padre.

Ella bajó los brazos a su vez y entró en el coche.

—Hasta el sábado.

—Conduce con cuidado.

Permaneció de pie mientras ella desaparecía calle abajo. Después entró en la casa y volvió a sentarse en el sofá delante del fuego, mirando absorto las llamas que danzaban en la chimenea, mientras por su mente desfilaban las imágenes de aquel fin de semana memorable.

Capítulo 26

Miriam pasó toda la semana recordando los días vividos en Huelva como una de las experiencias más maravillosas de su vida. Ya no tenía miedo de pronunciar la palabra amor, estaba enamorada hasta la médula y era consciente de ello.

El fin de semana siguiente regresó de nuevo y fue tan maravilloso como el anterior. Pablo se desvivía por ella, por colmarla de atenciones y de mimos y Miriam sentía su amor crecer a cada minuto que pasaban juntos.

Tenía muchas ganas de que su piso estuviera terminado para mudarse y que también él pudiera pasar algún fin de semana en Sevilla. Deseaba corresponder a todas las atenciones que tenía con ella cuando estaba en su casa.

De momento, mantenía su relación en el estricto conocimiento de sus padres y de Javier, al que sí le había hablado de Pablo brevemente, pero a medida que pasaban los días sentía más la necesidad de contárselo a todos, de que supieran lo feliz que era y lo enamorada que estaba.

Y la primera debía ser Marta. Esta venía a Sevilla con asiduidad, por lo que decidió quedar con ella para darle la feliz noticia en la primera oportunidad posible.

Marta empujó la puerta de entrada del bufete Figueroa y entró con decisión.

Como ya era habitual desde que se mudara con Sergio a Cádiz, una o dos veces a la semana se desplazaba hasta Sevilla para atender asuntos de trabajo, y de paso ver a sus padres. Unos días comía con ellos, y en otras ocasiones con Susana y Fran, o Miriam.

Por temas laborales no había podido estar tan presente como hubiera deseado en el divorcio de su amiga, y el *WhatsApp* que había recibido de esta a principios de semana la había dejado muy intrigada:

«Cuando pases por Sevilla, avísame y comemos juntas. Tengo novedades que contarte».

Puesto que conocía a Miriam, sabía que no iba a servir de nada que la llamase para pedirle una aclaración. Si su amiga había decidido que hablaría en un almuerzo, tendría que esperar hasta entonces para escuchar las novedades que tuviera que decirle. Confiaba en que fueran buenas noticias, ya había sufrido bastante con su desafortunado matrimonio y posterior divorcio. Por muy de mutuo acuerdo que fuera, se trataba de una separación y eso siempre pasaba factura.

El despacho de Fran tenía la puerta abierta, por lo que entró a saludarle en primer lugar. Este se levantó de la mesa para darle un abrazo.

—¡Marta, cariño! No sabía que venías hoy.

—Tenía juicio a primera hora de la mañana, y después he quedado para comer con Miriam.

—Está en su despacho, con Susana.

—¿Ocupadas?

—No para ti, ya lo sabes.

Al escuchar las voces, madre e hija salieron de la habitación y abrazaron con efusividad a la recién llegada. Tras los saludos de rigor y la promesa de Fran de organizar una barbacoa en breve, ambas amigas salieron a la calle. Caminando, se dirigieron al restaurante donde solían comer, y Marta no pudo dejar de observar el aspecto de Miriam. Una amplia sonrisa lucía su boca y un intenso brillo iluminaba su mirada, algo que no ocurría desde hacía mucho tiempo.

—¿Vas a soltarlo ya, o voy a tener que esperar hasta estar en el restaurante? Si me dejaste intrigada con el mensaje, ahora que te he visto ni te cuento. Estás...

—Feliz —dijo Miriam con una sonrisa.

—Hummm, no sé si esa es la palabra con que yo describiría tu cara, pero si tú te sientes así...

—Me siento así, feliz y pletórica.

—Y no creo que sea porque ya es efectivo el divorcio. Por muy mal que estuvieras con Ángel, que seas al fin una mujer libre no es para estar tan radiante.

—Estoy enamorada.

Marta sonrió y volvió a contemplar a su amiga.

—¿Has conocido a alguien?

—Ya le conocía... y tú también.

—¿Pablo? ¿Se trata de él?

Miriam asintió. Habían llegado al restaurante y la conversación se interrumpió hasta que ambas estuvieron sentadas a la mesa y la comida encargada.

—Me dijiste que estaba casado...

—No era así; solo mantenía una relación que ya terminó. Después de navidades decidí ir a verle con la excusa de que me hiciera las reformas de mi piso, y de paso saber de él. Me llevé la grata sorpresa de que estaba solo, libre y todavía enamorado de mí. Empezamos a vernos con frecuencia y retomamos nuestra amistad donde la dejamos. Mis sentimientos han cambiado de naturaleza durante este tiempo — Hizo una ligera pausa y añadió con una sonrisa—: Hemos pasado juntos los dos últimos fines de semana.

Marta lanzó una carcajada.

—Esa, esa es la palabra que yo quería encontrar para describir tu aspecto: «¡bienfollá!».

—¡Calla, que todo el mundo ha empezado a mirar hacia aquí!

—Ya bajo la voz. ¿Tengo razón?

Miriam rio bajito.

—Sí, en la cama es increíble. Bueno, y en el sofá, el suelo, la ducha... Hasta ahora no he comprendido aquello que decía Hugo de que cualquier sitio es bueno para hacer el amor. Yo solo había tenido cama y misionero y unos orgasmos bastante mediocres hasta ahora.

—Pues disfrútalos.

—Eso hago.

—¿Es oficial, entonces? ¿Vais en serio?

—Llevamos viéndonos solo tres meses, pero sí, vamos en serio. Lo de oficial, no del todo. Mis padres lo saben, y Javier. Y ahora también tú. Esa barbacoa que quieren organizar es para presentarlo a

la familia y para que conozca a María. Hemos pensado que es mejor que lo vea en una comida y como un amigo de la familia. Que se vaya acostumbrando a él antes de decirle que es el novio de mamá.

—Sí, creo que es buena idea. ¿Ángel lo sabe?

—No creo; pero tampoco es asunto suyo. Ya no.

El tono de dureza en la voz de Miriam hizo a Marta fruncir el ceño.

—Por supuesto que no, estáis divorciados, pero podría tomárselo a mal.

—Que se lo tome como quiera. Acabó con mis sentimientos hacia él con su indiferencia, si me ha perdido ha sido su culpa. Además...

Miriam respiró hondo para seguir hablando, y tomó un sorbo de agua.

—Además, ¿qué?

—¿Recuerdas mi cumpleaños, el que celebramos en Alveares?

—Sí, claro. Aquel que Hugo pasó escondido en la cocina, por culpa de unas chicas que se estaba tirando.

—Pues una de ellas no se tiró solo a mi hermano.

Marta abrió mucho los ojos.

—¿Cómo? ¿A quién más?

—A Ángel.

—¿En serio? ¿Ángel te ha sido infiel?

—En más de una ocasión. Desde el principio de nuestro noviazgo.

—¡Caray con el pánfilo! Parecía tonto. ¿Cómo te has enterado?

—Él me lo insinuó cuando tuvimos la conversación que me llevó a pedir el divorcio. Pero hace unos días me encontré a una compañera de facultad y le comenté que me había divorciado. Me respondió que se alegraba de que al fin me hubiera dado cuenta de la clase de hombre que tenía al lado. Parece ser que ya desde novios pasaba por la facultad a recogerme y de paso a buscar rollo. ¡Me siento tan imbécil, Marta! Era de dominio público que me ponía los cuernos y yo tan ajena. Ni siquiera se molestaba en buscar fuera de mi entorno.

—¡Menudo cabronazo! ¿Y no le has dicho nada?

—¿Para qué? Ya no tiene objeto, lo he sacado de mi vida.

—A pesar de eso, yo le hubiera arreado un par de sopapos y bien gordos.

—Yo no soy tan temperamental. Me ha enfadado mucho saberlo, por la falta de respeto que supone, pero no duele porque ya no estoy enamorada de él.

—Pues yo, como se me ponga delante le arreo. Imagino cómo te sientes, aunque no le quieras.

—¿Sabes lo que más me molesta? Que mientras él se acostaba con quien le daba la gana yo me preguntaba por qué había dejado de atraerle. Lo achacaba a mi cuerpo deformado por el embarazo, al cansancio, inventaba mil excusas para justificarle. Trataba de volverme más atractiva para él, me compré ropa sexi, y me sentí muy humillada en ocasiones por su mudo rechazo. Pero lo peor de todo es que me sentía culpable por recordar a Pablo en mis noches solitarias y preguntarme cómo habría sido mi vida con él.

—Ahora lo sabes.

—Sí.

—Puedes vivirla, y disfrutarla.

—Me hace muy feliz, Marta. Me mimas, se desvive por mí. Siento que estoy viviendo mi primer amor.

Esto no tiene nada que ver con mi relación con Ángel, ni siquiera al principio. Estoy colgadísima —rio

—. Cuento las horas que faltan para vernos como si fuese una quinceañera.

—¡Ayyy, el amor!

—¿Te burlas tú del amor? Si estás colada por mi hermano hasta la médula...

—Lo estoy. Y te tengo que contar una cosa yo también.

Miriam empezó a hacer los honores a la comida que acababan de llevarles.

—Dime.

—Sergio y yo estamos intentando quedarnos embarazados —anunció con expresión emocionada.

—¿Los dos? —preguntó con una carcajada.

—Yo llevaré la peor parte, pero él no se va a librar. Pienso hacer que participe de todo el proceso.

—No creo que quiera perderselo. Sergio va a ser un padrazo.

—Estamos muy ilusionados.

—¡No me quiero ni imaginar a «Su Señoría» de abuelo!

—Es capaz de hacer una batida y encerrar a todos los delincuentes antes de que nazca.

Ambas rieron.

—Deberíamos brindar por tu nueva relación y por mi futuro embarazo.

Miriam miró la botella de agua que compartían.

—Pero no con agua; dice Manoli que da mala suerte.

Pidieron una copa de vino para cada una y brindaron por el futuro que les traería felicidad a ambas.

Después, continuaron con su almuerzo.

Capítulo 27

El día era espléndido. La primavera había brotado con fuerza aquel año tras un invierno más frío de lo habitual, por lo que se preveía una jornada llena de sol y con una temperatura muy agradable.

Miriam llegó temprano a la barbacoa familiar, acompañada de María. Aunque a su hija le correspondía pasar con Ángel todo el fin de semana, le había pedido que la recogiese el sábado por la tarde para que estuviera en la comida y pudiese ver a Sergio y a Marta que acudirían a pasar el día con ellos. También Hugo e Inés se acercarían un rato, después de cerrar el bar a mediodía, porque aquella no era una barbacoa más. Sería la presentación oficial de Pablo como su pareja, y todos se morían de curiosidad por conocer al hombre que había vuelto a poner una sonrisa en la boca de Miriam.

Sus hermanos y cuñadas estaban tan acostumbrados a su seriedad que no se habían percatado del aspecto sombrío que presentaba en los últimos tiempos. Solo ahora, que la veían radiante, estaban siendo conscientes de su pasada infelicidad.

En la cocina, Miriam ayudaba a Susana con las ensaladas que acompañarían a la carne. Incluso María, subida en un taburete, destrozaba un tomate maduro con un cuchillo romo de plástico, en su afán por ayudar.

Sergio y Marta fueron los primeros en aparecer. Con ellos venía Manoli, a la que habían pasado a recoger, para que no se perdiera el acontecimiento de conocer al nuevo amor de Miriam.

En cuanto entró en la casa, y tras besar a Fran, la tata se dirigió a la cocina, donde sorprendió a las tres generaciones de mujeres cocinando juntas.

—¡Veo que estáis bien entretenidas! —dijo besándolas a todas.

—Tata, *etoy* picando tomate —comentó María orgullosa, con las manos llenas de pulpa y un delantal que incluso doblado le llegaba a los pies.

—Y lo estás haciendo muy bien, cariño —Miró a Susana con aire nostálgico—. ¿Puedo unirme?

—Claro, pero coge una silla. No quiero que estés mucho tiempo de pie.

—¿Qué puedo ir haciendo?

—Prepara la vinagreta, por favor —pidió Miriam—. Nadie le da el punto a los aliños como tú.

Manoli se dirigió a la despensa y, tras sentarse como le había recomendado Susana, se dispuso a echar una mano.

Durante muchos años aquella había sido su cocina, pero por cuestiones de salud había tenido que jubilarse un año antes. El corazón, tras una angina de pecho, y algunos problemas de espalda, habían sido el motivo de que no siguiera cocinando para los Figueroa. Pero no había dejado de pertenecer a la familia. Acudía a todos los acontecimientos importantes, comía con ellos algún que otro domingo y se sentía la abuela de las tres generaciones.

Fran se disponía a colocar el carbón en la barbacoa cuando escuchó el timbre de la puerta.

Marta se había unido a las mujeres en la cocina y Sergio bebía una de sus cervezas especiales

mientras charlaba con su padre.

—Debe de ser Pablo —comentó Fran acudiendo a abrir.

En efecto, este aguardaba tras la puerta corredera con una bolsa en la mano. Ambos hombres se miraron con simpatía.

—Hola, Pablo. Bienvenido —saludó Fran palmeándole el hombro.

—Gracias. He traído una botella de vino y unos dulces para el postre.

—Llévalo a la cocina, las chicas están allí. Pero antes deja que te presente a mi hijo Sergio.

Este tendió la mano, estrechándosela con firmeza.

—Encantado de conocerte, Pablo.

—El placer es mío, Sergio. Miriam me ha hablado mucho de ti. Seguí de cerca tu apresamiento y tu liberación.

—¿En serio? ¿Ya estabais juntos Miriam y tú?

—¡No, qué va! Entonces éramos amigos, sin más.

—Pues nunca nos habló de ti, creía que conocía a todas sus amistades. Pero, de todas formas, bienvenido a la familia.

—Gracias. Voy a llevar esto a la cocina.

—Por esa puerta. Está justo enfrente, no tiene perdida. Y si no, sigue las voces.

—Bien.

Tal como Fran le había indicado, nada más traspasar el umbral, un alegre murmullo de voces y risas le guio hasta la estancia donde las cuatro mujeres, con una cerveza en la mano, charlaban, aderezaban ensaladas y cortaban chacinas.

—Hola —saludó.

Miriam se volvió de inmediato.

—¡Pablo! ¿Ya estás aquí?

—¿Es muy pronto?

—Qué va, es una hora estupenda —comento Susana—. Encantada de volver a verte, y más en estas circunstancias.

—Yo también me siento feliz de estar aquí.

Pablo había coincidido con Susana en el bufete en la época en que Fran llevó su demanda, pero apenas habían intercambiado más que algún saludo breve.

—Ven, que te presento —dijo Miriam con expresión feliz—. A mi madre ya la conoces; esta es Manoli, nuestra tata. Ella nos ha criado a todos. A Marta la conoces también.

—De lejos, pero sí. Encantado.

Se intercambiaron los besos de rigor.

Miriam sintió que la manita de su hija tiraba de su jersey con insistencia.

—Mami, yo.

—Y me falta la persona más importante. ¡Esta señorita es María, la mejor pinche de cocina del

mundo!

Pablo se inclinó hasta la altura de la pequeña, poseído por una intensa emoción. Siempre había considerado a esa niña como hija suya, porque lo era de Miriam, incluso cuando no la conocía.

—Hola... yo soy Pablo, un amigo de tus abuelos y de tu mamá. ¿Me das un beso?

—Sí.

Alzó un poco la carita hasta posar los labios en la mejilla rasurada de Pablo.

—¿Vas a ser tú también amiga mía?

—Sí. He picado tomate, ¿quieres?

—Me encanta el tomate. Dame un poco.

María cogió el plato con manos poco firmes y se lo acercó a Pablo, que agarró un trozo con un tenedor que Marta le acercó, y se lo llevo a la boca.

—Hummm, está delicioso. ¿Puedo llamarte cuando tenga que picar tomates?

—Sí.

—¿Una cerveza? —ofreció Miriam—. ¿O prefieres vino?

—Vino mejor, gracias.

Marta se acercó hasta la alacena y sacó una botella, que procedió a abrir con cuidado.

—Nuestro barman particular no ha llegado aún, de modo que no esperes maravillas con el servicio —dijo risueña mientras escanciaba el líquido en una copa.

—Está perfecto, gracias.

—Puedes quedarte aquí o ir fuera con los hombres. Fran está preparando la barbacoa, de eso se suele encargar siempre él.

—Voy fuera. No es que no esté a gusto entre mujeres, ¿eh?, pero hace un día precioso y no tengo muchas oportunidades de disfrutar del sol.

—Ve con ellos —lo animó Miriam—. Nosotras terminamos en seguida y salimos también.

Pablo regresó al jardín con su copa de vino en la mano.

—Veo que ya te han servido algo de beber —observó Fran.

—Sí.

—Estamos preparando la barbacoa, pero si quieres picar algo mientras... Tenemos que esperar a que Hugo e Inés salgan del bar.

—María me ha invitado a tomates.

—¡Qué personaje, mi sobrina!

—¿Puedo ayudar? —se ofreció.

—Por supuesto. Lávate las manos en esa pileta y comienza a ensartar pinchitos. Ahí tienes las agujas.

Poco después aparecieron las mujeres y se repartieron por los sillones que bordeaban la piscina.

Miriam contemplaba a Pablo charlando con Fran y Sergio y se sintió contenta de que se entendieran bien. Su vida, en aquel momento, no podía ser más feliz.

Durante un rato charlaron viendo cómo Fran encendía el carbón y ponía la barbacoa a punto.

Susana miró el móvil que había vibrado sobre la mesa, y leyó el mensaje.

—Inés y Hugo ya salen. Estarán aquí en un cuarto de hora.

—¡Bien, bien! —palmoteó María—. ¡Viene el tito Hugo y la tita Inés!

Fran comenzó a colocar sobre las brasas los primeros trozos de carne y Miriam, Marta y Susana acondicionaron la mesa del jardín.

Colocaron un mantel y sobre él dispusieron cubiertos, platos y fuentes de comida.

Tal como habían anunciado, en poco más de quince minutos sonó el timbre de la puerta. Sergio acudió a abrir y María fue detrás.

—¡La niña! —exclamó Manoli—. Ten cuidado, Sergio, no vaya a salir fuera.

—Tranquila, tata —rio Miriam—. Va buscando a Hugo.

En cuanto la puerta se abrió, María se dirigió a su tío.

—¡Tito! Quiero un paseo.

La pareja bajó y a continuación Inés se quitó el casco y se lo colocó a la niña. Después Hugo la cogió en brazos y la subió a la moto. Tiró de ambas, mientras Inés sujetaba a la cría, hasta llegar al centro del jardín, donde la dejó estacionada.

—Cuando sea grande yo la conduciré.

—Eso se lo tendrás que preguntar a mamá —dijo Inés cogiendo a la pequeña en brazos. Le quitó el casco y le pidió—: Ahora dame un beso fuerte, fuerte.

María le echó los brazos al cuello y le dio dos besos sonoros en la mejilla.

—Eso está muy bien, cada día das mejor los besos.

—Estoy aprendiendo.

Hugo se quitó el casco a su vez y acercó la cara.

—¿Y al dueño de la moto no le das ninguno? Inés no tiene fuerzas para pasearte.

—La tita Inés es muy fuerte —dijo besando también a Hugo.

—No lo es —dijo Hugo con una mueca—. Es una floja.

Le encantaba picar a su sobrina, que adoraba a Inés.

—¡No es floja!

—Sí lo es. Mira el bracito tan canijo que tiene —Rodeó la muñeca de Inés con una mano—. No puede coger nada de peso.

—Tita, enséñale lo fuerte que eres.

—Te tengo en brazos a ti, así que soy muy, muy fuerte.

—¡Eso!

Inés dejó en el suelo a María y se acercaron a la reunión.

—Imagino que tú eres Pablo, ¿no? Yo soy Hugo.

—Encantado, Hugo.

—Ella es Inés.

Pablo la besó en la mejilla.

—Un placer, Inés. Ya veo que eres muy fuerte —dijo guiñándole un ojo a María, que no se separaba de su lado.

Hugo rodeó a la chica con un brazo y admitió:

—¡Ni te imaginas cuánto! Me lleva con mano de hierro, cubierta con guante de seda.

Inés enrojeció. Nunca terminaba de acostumbrarse a los cumplidos de Hugo, en público.

—¿No hay nada de beber para dos personas sedientas?

—Ya sabes dónde está el frigorífico —comentó Susana.

—¿Ni siquiera aquí me voy a librar de abrir botellas?

—Si te encanta... —Rio Miriam.

Se sentaron a la mesa, a la que ya empezaban a llegar platos de carne.

Fran iba a la barbacoa de vez en cuando para controlar la comida, y después se sentaba entre su mujer y Manoli.

Pablo, hijo único, contemplaba maravillado a aquella familia alegre y bien avenida de la que empezaba a formar parte. Giró la cabeza hacia Miriam, que sonreía contenta, y se sintió también feliz de estar allí.

Tras el almuerzo, Inés cogió a María en brazos y empezó a leerle unos cuentos, mientras los demás degustaban un café y un rato de sobremesa.

A media tarde, Hugo e Inés se marcharon para abrir el bar y Ángel llegó para recoger a María.

Por un momento se quedó mirando a Pablo, sentado en la mesa junto a Marta, mientras Miriam entraba a recoger una mochila con la ropa de su hija.

Cuando la mirada desafiante de ambos hombres se hizo insostenible, murmuró con tono ácido:

—Siempre supe que ibas tras ella.

Fran se crispó ante el comentario, dispuesto a intervenir, pero Pablo respondió con calma y seguridad.

—No mientras estuvo contigo. Siempre respeté eso.

La tensión se disipó. Miriam salió de nuevo y María empezó a repartir besos y abrazos de despedida. Cuando llegó a Pablo, le susurró después de besarle.

—¿Me vas a llamar para picar tomates?

—Por supuesto que sí.

Después se giró.

—Vamos, papi.

Padre e hija desaparecieron tras la verja y Miriam se dirigió a Pablo.

—En cuanto terminemos de recoger aquí nos vamos nosotros también, ¿te parece? —Se sentía impaciente por estar con él a solas, por disfrutar por primera vez de su casa ya terminada, a la que se habían mudado hacía apenas unos días.

—Marchaos ya si queréis —ofreció Marta—. Sergio y yo nos quedamos esta noche, de modo que nosotros ayudamos a tus padres a recoger.

—No me parece bien, esperamos hasta terminar.

Susana se levantó y la hizo girar hacia la casa.

—Vamos... aprovechad el fin de semana, que luego no os podéis ver. En un periquete lo dejamos todo listo entre los cuatro.

Miriam no se lo hizo repetir dos veces. Se despidieron de todos y se marcharon, dispuestos a disfrutar de lo que quedaba del fin de semana en la intimidad.

Cada uno había llegado en su coche, por lo que también se marcharon por separado. Miriam, sin problemas de aparcamiento gracias a la plaza de garaje con que contaba el piso, llegó primero y aguardó impaciente a que subiera Pablo. Estaba deseosa de enseñarle la casa ya terminada de amueblar.

Después de las reformas, él no había ido por el piso, siempre era ella quien se desplazaba a Huelva para pasar el fin de semana con él. Miriam se había dedicado a amueblar su hogar con mucha más ilusión que lo hiciera para su boda, preparando una bonita habitación para su hija y cuidando cada detalle, ayudada por Inés y Susana.

Aquella sería la primera vez que Pablo y ella pasaban el fin de semana en su casa, y había tratado de crear un ambiente tan acogedor como él solía preparar para ella cuando iba a visitarle.

Pablo llegó en cuestión de minutos, y Miriam, dispuesta a enseñarle sus dominios, se vio rodeada de un inesperado abrazo en cuanto cerró la puerta.

La boca de Pablo buscó la suya y comenzó a besarla con intensidad.

—¡Caray, qué ímpetu! —Rio ella cuando al fin se separaron.

—Tu familia es encantadora, pero ya me moría de ganas de tenerte solo para mí.

—Yo también.

Las manos de él comenzaron a buscar bajo la ropa, subiendo por los costados y cerrándose sobre la espalda, para desabrochar el sujetador.

—¿No quieres ver la casa? —preguntó Miriam, aunque sabía la respuesta.

—Luego. De momento me conformo con conocer el dormitorio.

Pablo se agachó ligeramente y, cogiéndola en brazos, se dirigió a la habitación, que Miriam había decorado en tonos verde claro y blanco.

Ella enterró la cara en su cuello, besándolo y aspirando el olor que tanto le gustaba. Se dejaron caer en la cama, todavía vestidos, y comenzaron a besarse de nuevo. Miriam nunca tenía suficiente de sus besos, la boca de Pablo contra la suya, su lengua explorando y acariciando, seguía removiendo cada fibra de su ser.

Entre beso y beso se fueron desnudando despacio, sin prisas. Tenían toda la noche y el día siguiente para ellos. Cuando se veían los fines de semana, el resto del mundo quedaba fuera. No había horarios, ni de sueño ni de comida, solo ellos dos y lo que les apeteciera hacer en cada momento. Y amarse era lo que más les urgía en aquel instante.

Cuando al fin se quitaron la última prenda, las manos de ambos se deslizaron por la piel desnuda del otro, arrancando sensaciones y gemidos.

—Eres preciosa... me vuelves loco —susurró entre beso y beso.

—Demuéstramelo.

La boca de él abandonó la suya para bajar a los pechos donde se entretuvo mucho rato. El sol de la tarde entraba por la ventana arrancando destellos dorados a la piel de Pablo y Miriam sintió el impulso incontenible de saborearla.

—Tú también me vuelves loca a mí —susurró agarrándole la cabeza y separándola de sus pechos. Se incorporó y de rodillas ambos en la cama, comenzó a lamerle el pecho trazando círculos alrededor de los pezones de él.

—Ha sido una semana larga... tengo hambre de ti. ¡Voy a comerte entero!

Pablo alzó las manos en señal de rendición.

—Yo me dejo.

Se dio un festín. Saboreó cada centímetro de su piel, chupando y lamiendo. Cuando lo obligó a tenderse boca abajo y deslizó los labios por la espalda, dejando que también su melena sedosa se deslizara por ella a la vez que sus labios, le escuchó gemir contra la almohada. Siguió bajando hasta llegar a las nalgas, y cuando las mordió Pablo ya no pudo aguantar más.

—¡Por Dios, que vas a matarme!

Se giró bruscamente en la cama y alzó los brazos hacia ella, que no le permitió que la pusiera debajo. Se sentó a horcajadas sobre él y se dejó caer para que la penetrase de un tirón. El grito de ambos fue unánime.

Pablo colocó las manos sobre sus caderas, tratando de guiarla, pero Miriam se movió sobre él a su ritmo, tan frenética como el deseo que sentía en aquel momento. Disfrutó mirando la cara de Pablo con sus movimientos, viendo cómo lo llevaba hasta el punto de no retorno. Se corrieron a la vez entre jadeos entrecortados y gemidos.

Después, él la rodeó con los brazos y la tendió sobre su cuerpo hasta que se calmaron los latidos furiosos de sus corazones.

—Nadie puede decir que no hemos estrenado tu cama con honores.

Miriam rio contra su pecho y le dio un beso ligero sobre el pezón. Todavía vibraba entera por las sensaciones experimentadas. El sexo con Pablo era siempre diferente, intenso y maravilloso.

—Como debía ser.

—Pero... no sé si te has percatado, yo acabo de hacerlo ahora mismo. No me he puesto preservativo.

—No hacía falta. Llevo tomando la píldora unas semanas; ya es seguro hacerlo así.

La mano de Pablo se deslizó perezosa por la espalda de Miriam, apartando el pelo para tocar la piel bañada por el sol del atardecer.

—Miriam... ¿Algún día querrás tener un hijo conmigo?

Ella levantó la cara y lo miró a los ojos.

—Por supuesto que sí. Más adelante. Cuando esté segura de que esto funciona.

—Yo no tengo ninguna duda de que va a ser así, pero estoy de acuerdo contigo en esperar. Quiero tenerte para mí solo durante un tiempo.

—No te imaginas cómo te cambia la vida un bebé. Es maravilloso, pero no tienen horario y absorben todo tu tiempo y hasta la última migaja de tus energías.

—Lo imagino. ¿Crees que le he caído bien a María?

—Te ha ofrecido tomates... eso no lo hace con todo el mundo.

—Es importante para mí que me acepte.

—Lo hará. Es una niña muy sociable y muy cariñosa.

—¿Crees que sería buena idea que me pase por aquí algún que otro día a mitad de semana, para que se vaya acostumbrando a mi presencia?

—Sería genial. Poco a poco.

—Así, de paso... —dijo dándole un pequeño azote en las nalgas—, puedo darle un achuchón a su madre entre sábado y sábado. Se me hace muy larga la espera, ahora que no tengo la excusa de las reformas.

—Serás bienvenido. Me está entrando un poco de hambre —añadió cambiando de tema. Pablo rio, hacía rato que esperaba esa frase. Ya se había acostumbrado a que el sexo despertara el apetito de Miriam.

—Vamos a comer algo, sí. Y me tienes que enseñar la casa... a ver qué posibilidades tiene —propuso guiñándole un ojo.

—¿Estás tratando de buscar sitios...?

—Ajá. Ya sabes que cuando estoy cerca de ti solo puedo pensar en una cosa.

—Anda, vamos... —dijo saltando de la cama y tirando de él en dirección al baño—, podemos empezar por la ducha.

Capítulo 28

Miriam veía con su hija una película de dibujos animados tendidas ambas en el sofá. Le encantaban los ratos que compartían haciendo cosas en común, y a ella le gustaban las películas de dibujos tanto como a la niña. Cuando terminó, y antes de llevarla al baño, le preguntó:

—María... ¿te acuerdas de Pablo? Estaba en casa de los abuelos el día de la barbacoa.

—Sí... le gustan los tomates.

—Exacto. Y a ti, ¿te gusta él?

—Sí. Es muy grande.

—Sí, lo es. Y muy bueno y simpático, ¿verdad?

La niña asintió.

—¿Te gustaría que viniera un día a vernos?

—¿A la casa de los abuelos?

—No, aquí, a nuestra casa. Como es una casa nueva no la ha visto nunca y le gustaría conocerla.

—Se la enseñamos. Y le damos tomates.

—Es una buena idea. Tú los puedes preparar, que te salen muy bien.

—Sí, sí, le preparo tomates a Pablo. Se va a poner contento, ¿verdad?

—Muy contento.

María palmoteó alegre.

—¿Hoy?

—No, cariño, hoy es ya muy tarde. Ahora nos vamos a bañar, a cenar y a la camita.

—¿Y me lees un cuento?

—Claro.

—Y mañana va a venir Pablo.

—Es posible que pueda venir mañana, sí.

—¡Qué bien! ¿Y sabe leer cuentos?

—Si no sabe, le enseñaremos.

En cuanto la niña se acostó, Miriam telefoneó a Pablo.

—Hola, Pablo.

—Hola, preciosa. ¿Cómo va todo?

—Genial. María acaba de dormirse.

—¿Significa eso que te tengo un rato para mí solo?

—Así es, aunque no dispongo de mucho tiempo. He hablado con ella de que vengas a vernos.

—¿Y?

—Está encantada. Quiere prepararte tomates. Espero que realmente te gusten, porque es un poco

pesada cuando algo se le mete en la cabeza, y me temo que vas a comerlos cada vez que vengas a casa.

—Me gustan, no te preocupes. Ya me encargaré de decirle que también me gustan las galletas —añadió—. Comerlas y prepararlas.

—Pues te va a salir una ayudante, porque le encanta cocinar. No se parece a su madre.

—¿No cocinas?

—Sí que lo hago, pero no me gusta demasiado.

—Pues cuando esté allí te robaré esa cocina tan bonita que has puesto.

—Te la cederé con gusto. También te tocará leer cuentos y hacer puzles, de modo que prepárate.

—Me encantará hacerlo, Miriam. ¿Cuándo quieres que vaya?

—María ha propuesto mañana.

—¿Y tú?

Miriam rio.

—Yo también, si puedes.

—En ese caso, no se hable más. Mañana a media tarde estaré por allí.

—¿Y te quedarás a dormir?

—Si lo estimas conveniente.

—Creo que cuanto antes se acostumbre a la situación, mejor será.

—¿Seguro que estás pensando solo en María?

Ella lanzó una carcajada.

—No del todo.

—Ya me parecía...

—Tengo ganas de verte.

—Y yo a ti, preciosa. Siempre.

—Te voy a dejar, aún tengo que ducharme, cenar, y preparar unos documentos para mañana. Pero no me he resistido a la tentación de escuchar tu voz unos minutos.

—Nunca te resistas a eso. Me paso el día esperando este momento.

—Y yo.

—No te entretengo más. Buenas noches, cariño. Nos vemos en unas horas.

—Hasta mañana, Pablo, buenas noches.

A media tarde, y tal como había anunciado, Pablo llegó a casa de Miriam. En el frigorífico reposaba una ensalada de tomates que madre e hija habían preparado un rato antes, para regocijo de la pequeña, y una carne al horno para acompañarla.

En cuanto entró al salón, se dirigió a María y la levantó en brazos.

—Hola... —saludó—. ¿Me das un besito?

—Sí.

La pequeña le echó los brazos al cuello y le dio un sonoro beso en la mejilla. Miriam les observaba emocionada.

En seguida la niña se revolvió para que la bajase y le agarró la mano.

—Ven... —dijo tirando de él hacia la cocina. Esta había quedado realmente espectacular, una vez terminada.

Pablo se dejó llevar y una vez ante el frigorífico, la niña le pidió.

—Ábrelo.

La mirada de Pablo se dirigió hacia Miriam, que asintió con la cabeza. Obedeció y clavó la mirada en el cuenco de ensalada.

—¡No me lo puedo creer! ¿Has preparado tomates? ¿Son para mí?

María asintió satisfecha.

—Cómetelos.

Miriam intervino.

—No, cariño, son para la cena.

Pablo se volvió hacia la niña.

—Es un regalo estupendo, María. Y yo también tengo otro para ti —dijo cogiendo una bolsa de plástico que había depositado sobre la mesa al entrar—. ¿Te gustan los cuentos?

—Síííí, mucho.

—Pues te he traído un libro lleno de cuentos.

—¿Tú sabes leerlos?

—Claro.

La niña se volvió hacia Miriam y palmoteó.

—¡Sí sabe, mami!

—Qué bien, María. Así no tenemos que enseñarle.

—¿Quieres que te lea uno ahora?

—Síííí.

—Pues ve al sofá y escoge el que prefieras. En seguida vamos mamá y yo.

María, obediente, hizo lo que le pidió. Pablo se demoró un poco y, agarrando a Miriam por la cintura, le dio un beso rápido en los labios.

—No te me pongas celosa, ¿eh? Esta tarde es para esa señorita, tengo que hacerme querer... Luego te tocará a ti.

—Puedo compartirte con ella sin problemas.

—Vamos a leer cuentos.

—Dile que uno o no te dejará en paz.

Pablo soltó a Miriam y ambos salieron al salón y se sentaron en el sofá.

Después de leer un par de cuentos, Miriam se llevó a la niña para bañarla y Pablo se recostó en el sofá. El piso había quedado muy bien, sencillo y acogedor. Los muebles claros y de líneas rectas,

combinaban a la perfección con cortinas y tapicerías. Se dijo que sería un buen lugar para vivir, si algún día Miriam quería que compartieran casa. Todavía era muy pronto, pero tenía la esperanza de que, en el futuro, ella quisiera vivir con él. Que ellos y María fueran una familia.

Poco después, ambas regresaron, y con la niña ya bañada y en pijama, se sentaron a cenar los tres juntos. Pablo alabó los exquisitos tomates, ante la sonrisa de satisfacción de María y, tras la cena, preguntó, tal como había ensayado con Miriam:

—¿Puedo quedarme a dormir aquí? Vivo muy lejos y se ha hecho de noche... me da miedo irme solo a mi casa.

María puso cara de pena. El miedo y la oscuridad era algo que entendía perfectamente.

—¿Puede, mami? Le da miedo... ¿Le dejamos que se quede?

—Vale.

María le agarró la mano.

—Sí, te quedas. Aquí se duerme muy bien y no pasa nada malo.

—Gracias —musitó dándole un nuevo beso en la mejilla—. Sois muy buenas tu mamá y tú.

—Pero tú te tienes ya que ir a la cama, señorita —dijo Miriam levantándose. Da las buenas noches.

—Buenas noches, Pablo.

Le besó de nuevo y salió con Miriam de la habitación.

—¿Me lees un cuento, mami?

—Pero cortito, que ya Pablo te la leído dos esta tarde.

—Vale.

Poco después, Miriam se reunió con él.

—¿Se ha dormido?

—Aún no, pero no tardará.

Él abrió los brazos y Miriam se refugió en ellos.

—Te la has metido en el bolsillo esta tarde.

—También ella lo ha hecho conmigo. Es encantadora. Voy a querer a esa pequeña tanto como a su madre.

—Demuéstrame cuánto quieres a su madre.

—¡A la orden! —dijo, y comenzó a besarla.

Capítulo 29

Las visitas de Pablo a mediados de semana se hicieron habituales y María las aceptó con naturalidad. Los sábados y domingos, en su mayoría, era Miriam quien se desplazaba hasta Huelva, y a medida que avanzaban los meses y llegaba el verano, solían ir a pasar el día a la playa.

Aquel fin de semana de agosto, fue él quien viajó hasta Sevilla porque Ángel estaba de vacaciones y María se quedaba con Miriam. La niña le recibió tan efusiva como siempre, dándole un abrazo y sonoros besos cuando él la alzó. Luego, la pequeña, perspicaz, reparó en la bolsa de plástico que él traía en la mano. Ya no llevaba equipaje, cada uno había ido dejando algo de ropa en casa del otro para evitar estar con maletas todas las semanas.

—¿Qué es eso? —preguntó pícara, intuyendo alguno de los pequeños regalos que Pablo solía traerle.

Tras besar a Miriam en la mejilla, algo que había empezado a hacer delante de la pequeña hacía ya bastante tiempo, respondió:

—Moldes de mariposa.

—¿Qué son moldes de mariposa?

Él desenvolvió el paquete y le mostró las pequeñas figuras de silicona.

—Son para hacer galletas en forma de mariposa. He pensado que podíamos hacerlas esta tarde.

—¡Sí, sí!

—Antes vamos a invitar a Pablo a desayunar —propuso Miriam—. Seguro que no ha tomado nada todavía.

—Solo un café.

—Yo quiero Cola Cao, mami.

—Tú ya has desayunado.

—Pero quiero otra vez con Pablo.

—De acuerdo, te pondré un Cola Cao.

Ella se sirvió un café y los tres se sentaron a compartir el desayuno.

—¿Vas a estar mucho tiempo hoy? —preguntó María acostumbrada a que Pablo llegase a media tarde y se marchase por la mañana el día siguiente, tras pasar con ellas unas pocas horas.

—Me voy a quedar dos días, si os parece bien.

—Sííí, sííí —dijo bebiendo de su vaso y dejando un bigote de cacao sobre el labio superior—. Papi dice que tú eres el novio de mamá.

—Sí, lo soy.

La niña se volvió hacia Miriam.

—¿Qué es un novio?

—Es una persona que te quiere mucho, te cuida, y te da besitos y abrazos.

—Entonces Pablo también es mi novio, ¿verdad?

Este intervino.

—Soy muy mayor para ser tu novio. Los novios deben ser de la misma edad.

María se quedó pensativa por un momento.

—Entonces Rubén, del cole, es mi novio. Siempre me da besos y me deja comer sus patatas.

—Seguro que lo es —comentó Pablo divertido.

Miriam sonrió.

—Yo mandándole fruta cortada para el recreo y ya hay un hombre que me la pervierte dándole patatas.

Pablo lanzó una carcajada.

—Hazte a la idea de que esto no ha hecho más que empezar.

Terminaron de desayunar y salieron a dar un paseo antes de que el calor resultara sofocante.

Susana les había invitado a darse un chapuzón en la piscina que aliviase el terrible calor de agosto, pero a Miriam le encantaba tener a Pablo en su casa y disfrutar de su compañía en familia.

Después del paseo, María y él entraron en la cocina a preparar las galletas. La niña, impaciente, no había podido esperar a la tarde.

Miriam les contemplaba hurgar con las manos en la masa pegajosa, riendo y divirtiéndose juntos, y sonrió pensando en que cada vez estaba más enamorada de aquel hombre que había cambiado su vida con su sola presencia. Disfrutaba con él de pequeñas cosas como paseos, comidas o baños en el mar, y su cuerpo temblaba de impaciencia esperando el momento de hacer el amor.

Poco quedaba de la Miriam infeliz e insatisfecha de un año atrás en la boda de Marta y Sergio.

También había sabido ganarse el cariño de su hija, la pequeña le adoraba y preguntaba sin cesar cuándo iría a verlas, y cuando se marchaba, solía pedirle que se quedara un ratito más.

A mediodía, un intenso olor a dulce impregnaba el piso, y Miriam se llevaba a su hija al baño para quitarle los pegotes de masa del pelo.

—Me he manchado un poquito —dijo apesadumbrada.

—No importa, cariño. A mí me pasaba lo mismo cuando cocinaba con la tata, pero luego me bañaba y listo. Cocinar es muy divertido, ¿verdad?

—Sí.

—En cuanto salgamos estarán horneadas las galletas y las podremos comer de postre.

Nunca María se había dado tanta prisa en bañarse, y cuando salieron aún tuvo que esperar unos minutos para ver cómo Pablo sacaba el contenido del horno.

—Mira, mami, qué bonita —dijo ofreciéndole una mariposa con pepitas de colores en las alas.

—Es preciosa —admitió Miriam.

—Hay que esperar a que se enfríen —intervino Pablo—. Vamos a comer mientras.

—¡Vale!

El postre estaba delicioso, y Miriam tuvo que prohibirle a su hija que comiera todo lo que deseaba, temerosa de una indigestión.

Después la acostó a dormir una siesta y Pablo y ella se tendieron en el sofá a disfrutar de un rato de tranquilidad. Enseguida sintió los brazos de él rodearle la cintura desde atrás y Miriam recostó la espalda contra su pecho. La boca buscó el hueco bajo la oreja y se entretuvo allí un rato. Después susurró:

—Cada vez me cuesta más irme de aquí.

—Y a mí que te vayas. Cuando te marchas, me gustaría decirte como María: «quédate otro ratito».

—¿Y por qué no lo haces? A lo mejor, me quedo.

—Porque vives y trabajas en Huelva.

—Pero eso se podría cambiar, solo con que tú quieras.

Miriam se volvió y lo miró a los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Que si tú quieres... yo puedo venirme a vivir contigo. Cuando tú decidas... y con las condiciones que tú pongas.

Por un momento la mente de Miriam formó la imagen de ellos tres viviendo allí y el pulso se le aceleró.

—¿Estás tratando de decirme que dejarías tu casa y tu trabajo allí, para venirte a Sevilla a vivir conmigo?

—Me iría al fin del mundo a vivir contigo.

—¿Y tu trabajo? Al fin tienes tu estudio montado, tu sueño....

—Si me dejas un huequito en la habitación de invitados para poner mis trastos, puedo trasladar mi estudio aquí. No todos mis clientes están en Huelva, debo moverme continuamente de un sitio a otro. Yo siento que mi vida está contigo, donde tú estés. Tú y María, que me ha robado el corazón tanto como tú.

A Miriam se le empañaron los ojos.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente. Si tú quieres, te daré la lata veinticuatro horas al día, siete días a la semana.

Miriam se dejó caer contra él, y buscó sus labios, sobre los que susurró:

—Dámela.

Asombrado, Pablo se separó y la miró a los ojos.

—¿Estás segura? ¿Quieres que me venga a vivir contigo?

—Es lo que acabas de proponerme, ¿no?

Tragando con dificultad, él asintió.

—Sí.

—En ese caso puedes disponer de la habitación de invitados para montar tu estudio. Porque dormir, supongo que querrás hacerlo en la mía.

—Sin lugar a duda.

—¿Y tu casa?

—Puede servir de estudio para mis trabajos en Huelva y como casa de vacaciones y fin de semana. La

chimenea es una pasada, ya lo sabes.

Miriam sonrió recordando las tardes frente al fuego besándose, haciendo el amor o simplemente soñando.

—Y en verano tiene la playa a diez minutos —añadió Pablo.

—Sí.

—Habrá que consultarlo con María cuando se despierte.

—¿Tienes dudas de lo que te va a decir?

Él rio.

—No, pero quiero que pueda decidir también.

—Nos vamos a poner como ballenas de tantas galletas —se lamentó Miriam poniendo los ojos en blanco.

—Lo alternaremos con tomates.

—Buena idea.

Pablo se echó hacia atrás en el sofá y la arrastró consigo para besarla.

—Puede despertarse y aparecer aquí en cualquier momento. Sus siestas no son demasiado largas.

—Solo te voy besar... y le hemos dicho que los novios se besan. Si voy a vivir aquí con vosotras no estoy dispuesto a renunciar a eso.

—Ni yo quiero que lo hagas. Mis padres se besaban de continuo, y nosotros nos habituamos a verlos. Y nos reíamos mucho cuando los pillábamos. Eché mucho de menos eso en mi matrimonio... Por suerte lo tengo contigo.

Pablo la besó con intensidad, dándole una muestra de lo que sería su convivencia. Luego Miriam se separó, y le dijo muy seria:

—Y hablando de matrimonio... hay una cosa que quiero dejar clara.

—Dime.

—Aunque vivamos juntos, e incluso tengamos hijos... no voy a casarme contigo.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Porque no creo en el matrimonio, aunque ya me casara una vez. Creo en la pareja, en la familia y eso ya lo tenemos. No es necesario firmar ningún papel.

—¿Ni siquiera una boda civil?

—Ni siquiera. Una boda, sea del tipo que sea, me parece un circo con dos actantes y muchos espectadores, y no quiero volver a pasar por eso.

—De acuerdo. Pero a mí, algún día, cuando ya nuestra convivencia esté consolidada, me gustaría hacer algo, algún tipo de ceremonia, para celebrar nuestra unión. Aunque solo sea entre nosotros.

—Bien, si es así, ya se nos ocurrirá algo. Ahora sigue besándome antes de que María se despierte.

Epílogo

Año y medio después

Miriam y Pablo caminaban por la playa aquel domingo de marzo cogidos de la mano. A aquella hora temprana, apenas las once de la mañana, estaban prácticamente solos para gozar de la intimidad que requería lo que pensaban hacer.

Bajaron hacia un punto concreto de la arena que los dos conocían muy bien y se detuvieron a la par.

Pablo contempló a Miriam, vestida con un traje informal y veraniego de color blanco, y se dijo una vez más lo bonita que era. Él se había puesto un pantalón negro y una camisa blanca para la ocasión. Porque aquel no era uno más de los paseos que solían dar por la playa. Habían ido a casarse, en una ceremonia íntima y privada, diseñada por ellos mismos, después de que el día anterior hubieran presentado en el juzgado la documentación para constituirse como pareja de hecho.

No había nadie más, ni familia ni amigos; ni siquiera María estaba presente. Era un asunto que les concernía a ellos dos, y no querían espectadores. Miriam había insistido en ello. Había pasado ya una vez por una boda bulliciosa y no quería repetir la experiencia.

Después de hablarlo con su familia, estos habían respetado su decisión y se habían mantenido al margen, sin poner objeciones.

Parados en la arena, en el mismo sitio donde se habían visto por primera vez, se cogieron de las manos y, mirándose a los ojos, pronunciaron las palabras que se habían preparado en secreto.

—El amor es el sentimiento más grande y bello que se puede dar entre un hombre y una mujer —comenzó Pablo con voz enronquecida por la emoción—. Ennoblece al que lo siente y también al que lo recibe. No siempre es correspondido, pero eso no lo hace menos hermoso. Yo hoy tengo la inmensa dicha de que el mío por ti, lo sea. No ha sido fácil llegar hasta aquí, los dos hemos pasado momentos difíciles, pero al final lo hemos conseguido. Miriam, yo te tomo por esposa y prometo amarte, cuidarte y respetarte todos los días de mi vida. Mientras me quede un soplo de aliento, mi amor será para ti.

Miriam sintió los ojos empañarse al escuchar las palabras que tantas veces había leído y carraspeó un poco antes de hablar, y decir con voz firme:

—Todo empezó con un beso, que me removi6 el alma y el cuerpo hasta los cimientos, y no lo supe ver. Hoy, tus besos son el pilar de mi vida, sin ellos y sin ti, nada tendr6a sentido. Me has dado lo que siempre quise tener: amor, pasi6n y felicidad. Hoy estoy aqu6 para decirte que quiero ser tu mujer, tu amiga y tu compa6era, la que comparta contigo las alegr6as y las penas, los logros y los fracasos. Quiero ser la madre de tus hijos... el primero de los cuales podr6a estar ya en camino —a6adi6 risue6a contemplando la expresi6n asombrada de Pablo.

Él se inclin6 un poco.

—¿Puedo ya besar a la novia?

—Esto no ser6 oficial mientras no lo hagas.

Dio un paso hacia ella y la rodeó con los brazos. Miriam alzó la cara y los labios se encontraron cargados de emoción y de promesas. Saborearon el sabor a sal que la brisa marina ponía en sus bocas, el amor y el deseo. Cuando se separaron, Pablo ahondó en su mirada y preguntó lo que le quemaba en los labios.

—¿Es verdad eso de que estás embarazada?

—No he dicho que lo esté, sino que podría estarlo.

—¿Te ha faltado la regla?

—Aún no, pero dejé de tomar la píldora cuando hace unas semanas hablamos de hacer esto y después ampliar la familia. Pensé que si había suerte podría hacerte un regalo de bodas especial.

—No podrías hacerme otro mejor. Yo también tengo algo para ti.

—¿En serio? ¿Qué?

Pablo metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó un sobre alargado. Miriam lo abrió con impaciencia.

—¿Billetes para un crucero por el Egeo?

—En uno de tus primeros correos me dijiste que te gustaba viajar y que, a tu entonces pareja, no. Bien, pues a mí me encanta... y una boda no es tal sin el consiguiente viaje de novios.

Volvieron a besarse, ante la mirada de unos pescadores que se acercaban.

—Los habituales de la playa están empezando a llegar. ¿Nos vamos?

—Sí. Ya hemos hecho lo que teníamos previsto. Vamos a casa.

Cogidos de la mano de nuevo, se dirigieron al coche y emprendieron el regreso a Sevilla.

Cuando ya estaban cerca, sonó el teléfono de Miriam.

—Es mi madre —dijo descolgando—. Hola, mamá.

—¿Estáis ya debidamente «casados»?

—Pues sí, con beso incluido, para que sea oficial.

—Pues yo me temo que os voy a aguar un poco la noche de bodas. Ángel ha traído a la niña hace un rato porque tiene fiebre y quería estar contigo. Pero si quieres, se queda aquí, para que podáis disfrutar de intimidad.

—No, no, ni hablar. Ahora la recogemos. Ya estamos cerca, no tardaremos mucho.

—Vale.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pablo cuando cortó la llamada.

—Es María... tiene fiebre y Ángel la ha llevado a casa de mi madre. Habrá ido a la nuestra y al no encontrarnos habrá pensado que estaríamos allí. Le he dicho que la recogeríamos de camino.

—Por supuesto.

—Lo siento...

—No te preocupes... María es lo más importante. Ya tendremos nuestra noche otro día.

Miriam apoyó la mano sobre el muslo de Pablo y lo acarició.

—Gracias.

—María es mi hija también, aunque llame padre a Ángel. No me des las gracias.

Pablo giró en la rotonda y enfiló la carretera secundaria que llevaba a Espartinas.

—¿Tiene mucha fiebre?

—No lo sé, mi madre no me ha dicho nada más. Estaba un poco apurada por cortarnos el rollo.

Pocos minutos después entraban en el chalé. A pesar de la bonita mañana y la agradable temperatura no había nadie en el jardín, por lo que Miriam empezó a temer que la niña estuviera peor de lo que esperaba. Empujó la puerta que no estaba cerrada del todo y en cuanto traspasó el umbral una lluvia de arroz les cayó encima.

—Pero... ¿Qué...?

Al instante se dio cuenta de que sus padres no estaban solos, sino acompañados de Hugo, Inés, Sergio y Marta. Y María tenía en la mano un puñado de arroz que aún continuaba tirándoles poco a poco.

—¡Felicidades! —empezó a escuchar a su alrededor y al momento se vieron rodeados de abrazos y felicitaciones.

—Mami, mami... Felicidades. ¿Es tu cumple? La abuela y yo hemos hecho una tarta.

—No cariño, es que Pablo y yo nos hemos casado. ¿Pero tú no estás malita?

—No, es una sorpresa.

Al fin alzó la cara hacia su madre.

—Perdona si te he preocupado, pero teníamos que hacerte venir. Sabemos que no querías una boda al uso, pero seguro que no le haces ascos a una barbacoa familiar para celebrar el acontecimiento.

—¡Claro que no le hago ascos a una barbacoa familiar! ¡No podría pedir una celebración mejor!

—Hasta Hugo e Inés lo han arreglado para venir.

—Hemos contratado un camarero nuevo para poder hacer un poco de vida social —dijo Inés.

—Quiere que la lleve al Caribe por su cumpleaños, que será el mes que viene —susurró Hugo con un guiño.

—¡Al Caribe no! —protestó enfurruñada—. Te he dicho que quiero ver mundo, no playa. Para tumbarme en la playa nos vamos a Ayamonte o a Cádiz con Sergio y Marta.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó Susana.

—A algún sitio bonito y romántico.

—No te preocupes, Inés. Ya le pillaremos y le susurraremos ideas en el oído, porque este de romántico... —Rio Marta.

—A mí Pablo me acaba de regalar un crucero por el Egeo como viaje de novios.

Inés abrió mucho los ojos.

—¡Ohhh, un crucero!

Hugo salió de la habitación tratando de esconder una sonrisa. Fran se fue tras él.

—¿Dónde la piensas llevar?

—También de crucero por la costa italiana, con noche en Venecia.

—Le va a encantar...

—Pero le voy a decir que vamos a Málaga. El barco zarpa desde allí. Me muero de ganas de verle la cara cuando lo vea.

—Y yo. Haz foto, por favor.

Salieron de la cocina con una botella de cava en las manos.

—Los novios no han brindado aún.

Miriam estaba desbordada repartiendo saludos y besos. María le tiraba de la falda insistiendo para que viese la tarta que habían preparado

—¡Brindis, brindis...!

Repartieron copas y Hugo hizo los honores llenándolas.

—¡Por los novios!

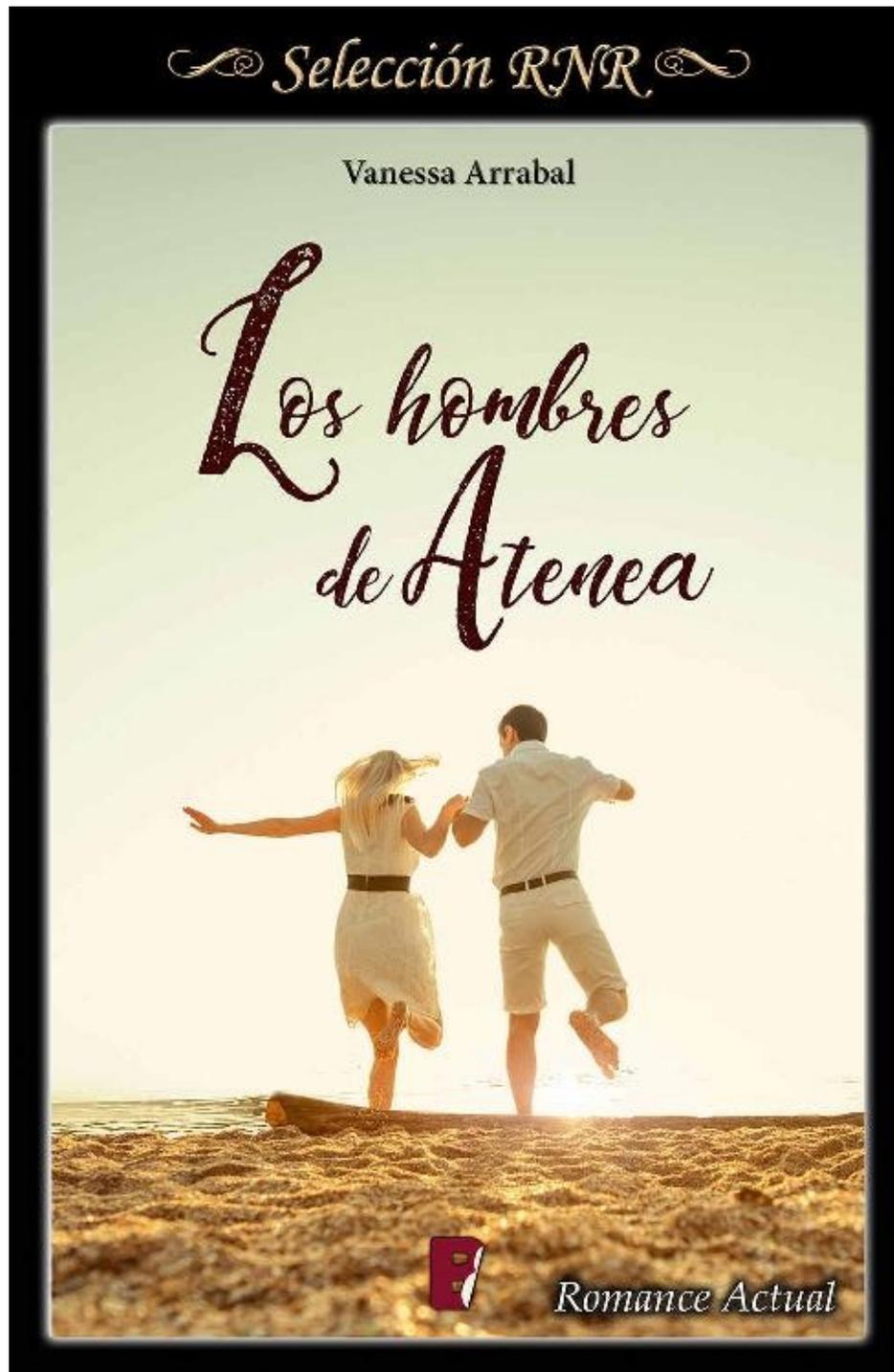
Pablo y Miriam se miraron, sonrientes. Aunque era cierto que no querían un banquete de bodas al uso, el que la familia les hubiera organizado una comida, les había emocionado. El año y medio que llevaban viviendo juntos había sido maravilloso, y la posibilidad que Miriam había apuntado de un posible embarazo en breve añadía una nota de felicidad a ese día especial.

—Por mi preciosa mujer, que me robó el corazón el primer día que la vi —dijo Pablo alzando la copa.

Miriam chocó la suya y añadió:

—¡Por el hombre de la playa!

Si te ha gustado
Amigos, sin más
te recomendamos comenzar a leer
Los hombres de Atenea
de Vanessa Arrabal



1. Atenea y los sueños

Era la cuarta vez que soñaba con él ese mes. En tres días, mayo se convertiría en junio; teniendo en cuenta que era martes, si antes del sábado Álvaro aparecía de nuevo en sus sueños, habría batido su propio récord de apariciones oníricas. Atenea había estimado que soñaba una media de tres veces al mes con él, a veces cuatro, a veces dos... pero cinco serían demasiadas. No quería pensar en lo que podía significar, tal vez no significara nada, nada de nada. Dejó correr el agua fría mientras se lavaba la cara con las manos, pensó en el medioambiente y se dispuso a cerrar el grifo, pero su mente volvió a recrearse en el sueño y no fue hasta algunos segundos más tarde que su mala conciencia la obligó a cerrarlo.

Cuando los sueños eran tan reales, la obnubilación que provocaban se prolongaba en ocasiones hasta después del desayuno. Atenea necesitó dos tostadas con mermelada y un café cortado de cápsula para eliminar la sensación de protagonista de comedia romántica que la embargaba desde el despertar.

—Atenea, te he dicho que me voy ya, tengo prisa, he quedado con un cliente a las nueve.

Atenea miró a su marido con ojos de mochuelo intentando dilucidar qué demonios le habría dicho.

—¡Atenea! ¿Dónde andas? Que me voy, que es tarde.

—¿Qué? Oh, sí, vete, vete. —Meg Ryan abandonó su cuerpo y volvió a ser simplemente Atenea.

Se acercó para besar a su marido en los labios. Jamás lo dejaba irse sin un beso, era muy consciente, tal vez demasiado, de los caprichosos infortunios de la vida, cualquier momento podía ser el último. Ella por si acaso, siempre besaba a su marido. Lo llevaba haciendo diecinueve años y nueve meses.

Mario, su marido, cerró la puerta tras de sí con el ímpetu de los que llegan tarde. Atenea se sintió liberada y en cierto modo culpable; sin Mario allí, ella podría abandonarse a sus pensamientos de mujer adúltera en sueños sin remordimientos; si había que fustigarse, ya lo haría después. A decir verdad, el sueño no había sido ni lo más mínimamente erótico, si lo pensaba no había habido ni siquiera un beso, ni uno pequeñito, el mayor contacto entre Álvaro y ella había sido el roce de sus codos, pero menudo roce de codos... Recreó de nuevo los momentos fugaces del sueño que su mente consciente lograba recordar: Álvaro, con el aspecto que tenía a los treinta años, acercándose decidido a ella y diciéndole algo al oído, algo irrelevante, algo olvidable. Gente alrededor, su amiga Tania bailando, Álvaro y ella apoyados en la barra de un bar, bebiendo ron, rozando los codos, mirándose con el ansia de los adolescentes. Alguien que se acercaba y se llevaba a Álvaro, quién antes de desaparecer por completo entre la multitud, se giraba y preguntaba: «¿Vienes?». Fin del sueño. Atenea ya nunca sabría si había ido o no. Si la pregunta la hubiera hecho en el mundo real, Atenea ya sabía la respuesta: «No, no voy», por eso le intrigaba tanto saber qué habría contestado su subconsciente.

Atenea era el nombre de la diosa griega de la sabiduría, también de la guerra, y además murió virgen. Nunca comprendió porqué sus padres eligieron ese nombre, sobre todo teniendo en cuenta que sus dos hermanas mayores se llamaban Carmen y Amparo; suponía que, al ser la tercera, sus padres consideraron que era el momento de darle emoción a la vida, salirse un poco de lo ordinario, o tal vez buscaban una pelea con el funcionario del registro civil o un rifirrafe con el cura, algo que les diera vidilla. Sea como fuere, si tal rifirrafe existió alguna vez, al menos el cura había salido victorioso pues, aunque Atenea nunca lo supo, en su acta bautismal figuraba con el nombre de María Atenea. Una vez le preguntó a su madre el porqué de su nombre, su madre la miró igual que si le hubiera preguntado por la hora de la cena

y contestó: «¿Y por qué no?». Abrumada quizá por aquella respuesta imprecisa que abría una nueva interrogante, decidió darse por satisfecha y no volver a preguntar en unos cuantos años.

Lo cierto era que nunca se sintió como una diosa, tal vez entre los dieciséis y los veinticinco, cuando no necesitaba hacer régimen para mantener el tipo y el mundo se presentaba como un lugar a conquistar. Tampoco se creía excesivamente sabia, era culta y lista, pero para ella, cuyo hemisferio derecho predominaba sobre el izquierdo,¹ una persona sabia era aquella que se había acabado El Quijote y además podía desarrollar integrales con fluidez, ella solo había hecho lo primero y con un poco de trampa.

Respecto a la guerra, Atenea se consideraba una persona pacífica; no le gustaba guerrear ni discutir, le consumía una energía que necesitaba para otras cosas más relevantes, como comprar el pan, hacer yoga o bailar a escondidas delante del espejo de su armario.

Virgen tampoco era, no había más que echar un vistazo a su suelo pélvico o a su hija Paula. La virginidad era, por fortuna, una cualidad en desuso que ella abandonó a los dieciocho años, poco después de conocer a Mario. Tendida en aquella cama de noventa centímetros, agotada, no tanto por el acto sexual como por los nervios previos, sonrojada y con el rímel corrido, se había sentido feliz de haber abandonado su condición de virgen en los brazos de aquel hombre, niño, joven... no había sabido bien cómo calificar a ese ser al que quería absorber a trocitos, para degustarlo lentamente, un ser humano que alguien había puesto en su camino para volverla loca de atar. Mario... el solo pensamiento de su nombre la hacía estremecer. Nunca una primera vez estuvo llena de más amor.

El amor, eso era algo que se le daba bien a Atenea, igual que se le daba bien organizar fiestas o jugar al Pinnacle. Su relación con Mario había estado exenta de grandes crisis, se querían y respetaban. Habían solventado juntos las pequeñas y grandes miserias del día a día, habían salido airoso de los pequeños contratiempos, habían discutido y se habían detestado durante largas horas, pero bastaba una sonrisa cómplice de uno, para que el otro bajara la guardia y se dejara querer. Antes de Mario, Atenea se había dejado conquistar por varios pretendientes de los que solo tres merecerían ser mencionados en unas memorias: Michel, su novio de párvulos; Enrique, su primer beso, y Álvaro, el dichoso Álvaro.

Sin duda, habían tenido que pasar algunos años hasta que Atenea comprendiera y experimentara que no hay amor romántico que pueda nunca compararse al amor incondicional que se les tiene a los hijos. Paula llegó una madrugada en vísperas de la feria, después de veintiséis horas de parto, una maniobra de Kristeller y dos fórceps como dos demonios. Atenea adoraba a su hija y su hija a ella, aunque Paula evitara cualquier muestra pública de ese afecto. La faceta de madre era una de las más gratificantes de su vida.

Atenea había estudiado filología hispánica sin saber muy bien por qué, ella siempre culpaba a Jane Austen y a sus adictivas novelas de casto amor inglés de aquella decisión. A las dos horas del primer día de clase ya sabía que jamás acabaría esa carrera; aun así, aguantó tres años más. Su primer trabajo había sido en un videoclub, de él había odiado el horario y adorado recomendar películas a los clientes. Después llegarían diversos trabajos en tiendas de ropa, inmobiliarias y bufetes de abogados. Desde hacía seis años, era la bibliotecaria del pueblo. Su empleo más gratificante después del videoclub y con un horario muchísimo mejor. Su trabajo en la biblioteca le permitía hacer dos cosas muy placenteras:

descubrir pequeñas joyas literarias y, de vez en cuando, mandar a callar a algún cretino.

Como a cualquier ser humano, había dos formas de interpretarla:

Atenea, vista desde fuera: bibliotecaria de cuarenta y dos años, de cierto atractivo físico; algunos dirían que guapa, otros que resultona y otros encontrarían su nariz demasiado alejada de los cánones de belleza modernos como para resultar bonita, felizmente casada con un ingeniero industrial y madre de una adolescente. Simpática la mayor parte del tiempo, «borde que te cagas» en ocasiones cada vez más numerosas y de timidez selectiva.

Atenea, vista desde dentro: ser humano de sexo femenino, con todo lo que ello conllevaba.

8 de junio de 1982.

Atenea soñó que estaba en el circo, rodeada de domadores, payasos y animales salvajes. Un payaso vestido con un traje de rombos blancos y negros la invitó a subir al gran escenario central, allí la invitó a bailar y tras el baile la obsequió con unas tijeras de color naranja. Esa misma mañana, ya despierta y en el colegio, su seño de segundo curso de primaria anunció que el tema que estudiarían a lo largo de toda la semana sería «El circo» y la primera actividad que realizarían consistiría en colorear y recortar la silueta de un arlequín. En el reparto de tijeras, Atenea ya sabía qué color le tocaría.

2 de abril de 1991.

Atenea soñó que una potente luz se adentraba en su habitación, percibió un olor a gasolina. Huyó despavorida hasta llegar a un parque de atracciones. En la entrada de este, un vigilante le indicaba el cartel de cerrado que colgaba en la puerta, no tuvo más opción que dar media vuelta y despertarse. Dos días más tarde, el autobús en el que se dirigía, con el resto de sus compañeros de clase, al parque de atracciones Tívoli sufrió un aparatoso incendio que por suerte no causó heridos, pero obligó a posponer indefinidamente la excursión al parque.

27 de diciembre de 1993.

Atenea soñó que un príncipe con camiseta blanca, vaqueros y tirantes la recogía a la salida del instituto en un caballo blanco, juntos cabalgaban hasta un banco de la plaza donde él le ofreció una flor y la besó apasionadamente. Ese día vio a Mario por primera vez. Llevaba vaqueros, camiseta blanca, tirantes, y conducía una Vespa blanca.

14 de noviembre de 2005.

Atenea soñó que se ahogaba en un mar teñido de rojo, tras momentos angustiosos consiguió salir a flote, ya en la orilla advirtió que llevaba una cometa en la mano, al querer cogerla esta se escapó y se alejó volando sobre el mar granate, Atenea lloró por la cometa perdida. Ese día Atenea sufrió un aborto. Estaba de seis semanas.

Si bien no fueron esos los únicos sueños premonitorios que Atenea había experimentado, sí fueron los más significativos, los que mejor recordaba. A veces, Atenea soñaba con personas que no había visto en años y no tardaba en encontrárselos por la calle algunos días después del sueño. También había soñado con los hijos futuros de algunos amigos y les había vaticinado el sexo con mayor antelación que el ginecólogo. Era la brujilla de la pandilla y así lo aceptaba, no se vanagloriaba de ello ni tampoco le

molestaba, simplemente a veces soñaba cosas que luego sucedían. No era una regla exacta, nunca sabía qué sueños eran premonitorios y cuáles no. No sabía si tenía un don o si su subconsciente mezclaba la información recibida con mayor acierto que su consciencia. Ni lo sabía, ni quería pensar demasiado en ello. «A ver si sueñas con los números de la primitiva» era una de las frases que había escuchado decir a Mario con mayor frecuencia en todos los años de convivencia. Un día había soñado con seis números y esa misma mañana había corrido a la Administración de loterías más cercana a por un boleto con dicha combinación numérica. No quiso decirle nada a Mario, se ponía muy nervioso e ilusionado con ese tipo de cosas, esperaba comentárselo después del sorteo, cuando fueran millonarios y pudieran al fin comprar la casa frente a la playa que siempre se paraban a mirar. Uno a uno, escuchó los números que salían del bombo a través de internet. Resultó que no había sido un sueño premonitorio. Rompió el boleto y guardó silencio. Nunca le comentó nada a su marido. Temía no volver a oír su manida frase. La casa de la playa tendría que esperar.

Un rayo de sol la cegaba, Atenea se refugió de él poniendo la palma de la mano sobre sus ojos. Apreciaba la arena cálida bajo la toalla donde su cuerpo descansaba ataviado únicamente con un escueto bikini de estampado tropical. Sintió sed. Alguien le acercó un vaso de cóctel, un mojito, tal vez una caipiriña, no sabía qué era, solo que olía de maravilla y que nada en el mundo podía apetecerle más. Se incorporó para coger el vaso. Vio entonces al hombre que se lo ofrecía, el hombre que se antepone a sus deseos, mierda, otra vez Álvaro.

Atenea despertó, con brusquedad, tenía el cuello y el escote empapados en sudor. ¿Qué día era? ¿Solo jueves? «¡Joder!». La quinta vez en un mes que soñaba con el condenado de Álvaro. Era una señal, estaba segura, pero ¿una señal de qué? Calma, calma, se decía, lo más probable era que una parte de sí misma anhelara los cálidos días de los veranos de antaño, antes de iniciarse en la vida que formaría con Mario. La rutina se había instaurado en su vida desde hacía siglos y tal vez, pese a la agradable y placentera tranquilidad que ello le suponía, una porción de sus células estuviera empezando a reclamar un poco de acción.

Atenea inició la maquinaria de la rutina diaria tan pronto como pudo, Ese día no tenía tiempo de jugar a ser Meg Ryan, tenía cita para una extracción de sangre antes del trabajo. Chequeo anual de hormonas tiroideas, nada nuevo ni preocupante, tan solo un deber molesto por la necesidad de ayuno y la prisa a la hora de arreglarse. El análisis del sueño debería posponerse para otro momento.

La mañana transcurrió tranquila sin incidentes destacables. El sanitario que realizó la extracción de sangre fue amable, no hubo discusiones previas con las horas de las citas y en la biblioteca nadie habló a más decibelios de los permitidos. Sin nadie a quien regañar, Atenea se dedicó con eficiencia a catalogar los nuevos libros adquiridos por la biblioteca. A la hora del cierre, Atenea echó un vistazo a su móvil silenciado: sesenta y dos mensajes de cuatro chats y dos llamadas perdidas. Cuarenta y seis pertenecían a «Locos del yoga», un cambio en el horario de las clases del mes de junio había motivado la avalancha de mensajes, el resto eran dos chistes malísimos con sus correspondientes emoticonos riendo en «Amigos forever», una propuesta de quedada para tomar café el viernes en «Cuarentonas con arte» y un mensaje de su hija que decía: «Mamá, este finde voy. Prepara canelones. Llevo sorpresa», Atenea pensó que

mientras no fuera un bombo cualquier sorpresa sería bien recibida. Comprobó las dos llamadas perdidas, ambas pertenecían a la misma persona. «¡Por todos los santos del cielo! ¿Por qué me ha llamado Álvaro?». Atenea sintió el sofoco en su cuerpo. Comenzó a sacar y meter las llaves de la biblioteca en el bolso de manera compulsiva e irracional. Lo sabía, algo así iba a pasar. Era típico de ella. Ella nunca soñaba en vano. Cinco veces era una señal. Pero ¿qué podía querer Álvaro? Hacía casi diez años que no se veían. Estaba demasiado nerviosa para volver a llamarlo, no podía marcar y meter el pasado de nuevo en su vida así sin más, sin ceremonias previas ni maquillaje. Esperaría, sí, esperaría a tranquilizarse, o a meditarlo, o a tomarse un *whiskey*, o a que él llamara de nuevo. Sí, esa era la mejor opción, mucho mejor que el *whiskey* sin duda, que además no le gustaba una mierda; esperaría su llamada, la tercera, la vencida.

1 Nota de la autora: En las personas en las que predomina la utilización del hemisferio cerebral derecho, suelen primar las emociones y las habilidades artísticas, mientras que aquellas en las que domina el hemisferio izquierdo suelen ser más hábiles en el habla, la lógica y las matemáticas.